

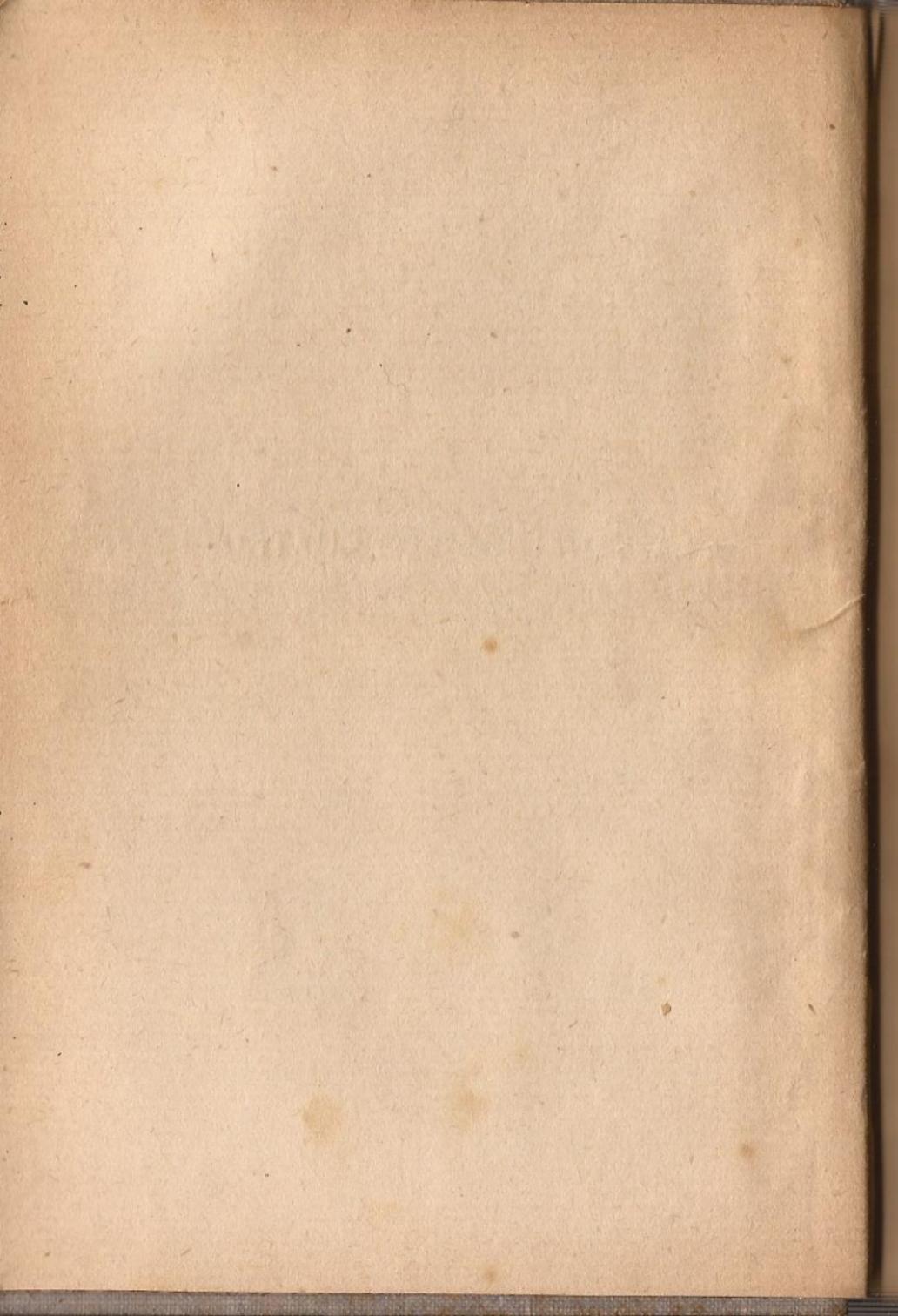


BIBLIOTECA DE "LA NACION"

ARTURO CONAN DOYLE

LA SEÑAL
DE LOS CUATRO





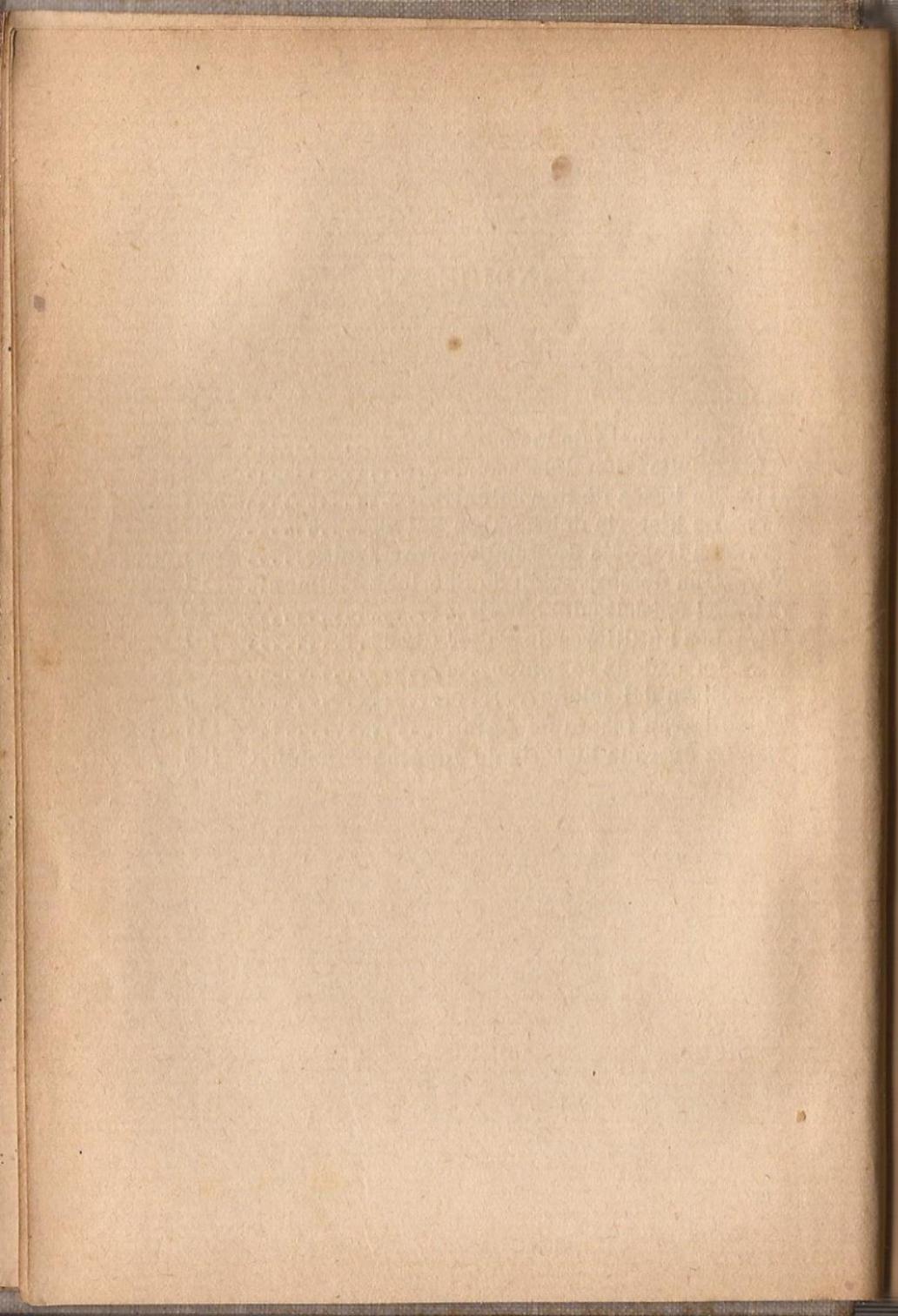
BIBLIOTECA DE «LA NACION»

ARTURO CONAN DOYLE

LA SEÑAL DE LOS CUATRO



BUENOS AIRES *
1909



LA SEÑAL DE LOS CUATRO

I

La ciencia de la deducción.

Sherlock Holmes tomó el frasco de encima de la chimenea y sacó la jeringa hipodérmica de su estuche de cuero. Con sus dedos largos, blancos y nerviosos, ajustó la delicada aguja, y luego se arremangó la manga izquierda de la camisa. Sus ojos permanecieron durante breves instantes pensativos y fijos sobre el nervudo brazo, lleno de marcas y cicatrices dejadas por la jeringa. Por último, hundió la aguda punta, empujó hacia abajo el delgado émbolo, y con un prolongado suspiro de satisfacción se recostó en su sillón.

Yo había presenciado la misma escena tres veces por día durante muchos meses, pero no me

podía acostumbrar á ella. Por el contrario, su vista me irritaba más y más y en la soledad de la noche sentía aumentar mis remordimientos al pensar que no tenía suficiente valor para protestar. Una y otra vez había formado el propósito de abordar francamente la cuestión ; pero, bajo la apariencia fría y descuidada de mi compañero, había algo que lo hacía la última persona con quien uno pudiera tomarse algo parecido á una libertad. Su varonil constitución, sus maneras de hombre que manda, y el conocimiento que yo tenía de sus extraordinarias cualidades, me inspiraban cierta desconfianza y timidez siempre que me le acercaba.

Aquella tarde, sin embargo, ya fuera el Beauve que había bebido en el lunch, ya el exceso de exasperación que me producía la extremada intenció n con que llevó á cabo el acto, sentí repentinamente que no me era posible seguir conteniéndome

—¿Y hoy qué es?—le pregunté.—¿Morfina ó cocaína?

Sherlock Holmes alzó lánguidamente los ojos del viejo libro que había abierto.

—Cocaína—dijo.—Una solución de siete por ciento. ¿Quiere usted probarla?

—No, por cierto—le contesté bruscamente.—Todavía mi cuerpo no se ha restablecido de mi

campana afghana, y no me sería posible cargarlo con un nuevo peso.

Holmes se sonrió al notar mi vehemencia.

—Tal vez tenga usted razón, Watson—dijo.

—Yo creo que la influencia de esta droga es mala. Sin embargo, á mí me estimula y me aclara las ideas de manera tan trascendental, que su acción posterior me importa poco.

—¡ Pero, piénselo usted bien ! — le repliqué con calor. — ¡ Calcule usted lo que eso le tiene que costar ! Su cerebro puede sentirse despierto y excitado, como usted dice ; pero ese es un proceso patológico y mórbido, que implica un cambio en los tejidos y puede producir al fin una debilidad permanente. Usted sabe además cuál es la tremenda reacción que experimenta después. En ese juego más es lo que se pierde que lo que se gana. ¿ Por qué razón arriesga usted, en cambio de un placer pasajero, la pérdida de sus grandes facultades ? Tenga usted presente que le hablo, no solamente como camarada, sino como debe hablar el médico á una persona de cuya salud es en cierta medida responsable.

Sherlock Holmes no pareció enojarse por mis palabras. Al contrario, juntó los dedos de las manos y apoyó los codos en los brazos del sillón como alguien que se prepara gustoso á conversar.

—Mi mente—contestó,—es rebelde á la calma. Déme usted problemas, déme trabajo, déme el más abstruso criptograma ó el más intrincado análisis, y entonces estaré en mi propia atmósfera, entonces me abstendré de los estimulantes artificiales. Aborrezco la obscura rutina de la existencia, y deliro por la exaltación mental : esta es la razón que me ha hecho escoger mi particular profesión, ó mejor dicho, la que me ha hecho crearla ; pues en el mundo yo soy el único.

—¿ El único detective que no pertenece á la policía ?

—El único detective que, no solamente no pertenece á la policía, sino que además es detective consultor—me contestó.— Yo soy la última y más alta corte de apelaciones en la materia. Cuando Gregson, ó Lestrade, ó Athelney Jones fracasan, lo cual, dicho sea de paso, les sucede casi siempre, me someten el asunto á mí. Entonces yo, en mi calidad de perito, examino los datos, y emito mi opinión de especialista, sin siquiera pedir que se reconozca mi intervención en el asunto : mi nombre no figura en ningún periódico. La obra en sí misma, el placer de encontrar un terreno donde ejercer los medios que me son peculiares, constituyen

mi mayor premio ; usted me ha visto operar en el caso de Jefferson Hope.

—Sí, cierto—exclamé con entusiasmo.—Nada en la vida me ha llamado tanto la atención, y no he podido menos que referir el asunto en un folletito que publiqué con el título algo fantástico de *Un estudio sobre lo rojo*.

Mi amigo movió tristemente la cabeza.

—He hojeado el folleto—dijo,—y, francamente, no puedo felicitarlo á usted por él. La *detección* es, ó debería ser, una ciencia exacta, y hay que ocuparse de ella con la frialdad y ausencia de emociones con que se tratan todas las ciencias exactas : usted ha intentado darle un tinte de romanticismo, lo que equivale á mezclar una historia de amor ó una fuga de enamorados, con la quinta proposición de Euclides.

—Pero en el hecho había una novela—observé ;—y yo no podía desfigurar lo sucedido.

—Hay hechos que deben ser suprimidos ó por lo menos reducidos á proporciones justas al referirlos. Lo único del asunto que merecía ser mencionado, era el curioso razonamiento analítico de causas y efectos, con el que conseguí descubrir el misterio.

Esta crítica de una obra que yo había escrito con el especial objeto de serle agradable á él mismo, me desagradó bastante ; y confieso tam-

bién que me irritaba el egotismo con que parecía pretender que cada línea de mi folleto estuviera dedicada únicamente á sus propios y particulares actos. En más de una ocasión, durante los años que hacía vivíamos juntos en la calle Baker, había tenido ocasión de observar que, bajo las tranquilas y didácticas maneras de mi compañero, se escondía una pequeña dosis de vanidad. Con todo, no le contesté nada, me senté, y me puse á frotarme mi pierna herida. Una bala de Jezail me la había atravesado tiempo atrás, y aunque la herida no me impedía andar, los cambios de temperatura me causaban agudos dolores.

—Mi clientela se ha extendido ya hasta el continente—repuso Holmes al cabo de un rato, llenando de tabaco su antigua pipa de palo de rosa.—La semana pasada recibí una consulta de François Le Villard, quien, tal vez usted lo sepa, ha llegado en los últimos tiempos á ser el mejor agente de la policía secreta de Francia. Posee por entero la rápida intuición, facultad propia de la raza céltica, pero es deficiente en el amplio campo del conocimiento exacto, esencial para el desarrollo elevado de su arte. El asunto que me consultó, era el de un testamento, y presentaba algunas fases interesantes: yo pude serle útil haciéndole conocer dos casos se-

mejantes : el uno acontecido en Riga en 1857 y el otro en St. Louis en 1871, y en ellos encontró la idea de la verdadera solución. Aquí tengo una carta suya, que recibí esta mañana, y en la que me habla de la ayuda que le presté.

Y me largó una hoja de papel de cartas extranjero, toda arrugada. Eché una ojeada sobre el papel, y al vuelo cogí una profusión de términos elogiosos, como *magnifiques, coup-de-maitre, tour-de-force*, que atestiguaban la ardiente admiración del detective francés.

—Habla como un discípulo á su maestro—observé.

—¡ Oh ! Le Villard da un valor demasiado subido á mi ayuda—contestó en tono ligero Sherlock Holmes :—él, personalmente, posee dones considerables, tiene dos de las tres cualidades necesarias para ser un detective ideal : el poder de observación y de educación. Lo único que le falta es el conocimiento, que con el tiempo puede llegar á adquirir. Ahora está traduciendo unos pequeños trabajos míos al francés. ¡ Ah ! ¿ No lo sabía usted ?—exclamó Holmes riéndose.

—Pues sí, me confieso culpable de algunas monografías, todas sobre asuntos técnicos. Aquí tiene usted, por ejemplo, una sobre la diferencia entre las cenizas de los distintos tabacos, en la cual enumero ciento cuarenta formas de ciga-

ros, cigarrillos y tabaco de pipa, con grabados en colores, ilustrativos, de la diferencia en la ceniza. Es este un punto que se presenta continuamente al estudio en los juicios criminales, y á veces tiene suprema importancia como clave. Si, por ejemplo, usted puede establecer de una manera definitiva que un asesinato ha sido cometido por un hombre que fumaba tabaco indio, *lukah*, es obvio que el terreno de las pesquisas queda reducido con esa sola observación. Para un ojo ejercitado hay tanta diferencia entre la negra ceniza de un Trichinopolis y la blanca espuma de un ojo de pájaro, como entre un repollo y una patata.

—Usted posee un genio extraordinario para las minuciosidades—le dije.

—Aprecio la importancia que tienen. Esta otra monografía trata de las huellas de los pies, con algunas observaciones sobre el empleo de la pasta de París para conservar intactas las huellas. Y aquí tiene usted también una curiosa obrita sobre la influencia del oficio que se ejerce, en la forma de la mano, con litotipos de manos de pizarreros, marineros, preparadores de corchos, cajistas de imprenta, tejedores y pulidores de diamantes. El asunto es de gran interés práctico para el detective científico, especialmente cuando se trata de cadáveres que nadie reclama

ó de descubrir los antecedentes de los criminales. Pero estoy cansándole á usted con mi charla.

—De ninguna manera—le contesté con ardor.

—Estas cosas me interesan muchísimo, especialmente desde que he tenido la oportunidad de observar la aplicación práctica que usted les da. Pero hace un momento hablaba usted de observación y deducción ; la una implica seguramente la otra en cierta medida.

—¿ Por qué ? ¡ Difícilmente !—replicó Holmes, recostándose perezosamente en su sillón y despidiendo azules y espesas coronas de humo.— Por ejemplo, la observación me demuestra que usted ha estado esta mañana en la oficina de correos de la calle Wingmore ; y la deducción me permite saber que usted fué á esa oficina á expedir un telegrama.

—¡ Justo !—exclamé.—¡ Justo en ambas cosas ! Pero confieso que no alcanzo á ver cómo ha llegado usted á adivinarlo. La idea de ir al correo se me ocurrió súbitamente, y á nadie he hablado de eso.

—La cosa es sencillísima—me contestó sonriéndose al ver mi sorpresa ;—tan absurdamente sencilla, que su explicación es superflua ; pero voy á hacérsela á usted, porque va á servirme para definir los límites entre la observación y la deducción. La observación me hace ver que

usted tiene un poco de barro de color rojizo adherido á su zapato, y precisamente delante de la oficina de correos de la calle Wingmore ha sido removido el pavimento y extraída la tierra de tal manera, que es difícil entrar en la oficina sin pisarla. Esa tierra tiene un peculiar color rojizo que, á mi parecer, no existe en ningún otro lugar de nuestro barrio. He ahí la observación ; el resto es deducción.

—¿Y cómo deduce usted lo del telegrama?

—Desde luego sé que usted no ha escrito carta alguna, pues toda la mañana hemos estado sentados frente á frente. Después, veo que en su escritorio, que está abierto, tiene usted una hoja entera de estampillas y un grueso paquete de tarjetas postales. ¿A qué iría usted, pues, á la oficina de correos, si no fuese á enviar un telegrama? Eliminando factores, el que queda tiene que ser el verdadero.

—En este caso lo es seguramente—repliqué, después de reflexionar un instante.—Pero también, como usted mismo lo dice, la cuestión es de las más sencillas. ¿Me calificaría usted de impertinente si quisiera someter sus teorías á una prueba más severa?

—Al contrario—me contestó.—Eso me impedirá tomar una segunda dosis de cocaína. Ten-

dré muchísimo gusto en estudiar cualquier problema que usted me someta.

—Le he oído decir á usted que es difícil que un hombre use diariamente un objeto sin dejarle impresa su individualidad hasta el punto de que un observador ejercitado puede leerla en el objeto. Pues bien : aquí tengo un reloj que llegó á mi poder hace poco. ¿Tendría usted la amabilidad de darme su opinión respecto al carácter y costumbres de su anterior dueño?

Le entregué el reloj, ocultando un ligero sentimiento de burla, pues, en mi opinión, la prueba era imposible y la había propuesto como una lección contra el tono en cierto modo dogmático que Holmes asumía á veces. Mi amigo volvió el reloj de un lado á otro, miró fijamente la esfera, abrió las tapas de atrás, y examinó la máquina, primero á la simple vista, y luego con un poderoso lente convexo. Trabajo me costó no sonreirme al ver la expresión desanimada de su rostro, cuando por fin cerró las tapas y me devolvió el reloj.

—Apenas si he encontrado algo—observó.—Ese ha sido limpiado recientemente y substraeré de mi vista los hechos más sugerentes.

—Tiene usted razón—le contesté.—Antes de enviármelo lo limpiaron.

En el fondo de mi corazón yo acusaba á mi compañero de invocar una cómoda y oportuna excusa para ocultar su fracaso. ¿Qué datos habría podido proporcionarle el reloj aun cuando no hubiera sido limpiado?

—Si bien poco satisfactoria, mi investigación no ha sido completamente inútil—agregó Holmes, fijando en el techo sus ojos soñadores y apagados.—Salvo rectificaciones que usted puede hacer, me parece que ese reloj ha pertenecido á su hermano mayor, quien lo heredó de su padre.

—Eso lo calcula usted sin duda por las iniciales H. W., grabadas atrás.

—Así es; la W. es el apellido de usted. El reloj ha sido fabricado hace unos cincuenta años y las iniciales son tan antiguas como el reloj mismo, lo que quiere decir que éste fué hecho para la generación anterior á la nuestra. Las joyas pasan generalmente á poder del hijo mayor, y éste tiene casi siempre el mismo nombre de su padre. Si mal no recuerdo, el padre de usted murió hace muchos años, y, por consiguiente, el reloj ha estado en manos de su hermano mayor.

—Hasta ahí todo es exacto—contesté.—Nada más.

—El hermano de usted era de costumbres desordenadas; sí, muy descuidado y negligente. Cuando murió su padre, quedó en buenas condiciones, pero él desperdició todas las oportunidades de progresar, y por algún tiempo vivió en la pobreza, con raros intervalos de prosperidad, hasta que dió en beber y por fin murió. Esto es todo cuanto he podido saber.

De un salto me levanté de la silla y comencé á pasearme impacientemente por el cuarto, con el corazón lleno de amargura.

—Esto no es digno de usted, Holmes—exclamé. —Nunca hubiera podido creer que usted descendiera hasta ahí. Usted ha hecho averiguaciones sobre la historia de mi infeliz hermano, y ahora pretende usted deducir de manera fantástica lo que ya sabía. ¡Usted no se imagina que yo voy á creer que todo eso lo ha leído en un reloj viejo! El proceder es poco amistoso, y, para hablar claro, tiene sus ribetes de charlatanismo.

—Mi querido doctor—me respondió amablemente Holmes;—le ruego acepte mis excusas. Consideraba el asunto como un problema abstracto, y olvidaba que, tocándole á usted personalmente tan de cerca, le sería doloroso. Pero le aseguro que hasta el momento en que usted

puso en mis manos ese reloj, nunca supe que había tenido usted un hermano.

—Y entonces, por vida de cuanto pueda ser maravilloso, ¿de qué manera ha podido usted conocer los hechos que acaba de citar? Todos ellos son absolutamente correctos hasta en sus menores detalles.

—¡ Ah ! Veo que he tenido suerte, pues lo único que yo podía indicar era un término medio de probabilidades, y no esperaba ser tan exacto.

—¿ Pero cómo ha procedido usted ? ¿ Por simple adivinación ?

—No, no ; yo nunca trato de adivinar. Esa costumbre es perniciosa, destructiva de la facultad lógica. La extrañeza de usted proviene de que usted no sigue el curso de mis pensamientos ni observa los pequeños hechos de que pueden derivarse amplias consecuencias. Yo principié, por ejemplo, por asegurar que su hermano era descuidado : si usted observa con detenimiento el reloj, verá que, no sólo está abollado en dos partes, sino también todo rayado y marcado, porque lo han tenido en el mismo bolsillo con otros objetos duros, como llaves ó moneda ; y no es seguramente una hazaña suponer que el hombre que trata con tanto desenfado un reloj que cuesta cincuenta guineas, es muy descuidado.

Ni tampoco es una aventurada deducción que un hombre que hereda una prenda de ese valor, debe haber estado en buena situación bajo otros respectos.

Con un movimiento de cabeza le hice ver que seguía su razonamiento.

—Es costumbre general entre los prestamistas ingleses, cada vez que reciben un reloj en empeño, trazar el número de la papeleta con la punta de un alfiler en la parte inferior de la tapa : esto es más cómodo que ponerle un letrero, pues así no hay riesgo de que el número se pierda ó extravíe. Pues bien, en el interior de la tapa de ese reloj hay no menos de cuatro de esos números visibles con la ayuda de mi lente. Consecuencia : que el hermano de usted se veía frecuentemente en aguas muy bajas. Consecuencia secundaria : que tenía á veces sus ráfagas de prosperidad, sin lo cual no hubiera podido reunir recursos con que rescatar la prenda. Finalmente, mire usted, se lo ruego, la tapa interior, en la que está el agujero de la llave. ¿Qué manos de un hombre que no hubiera bebido, podrían haber hecho todas esas marcas con la llave? En cambio, nunca verá usted un reloj de borracho que no las tenga : el borracho da cuerda por la noche á su reloj y deja en él los rastros

de la inseguridad de su mano. ¿Dónde está el misterio de todo esto?

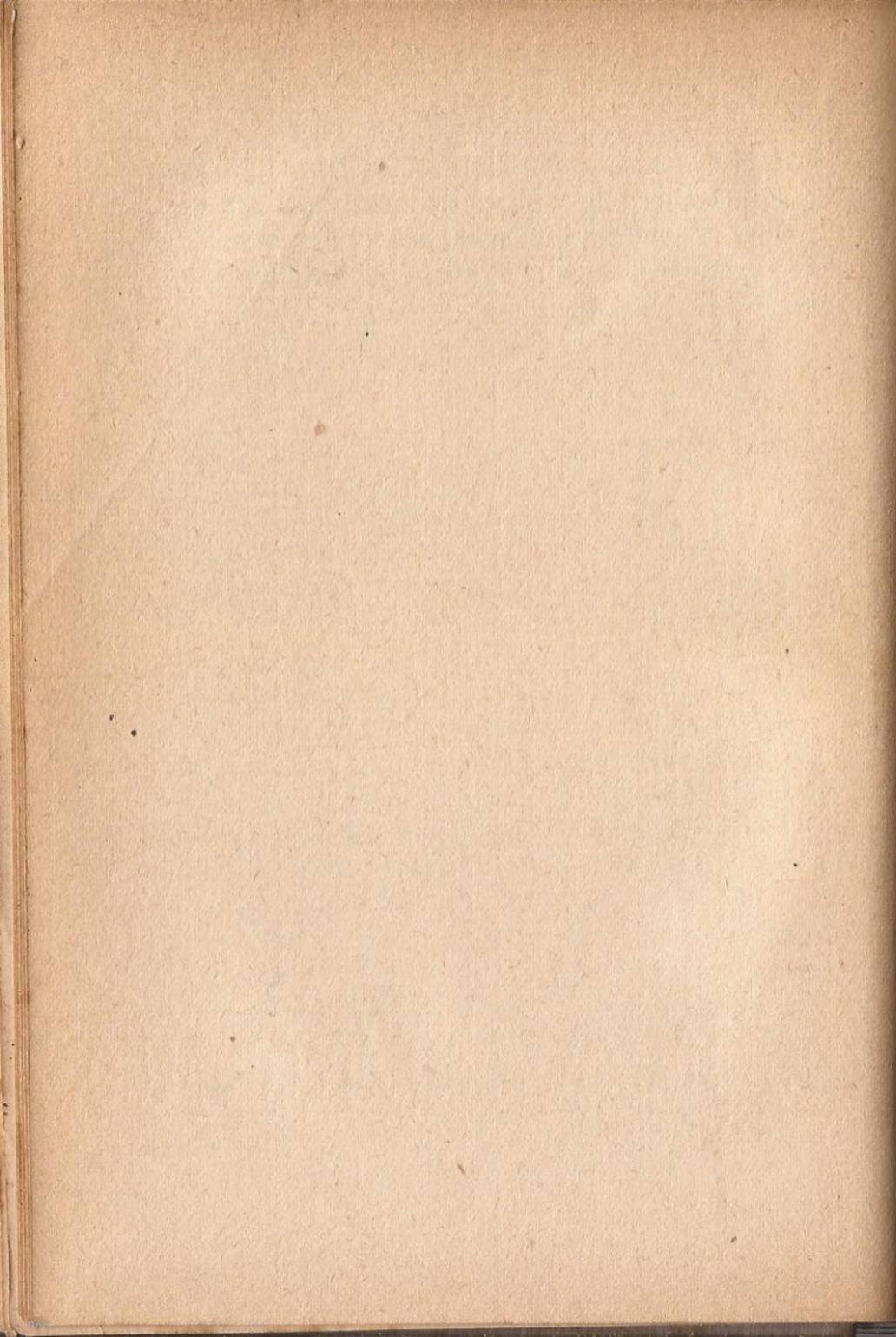
—La cosa es tan clara como la luz del día—le contesté ;—y siento haber sido injusto con usted. Mi deber era tener más fe en sus maravillosas facultades. ¿Y podría usted decirme si por ahora tiene en curso alguna investigación?

—Ninguna, y de ahí la cocaína. Yo no puedo vivir sin trabajo cerebral. ¿Qué otra cosa puede inducirlo á uno á vivir? Acérquese á la ventana y mire afuera. ¿Ha existido nunca un mundo más sombrío, más desagradable é inútil? Vea usted cómo se desliza por las calles la amarillenta niebla y pasa por encima de las casas tristes y descoloridas. ¿Qué puede haber de más prosaico y material? ¿Para qué sirven las facultades, doctor, si no se encuentra un terreno apropiado para ejercerlas? El crimen mismo es vulgar, la existencia es vulgar, las únicas cualidades que tienen funciones que llenar en la tierra, son vulgares y comunes.

Había ya abierto la boca para contestar á este discurso, cuando nuestra patrona llamó á la puerta con un golpe seco, y entró con una tarjeta en la bandeja de bronce.

—Una señorita que viene á verlo á usted, señor—dijo dirigiéndose á mi compañero.—Mis

Mary Morstan,—leyó Holmes.—¡ Hum ! No recuerdo haber oído antes este nombre. Diga usted á esa señorita que suba, señora Hudson. No se vaya usted, doctor. Prefiero que estemos juntos.



II

Explicación del caso.

La señorita Morstan entró en el cuarto con paso firme y maneras dignas, pero sin afectación. Era joven, rubia, pequeña, cuidadosa de su persona, llevaba guantes irreprochables y estaba vestida con el gusto más perfecto. La sencillez y economía de su traje sugerían, sin embargo, que los medios de subsistencia de la persona eran limitados. El vestido era de tela gris habano, sin bordados ni adornos, y el tocado un pequeño turbante del mismo color obscuro, adornado apenas por una sospecha de pluma blanca en un costado. La cara no lucía por la regularidad de las facciones ni por la belleza del cutis; pero su expresión era dulce y amable, y los grandes ojos azules, singularmente espirituales, inspiraban simpatía.

A pesar de mi práctica en las mujeres, adquirida en muchas naciones y tres continentes distintos, nunca había visto un rostro que revelase con mayor claridad una naturaleza refinada y sensible. Cuando se sentó en el sillón que Sherlock Holmes le ofrecía, no pude menos de observar que los labios le temblaban, sus manos se estremecían y todo su ser denotaba los signos de una intensa agitación interna.

—He venido á verlo, señor Holmes—dijo,— porque usted ayudó en una ocasión á la señora Cecil Forrester, en cuya casa estoy empleada, á desembrollar una pequeña complicación doméstica, y la amabilidad y destreza de usted dejaron muy buena impresión á la señora.

—La señora Cecil Forrester—repitió Holmes, pensativo.—Sí, creo haberle prestado un insignificante servicio; pero, según mis recuerdos, el caso era muy sencillo.

—Ella no lo creía así; pero, de todos modos, no podría decir usted lo mismo de mi caso. Difícilmente me imaginaría nada más extraño, nada más literalmente inexplicable que la situación en que me encuentro.

Holmes se frotó las manos, y los ojos le brillaron. Se inclinó hacia adelante con una expresión de extraordinaria concentración en sus enérgicas facciones de halcón.

—Explique usted el caso—dijo en tono breve y expeditivo.

Mi posición era embarazosa.

—Ustedes van á excusarme—les dije á los dos, levantándome de mi asiento. Con sorpresa mía, la joven alzó su enguantada mano para detenerme.

—Si su amigo tuviera la amabilidad de quedarse—explicó dirigiéndose á Holmes,—podría hacerme un incalculable servicio.

Yo volví á sentarme.

—Los hechos son, con toda brevedad, los siguientes—continuó la joven :—mi padre era oficial en un regimiento de línea de la India, y me envió á Inglaterra cuando era muy niña. Mi madre había muerto ; no me quedaban parientes aquí, y, sin embargo, me colocaron muy bien, en un cómodo establecimiento de educación de Edimburgo, donde permanecí hasta los diecisiete años. Mi padre, que era el capitán más antiguo de su regimiento, obtuvo en 1878 una licencia de doce meses y vino á Inglaterra. De aquí, de Londres, me telegrafió que había llegado sin novedad y me ordenó viniera en seguida á reunirme con él, diciéndome que estaba en el Hotel Langham. Recuerdo que su telegrama estaba lleno de bondad y cariño. Llegué á Londres y me dirigí al Hotel Langham, donde

se me dijo que el capitán Morstan se había alojado allí, pero desde la noche anterior no había vuelto. Esperé todo el día, sin recibir la menor noticia de él ; á la noche siguiente, por consejo del dueño del hotel, comuniqué á la policía lo que ocurría, y, al día siguiente, pusimos avisos en todos los diarios. Ningún resultado tuvieron nuestras averiguaciones, y hasta el día de hoy no he sabido una sola palabra de mi infortunado padre. Había venido de la India con el corazón lleno de esperanza, deseoso de encontrar tranquilidad, alivio, y en vez de eso...—Se llevó la mano á la garganta, y un ahogado sollozo puso fin á la frase.

—¿ La fecha?—preguntó Holmes, abriendo su libro de apuntes.

—La desaparición ocurrió el 3 de diciembre de 1878, hace unos diez años.

—¿ Su equipaje?

—Se quedó en el hotel. Nada había en él que pudiera servir de clave ; algunas ropas, algunos libros, y una considerable cantidad de curiosidades de las islas Andaman, en las que había estado, con otros oficiales, encargado de la custodia de los presidiarios.

—¿ Tenía algunos amigos en Londres?

—Solamente sabía yo de uno ; el mayor Sholto, de su mismo regimiento, del 34 de infantería

de Bombay. Se había retirado del servicio un poco antes, y vivía en Upper Norwood. Naturalmente, nos dirigimos á él, pero nos contestó que ni siquiera sabía que su compañero de armas estuviera en Inglaterra.

—Caso singular—observó Holmes.

—Todavía no le he referido á usted la parte más singular. Hace unos seis meses, para hablar con exactitud, el 4 de mayo de 1882, apareció en el *Times* un aviso en que se pedía la dirección de la señorita Mary Morstan, advirtiendo que estaba en su conveniencia darla: el aviso no mencionaba el nombre ni la dirección del que lo había puesto. Yo acababa de entrar entonces en casa de la señora Cecil Forrester como aya, y, por consejo de esta señora, publiqué mi dirección en la columna de avisos. El mismo día llegaba por correo una cajita de cartón dirigida á mi nombre, dentro de la cual hallé una perla muy grande y lustrosa. No había con ella ni una palabra escrita. Desde entonces, todos los años en la misma fecha recibo una perla igual á esa, dentro de una cajita semejante, sin dato alguno sobre la persona que la envía. Un perito ha declarado que las perlas pertenecen á una clase muy rara y tienen considerable valor. Usted puede ver por sí mismo que son muy hermosas.

Abrió, mientras hablaba, una caja chata, y me enseñó seis perlas de las más finas que nunca habían visto mis ojos.

—Lo que usted dice es en extremo interesante—exclamó Sherlock Holmes.—¿Le ha ocurrido algo más?

—Sí, y hoy mismo. Por eso he venido á verlo á usted. Esta mañana recibí esta carta, que quiero mejor la lea usted mismo.

—Gracias—dijo Holmes.—Hágame usted el favor de darme también el sobre. Timbre del correo: Londres, Sudoeste. Fecha: julio, 7. ¡Hum! La marca de un dedo en una esquina, probablemente del cartero. Papel de la mejor calidad, sobre de doce centavos el paquete: hombre escrupuloso para sus útiles de escritorio. Ninguna dirección.

«Esté usted esta noche á las siete en el tercer pilar del costado izquierdo del teatro Lyceum. Si tiene usted desconfianza, vaya con dos amigos. No lleve gente de la policía. Si la lleva usted, todo quedará en nada. Su amigo desconocido.»

—¡Bueno! Pues realmente el misterio es de los más lindos. ¿Qué piensa usted hacer, señorita Morstan?

—Eso es exactamente lo que yo deseaba preguntar á usted.

—Si es así, iremos, seguramente, usted y yo y... sí, ¿por qué no? El doctor Watson es el hombre preciso. La persona que le escribe á usted dice dos amigos, y el doctor me ha acompañado ya antes.

—¿Pero querrá venir?—preguntó la joven con expresión de súplica en la voz baja y en la mirada.

—Tendré orgullo y placer—dijo con fervor,—si puedo servir á usted en algo.

—Son ustedes muy buenos—contestó la joven.—Siempre he vivido retirada, y no tengo amigos á quienes apelar. ¿Supongo que con volver á las seis será suficiente?

—No vaya usted á venir más tarde—le previno Holmes.—Pero aclaremos otro punto. ¿La letra de esta carta es la misma de la dirección de las cajitas con las perlas?

—Aquí tengo las direcciones—contestó la señorita Morstan, sacando seis pedazos de papel.

—Es usted una cliente modelo ; posee usted la intuición correcta de las cosas. Veamos.

Holmes extendió los papeles sobre la mesa, y comenzó á recorrerlos rápidamente con la mirada.

—Todos han sido escritos desfigurando la letra, pero la carta no, dijo, al cabo de un momento ; lo que no significa que tengamos duda

en cuanto al autor. Miren ustedes cómo se abre en unas y otras hacia afuera la irreprochable *e* griega, y fíjense en el gancho de la *s* final. Son de la misma persona, no hay que dudarlo. No quisiera sugerirle á usted falsas esperanzas, señorita Morstan, pero ¿hay algún parecido entre esta letra y la de su padre?

—No puede haber dos que se parezcan menos.

—Estaba seguro de que esa iba á ser la respuesta de usted. Entonces, á las seis la esperamos. Hágame usted el favor de dejarme estos papeles para examinarlos en el intervalo. No son más que las tres y media. *Au revoir*, pues.

—*Au revoir*—contestó nuestra visitante; y dirigiéndonos á ambos una mirada viva y amable, se guardó en el pecho la cajita de perlas y salió rápidamente.

Yo me acerqué á la ventana y desde allí la vi alejarse calle abajo, con paso ligero. Hasta que el turbante gris y la pluma blanca desaparecieron entre la obscura multitud, no me retiré de la ventana.

—¡Qué mujer más simpática!—exclamé, volviéndome hacia mi compañero.

Este había encendido otra vez su pipa y estaba recostado en su sillón, con los ojos medio cerrados.

—¿Es simpática?—preguntó lánguidamente ;
—no lo había observado.

—Verdad que usted no es más que un autó-
mata, una máquina de calcular — exclamé. —
Hay veces que noto en usted algo positivamente
ajeno á la humanidad.

Holmes se sonrió amablemente.

—Es condición de importacia primordial —
dijo,—impedir que nuestro criterio sea extra-
viado por las cualidades personales de alguien.
Un cliente es para mí una simple unidad, un
factor en un problema. Las cualidades que con-
mueven, son antagónicas al razonamiento claro.
Sepa usted que la mujer más encantadora que
he conocido en mi vida, fué ahorcada por haber
envenenado á tres niñitos con el objeto de co-
brar los seguros de vida de los tres, y el hom-
bre más repelente que he visto hasta ahora, es
un filántropo que ha gastado cerca de un cuarto
de millón con los pobres de Londres.

—Sin embargo, en este caso...

—Yo nunca hago excepciones. Un excepción
basta para destruir la regla. ¿Ha tenido usted
ocasión de estudiar el carácter de las personas
por la letra? ¿Qué piensa usted de la de este su-
jeto?

—Qué es legible y regular—contesté.—Hom-

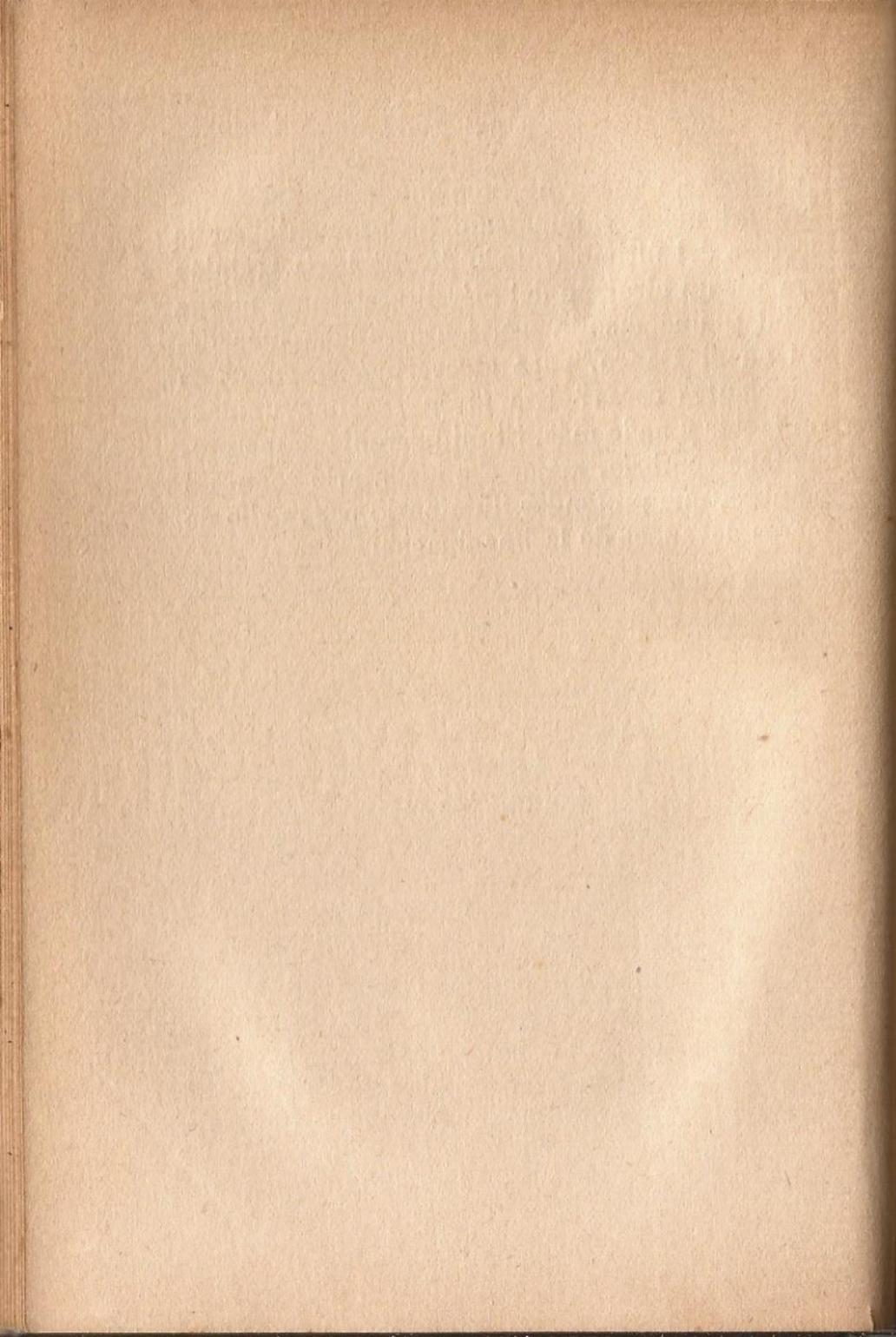
bre acostumbrado á los negocios y que tiene algún carácter.

Holmes movió la cabeza.

—Mire usted las letras largas—dijo.—Rara es la que se levanta por encima de las demás. Esta *d* podría también ser *a*, y *e* esta *l*. Los hombres de carácter, por más ilegible que sea su escritura, diferencian siempre las letras largas de las cortas. Aquí ve usted vacilación en la *ç* y amor propio en las mayúsculas. Ahora voy á salir, pues tengo que buscar algunos datos. Le recomiendo á usted este libro, uno de los más notables que conozco : el *Martirologio del hombre*, de Winwood Reade. Dentro de una hora estaré de vuelta.

Me senté junto á la ventana, con el volumen entre las manos, pero mi mente estaba lejos de las atrevidas lucubraciones del escritor. Mi pensamiento giraba en torno de nuestra visitante, recordaba sus sonrisas, las profundas y exquisitas entonaciones de su voz, el extraño misterio que pasaba sobre su vida. Si en el momento de la desaparición de su padre tenía diecisiete años, ahora debe tener veintisiete, dulce edad en la que la juventud ha perdido ya su inconsciencia y está algo amaestrada por la experiencia. Esto rumiaba yo mentalmente, y así llegaron á aglomerarse en mi cabeza unas ideas tan

peligrosas, que por fin tuve que precipitarme sobre mi mesa y hundirme furiosamente en la lectura del último tratado de patología. ¿Quién era yo, un cirujano del ejército, con una pierna débil y una cuenta corriente mucho más débil en el Banco, para atreverme á pensar en semejantes cosas? Esa joven era una unidad, un factor y nada más. Si mi porvenir se me presentaba sombrío, mejor era afrontarlo como un hombre, que pretender iluminarlo por medio de meros devaneos de la imaginación.



III

En busca de una solución.

Holmes volvió á las cinco y media. Estaba animado y contento, estado de espíritu que en él se alternaba siempre con la más negra depresión.

—No es, pues, tan grande el misterio que hay en este asunto—comenzó á decirme, tomando la taza de té que yo le había servido :—los hechos parecen no admitir más que una sola explicación.

—¡ Cómo ! ¿ Ya ha resuelto usted el problema ?

—Eso sería demasiado decir. He descubierto un hecho sugerente, y nada más ; pero este hecho es muy sugerente. Falta todavía conocer los pormenores. Acabo de saber, consultando las ediciones atrasadas del *Times*, que el mayor Sholto, de Upper Norwood, que perteneció an-

tes al 34.º regimiento de infantería de Bombay, murió el 28 de abril de 1882.

—Debo ser muy obtuso, Holmes, cuando no alcanzo á comprender lo que eso puede indicar.

—¿No? Me sorprende usted. Pues entonces, voy á hacer que vea usted de esta manera las cosas. El capitán Morstan desaparece. La única persona que podía el capitán haber visitado en Londres, es el mayor Sholto. El mayor Sholto niega haber siquiera oído decir que su amigo estuviera en Londres. Cuatro años después muere el mayor Sholto. Una semana después de su muerte recibe la hija del capitán Morstan un valioso regalo, que se repite año tras año y termina ahora con una carta en que se califica de víctima á la joven. ¿A qué daño sufrido por ésta puede referirse la carta, sino á la desaparición de su padre? ¿Y por qué principian los regalos inmediatamente después de la muerte de Sholto, sino porque el heredero de ese Sholto sabe algo del misterio y desea compensar á la perjudicada? ¿Puede usted presentar una teoría contradictoria á ésta que se ajusta como ella á los hechos?

—Pero, ¡qué compensación tan extraña y de qué extraña manera la practican! ¿Por qué escriben esa carta ahora y no la escribieron hace seis años? La carta habla de cumplir justicia á la

señorita Morstan. ¿Qué justicia? Suponer que su padre vive todavía es demasiado suponer, y yo no presumo que haya en el caso otra injusticia que la muerte del capitán.

—Tropezamos con dificultades, es verdad, con bastantes dificultades—dijo Sherlock Holmes, pensativo,—pero nuestra expedición de esta noche va á desvanecerlas todas. ¡ Ah ! aquí viene la señorita Morstan en carruaje. ¿ Está usted listo? Pues bajemos en el acto porque ya se va pasando la hora.

Tomé mi sombrero y un grueso bastón, y observé que Holmes sacaba de un cajón su revólver y se lo ponía en el bolsillo. Claro estaba que en su opinión nuestra labor de esa noche iba á ser bastante seria.

La señorita Morstan se había puesto una chaqueta de color obscuro. Su rostro de sensitiva estaba tranquilo, pero pálido. Habría sido más que mujer si no hubiera sentido cierto sobresalto ante la extraña empresa en que íbamos á embarcarnos, pero sabía dominarse perfectamente, y contestó con calma á las preguntas que Serlhock Holmes le hizo.

—El mayor Sholto era un amigo muy íntimo de papá—dijo.—Sus cartas estaban llenas de alusiones al mayor. Este y papá comandaron juntos las tropas en las islas Andaman, de modo

que allí vivieron bastante tiempo en la intimidad. Y ahora que recuerdo ; en el escritorio de papá encontramos un curioso papel, que nadie ha podido comprender. No creo que sea de importancia alguna, pero he pensado que ustedes podrían desear verlo, y lo he traído : aquí está.

Holmes desdobló cuidadosamente el papel, lo pasó por sus rodillas para borrarle los pliegues, y se puso á examinarlo metódicamente, de arriba abajo, con su doble lente.

—El papel ha sido fabricado en la India—observó,—y ha estado por algún tiempo clavado en una tabla. Este diagrama parece ser el plano de una parte de un extenso edificio con numerosos patios, corredores y pasajes. Hay una pequeña cruz hecha con tinta roja, y encima de ella, á pesar de estar casi borrado, leo esto, escrito con lápiz : «3,37 por la izquierda.» En el lado izquierdo hay un curioso geroglífico, algo que parecen cuatro cruces en línea, tocándose los brazos de una con los de las otras ; y allí junto han escrito, en caracteres groseros y mal hechos : «La señal de los cuatro : Jonhatan Small, »Mahomet Singh, Abdullah Khan, Dosk Akbar.» No ; confieso que no veo en esto nada que se relacione con nuestro asunto ; pero de todos modos este documento es importante. Se ve que ha estado cuidadosamente guardado en una car-

tera, pues está tan limpio por un lado como por el otro.

—En la cartera de papá lo encontramos.

—Consérvelo usted esmeradamente, señorita, pues podría sernos útil. Comienzo á sospechar que nuestro asunto podría ser mucho más profundo y sutil de lo que yo suponía al principio. Tengo que recorrer otra vez mis ideas.

Diciendo esto se recostó contra el espaldar del asiento del carruaje, y en sus fruncidas cejas, en la expresión fija de sus ojos, vi que concentraba intensamente su pensamiento. Nuestra compañera y yo nos pusimos á conversar en voz baja respecto á nuestra expedición y su posible resultado, pero Holmes se mantuvo en su impenetrable reserva durante todo el trayecto.

Estábamos en septiembre, y todavía no eran las siete ; pero el día había sido muy oscuro, y una densa y pesada niebla envolvía la ciudad. Nubes de color de lodo invadían tristemente las fangosas calles.

Las luces de gas del Strand parecían manchas de difusa claridad, que arrojaban un débil resplandor circular sobre el resbaloso pavimento. La amarillenta iluminación de las vidrieras se esparcía por el aire lleno de vapor y sus melancólicos rayos pugnaban por extenderse por la concurrida vía.

Yo creía ver algo de fantástico en la interminable procesión de caras que desfilaba por los estrechos rayos de luz : rostros alegres ó tristes, contentos ó miserables. Así como sucede con la humanidad misma, las cosas pasaban de la obscuridad á la luz, para volver después de la luz á la obscuridad. No soy hombre impresionable ; pero aquel sombrío y pesado anochecer, unido al extraño asunto en que me encontraba comprometido, me ponían nervioso é inquieto. Mirando á la señorita Morstan, pude notar que aquélla también era presa de la misma intranquilidad. Holmes era el único que podía alzarse sobre las influencias pequeñas ; tenía abierto sobre sus rodillas su libro de apuntes, y de rato en rato anotaba algunos números ó escribía alguna observación á la luz de su linterna de bolsillo.

Cuando llegamos al Teatro Lyceum, ya había una compacta multitud en cada una de las puertas laterales. Un continuo flujo de hansoms y cupés desfilaba por delante de la puerta principal, depositando allí su carga de hombres con blancas pecheras y mujeres enalhajadas y cubiertas con lujosos abrigos. Apenas nos habíamos acercado al tercer pilar, lugar de la cita, cuando vino á hablarnos un individuo de baja estatura, moreno y delgado, vestido de cochero.

—¿Ustedes son los que vienen con la señorita Morstan?—preguntó.

—Yo soy la señorita Morstan y estos dos caballeros son dos amigos—contestó la joven.

El hombre nos miró con ojos inquisidores maravillosamente penetrantes.

—Perdone usted, señorita—replicó en tono algo brusco;—pero tiene usted que darme su palabra de que ninguno de sus compañeros pertenece á la policía.

—Le doy á usted mi palabra — fué la respuesta.

El hombre dió un agudo silbido, y en el acto se acercó un muchacho conduciendo un cupé, cuya portezuela abrió. El hombre subió al pescante y nosotros entramos en el vehículo. No acabábamos de sentarnos cuando el cochero azotó los caballos, que partieron con furioso trote por las nubladas calles.

Curiosa situación la nuestra. Nos encaminábamos hacia un lugar desconocido, con un objeto no menos desconocido; pero, si la invitación que se nos había dirigido no era una completa burla—hipótesis inconcebible—podríamos creer con fundamento que nuestra excursión tendría importantes resultados. La actitud de la señorita Morstan era tan resuelta y tranquila como siempre. Yo traté de distraerla contándo-

le algunas de mis aventuras en el Afghanistan ; pero, si he de decir la verdad, yo mismo me sentí tan sobreexcitado por nuestra situación, tenía tal curiosidad por conocer el lugar adonde íbamos, que apenas sabía coordinar mi relato. Ella me lo ha dicho después que le referí la conmovedora anécdota de cómo una vez en medio de la noche vi el cañón de un mosquete asomar por la abertura de mi tienda y yo descargué sobre él mi fusil de dos cañones, destinado á la caza de tigres. Al principio tuve alguna idea por la dirección que llevábamos, pero la rapidez de la marcha, la niebla, y mis limitados conocimientos de Londres, me hicieron luego perder toda orientación ; sólo me di cuenta de que nos dirigíamos á algún punto muy distante. Pero Sherlock Holmes jamás perdió el tino, y á medida que iba el cupé cruzando plazas y pasando por tortuosas calles, él mencionaba entre dientes el nombre de cada paraje.

—Rochester Road—decía,—ahora á la plaza Vincent.

Ya salimos al antiguo camino del puente Vauxhall. Parece que nos dirigimos hacia el lado de Surrey. Sí, bien decía yo. Ya estamos en el puente. Miren ustedes el río.

Pasábamos efectivamente por un brazo del Támesis ; los faroles brillaban por encima del

agua silenciosa, pero nuestro carruaje iba aprisa, y en breve se engolfó en un laberinto de callejuelas, al otro lado del río.

—Wordsworth Road—decía mi compañero.—
Priory Road. Callejón de Larkhall. Plaza Stockwell. Calle Rober. Callejón de Coldharbour. Parece que nuestro invitante no nos lleva á regiones muy distinguidas.

La verdad era que estábamos en lugares bastante dudosos y poco tranquilizadores. Largas hileras de casas de oscuros ladrillos, interrumpidas únicamente en las esquinas por la luz cruda de las tabernas, de las que salían ruidos sospechosos. Pasamos después por una serie de villas de dos pisos, cada una con un diminuto jardín en la fachada, y, en seguida, otra vez por interminables hileras de edificios de ladrillos, nuevos y relucientes, monstruosos tentáculos que la ciudad extendía hacia el campo. Por fin, el cupé se dirigió hacia la tercera casa de una nueva serie. En ninguno de los otros edificios había gente, esé mismo estaba en tinieblas, salvo el débil resplandor que salía por la ventana de la cocina. Pero tan pronto como llamamos, la puerta fué abierta de par en par por un criado indio, vestido con un traje blanco y flotante y un cinturón amarillo, y la cabeza cubierta con un turbante del mismo color. Había algo de ex-

traño é incongruente en esa oriental figura encuadrada en la puerta vulgar de una casa suburbana de tercera clase.

—El *sahib* los espera—dijo el indio, y al mismo tiempo se oyó una voz aguda y penetrante que salía de las habitaciones.

—¡ Hazle entrar aquí, *khitmutgar* !—gritaba la voz.—¡ Hazle entrar en el acto !

IV

La historia del hombre calvo.

Seguimos al indio por un corredor sórdido y común, pobremente alumbrado y amueblado. Llegó á una puerta situada á la derecha, y la abrió de par en par. Un torrente de amarillenta luz nos envolvió, y en el centro del espacio iluminado vimos entonces, de pie, á un hombrecito de abultada cabeza, contorneada por una franja de cabellos rojos; el cráneo prominente y desnudo se destacaba en la cúspide como el pico de una montaña por entre los arbustos. El hombrecito se frotaba las manos, y sus facciones eran la imagen del perpetuo movimiento; ya reía, ya parecía afligido, ni un instante se le veía quieto. La Naturaleza lo había dotado con un labio de péndulo y con una hilera demasiado visible de dientes amarillos ó irregulares, que se esforzaba

débilmente en disimular pasándose á cada rato la mano por la parte inferior de la cara.

A despecho de su impertinente calvicie, se conocía que todavía era joven, y en verdad acababa apenas de cumplir treinta años.

—Servidor de usted, señorita Morstan—dijo con voz alta y delgada.—Servidor de ustedes, caballeros. Les ruego que pasen á mi pequeño albergue. Un lugar reducido, señorita, pero amueblado á mi gusto. Un oasis de arte en este desolado desierto del Sur de Londres.

Todos estábamos admirados á la vista del departamento en que se nos invitaba á entrar. La habitación parecía, en aquella triste casa, un diamante de primeras aguas engastado en cobre. Cortinas y tapicerías de las más valiosas y elegantes cubrían las paredes, recogidas aquí y allá para dejar ver algún cuadro con marco riquísimo, ó algún vaso oriental. La alfombra, color ámbar y negro, era tan mullida y espesa, que el pie se hundía agradablemente en ella como en el verde musgo. Dos grandes pieles de tigre, tendidas al través de la alfombra, aumentaban la impresión del lujo oriental completada por una enorme pipa de las llamadas *hookah*, colocada en su estante en un rincón. La lámpara era una paloma de plata colgada en el centro de la habitación, de un alambre dorado, casi in-

visible ; de ella se desprendía un olor sutil y aromático.

—El señor Tadeo Sholto—dijo el hombrecito siempre haciendo gestos y sonriéndose ;—este es mi nombre. Usted, por supuesto, es la señorita Morstan. Y estos caballeros...

—El señor es Mr. Sherlock Holmes, y el señor el doctor Watson.

—¿ Un médico, eh?—exclamó el hombrecito, con extraordinaria animación.—¿ Ha traído usted su estetoscopio? ¿ Me permite usted que le haga una pregunta?... ¿ Será usted tan amable? Tengo duda respecto á mi válvula mitral, y le agradecería á usted... En cuanto á la aorta, estoy tranquilo ; pero desearía conocer la opinión de usted acerca de la válvula mitral.

Me puse, como me lo pedía, á escuchar los latidos de su corazón, pero no pude descubrir nada de particular, excepto, eso sí, el éxtasis de miedo que lo hacía temblar de pies á cabeza.

—Todo parece en su estado normal—le dije.
—No tiene usted por qué inquietarse.

—Usted perdonará mi sobresalto, señorita Morstan—exclamó él alegremente.—Cualquier cosa me hace sufrir mucho, y hacía tiempo que sospechaba de mi válvula mitral. Ahora me siento feliz al saber que no tiene nada. Si su padre de usted, señorita Morstan, hubiera evitado sa-

rudimientos á su corazón, podría estar vivo todavía á estas horas.

Sentí impulsos de darle un bofetón, tanto me indignó su indiferente y desenfadada referencia hacia un asunto tan delicado. La señorita Morstan se sentó y se puso intensamente pálida.

—Mi corazón me decía que mi padre había muerto—murmuró.

—Yo le puedo dar á usted toda clase de datos al respecto — continuó Sholto ; — y puedo más aún : puedo hacerle á usted justicia. Y la haré, sí, diga lo que quiera mi hermano Bartolomé. Tengo tanto gusto de que haya venido usted con sus amigos, no sólo para que la cuiden, sino para que sean testigos de lo que voy á hacer y decir. Entre los tres podemos encuadrarnos enfrente á mi hermano Bartolomé.

Se sentó en un taburete bajo, y nos miró á los tres curiosamente, con sus débiles ojos de color azul marino.

—Por mi parte—dijo Holmes,—cualquier cosa que usted diga no pasará de mí.

Yo aprobé con un movimiento de cabeza.

—¡ Está bien, está bien !—exclamó el hombrecito. — ¿ Puedo obsequiarla con una copa de Chianti, señorita Morstan ? ¿ O de Tokay ? No tengo otra clase de vino. ¿ Abriré una botella ? ¿ No ? Bueno ; pero confío en que no la incomo-

dará el olor del tabaco, el balsámico olor del tabaco es para mí un sedativo invaluable.

Aplicó un fósforo á la gran taza de la *hookah*, y el humo empezó á correr alegremente por el agua rosada. Nosotros tres estábamos sentados en semicírculo, la cabeza echada hacia adelante y la barba entre las manos, y el extraño y agitado hombrecito, acurrucado en el centro movía sin cesar su abultada y reluciente calva.

—Cuando resolví hablar con usted—dijo Sholto,—pensé en enviarle mi dirección ; pero temí que, desoyendo mi súplica, se hubiera usted presentado con gente desagradable. Por eso me tomé la libertad de fijar la cita de tal manera, que mi criado Williams pudiera verlos á ustedes antes de conducirnos aquí. Tengo entera confianza en su discreción, y le di la orden de abandonar el asunto, si así lo creía conveniente, después de observarlos personalmente.

Ustedes me perdonarán estas precauciones, pero soy hombre de gusto poco vulgar, refinado podría decir, y nada hay para mí de menos estético que un vigilante. Tengo natural aversión á todas las formas del materialismo ordinario. Pocas veces me pongo en contacto con la muchedumbre grosera, y, como ustedes ven, vivo rodeado de una pequeña atmósfera de elegancia. Puedo darme el título de protector de las

artes : éste es mi lado débil. Ese paisaje es un Corot genuino, y si acaso un conocedor pudiese abrigar dudas respecto á aquel Salvador Rosa, nadie vacilaría respecto á ese Bouguereu. Yo soy partidario de la escuela moderna francesa.

—Usted dispensará, señor Sholto—dijo la señorita Morstan ;—pero he venido aquí á petición de usted, con el objeto de saber lo que tiene que decirme, y, como ya es tarde, desearía que la conversación durase lo menos que fuese posible.

—De todos modos, nuestra entrevista tiene que durar algún tiempo—contestó el calvo ;—pues debemos ir á Norwood, á ver á mi hermano Bartolomé. Iremos todos juntos, y trataremos de sacar el mejor partido posible de él. Está muy enojado conmigo porque he adoptado el partido que me parecía el más justo. Anoche tuvimos un cambio de palabras bastante fuerte. Ustedes no pueden imaginarse qué sujeto tan terrible es cuando se pone colérico.

—Si tenemos que ir hasta Norwood, lo mejor será ponernos en el acto en camino—me aventuré á observar.

El hombrecito se echó á reír con tanta fuerza, que se le enrojecieron hasta las orejas.

—Difícilmente conseguiríamos nada con eso. No sé lo que diría él si yo me presentase con ustedes así, tan de improviso. No, tengo que pre-

pararlos primero á ustedes, enseñándoles la manera cómo debemos proceder. En primer lugar, debo decirles que hay varios puntos de la historia, acerca de los cuales yo mismo estoy ignorante. Lo único que puedo hacer es presentarles á ustedes los hechos tal como los conozco.

Como ustedes deben haber supuesto, soy hijo del mayor John Sholto, del ejército de la India. Hace unos once años que mi padre se retiró del servicio, y vino á vivir en Pondicherry Lodge, en Upper Norwood. En la India había prosperado, y trajo consigo una considerable suma de dinero, una numerosa colección de valiosas curiosidades, y un séquito de criados indígenas. Con sus riquezas compró una casa y se estableció en ella con gran lujo. Mi hermano gemelo Bartolomé y yo éramos sus únicos hijos.

Recuerdo perfectamente la sensación que causó la desaparición del capitán Morstan. Mi hermano y yo leíamos los pormenores en los diarios, y sabiendo que el desaparecido era amigo de nuestro padre, hablamos del asunto muchas veces en su presencia, y él ayudó con frecuencia á hacer cálculos sobre lo que podía haber acontecido. Nunca sospechamos por un instante que nuestro padre ocultase en su pecho el secreto con todos sus detalles, que él fuese el

único conocedor de la suerte cabida á Arthur Morstan.

Sin embargo, nos dábamos cuenta de que algún misterio, algún peligro real se cernía sobre su cabeza. Temía salir solo de casa, y siempre tenía de porteros en Pondicherry Lodge á dos pugilistas. Williams, el mismo que los trajo aquí á ustedes esta noche, era uno de ellos : en un tiempo fué el campeón de los pugilistas de peso menor en Inglaterra. Nunca nos dijo nuestro padre qué era lo que le inspiraba esos temores, pero nosotros le habíamos notado una pronunciadísima aversión á los cojos con piernas de madera. Una vez disparó su revólver sobre uno de ellos, que resultó después ser un hombre inofensivo, solicitante de pedidos para una casa de comercio : tuvimos que pagar una crecida suma para que el asunto no se hiciera público. Mi hermano y yo creíamos que no se trataba más que de una manía de nuestro padre ; pero después los sucesos se encargaron de hacernos cambiar de opinión.

A principios de 1882 recibió nuestro padre una carta de la India, que le produjo una violenta impresión. Cuando la abrió estábamos almorzando, y casi se desmayó al leerla. Ese mismo día cayó enfermo, y nunca recuperó la salud. Jamás pudimos descubrir lo que la carta conte-

nía, y lo único que me fué dado saber mientras mi padre la tenía en la mano, es que era breve y estaba escrita con letra muy confusa. La hinchazón al brazo que mi padre había padecido durante los últimos años, se agravó, y á fines de abril del mismo año nos hizo decir que estaba desahuciado y deseaba comunicarnos sus últimos deseos.

Cuando entramos en el cuarto, lo encontramos medio incorporado, sostenido por varias almohadas y respirando con dificultad. Nos dijo que cerráramos la puerta y que nos pusiéramos uno á cada lado de la cama. Luego, tomándonos las manos, nos hizo un extraordinario relato, en voz entrecortada por la emoción tanto como por el dolor físico. Voy á tratar de reproducirlo con sus propias palabras :

—Sólo hay una cosa—nos dijo,—que pesa sobre mi ánimo en este momento supremo : la manera cómo me he portado con la huérfana del pobre Morstan. El maldito suceso que ha amargado el resto de mi vida, ha privado á esa niña de un tesoro, del que por lo menos la mitad es suya. Y, sin embargo, yo mismo no me he servido de él, tan ciega é insensata es la avaricia. La mera conciencia de la posesión era tan dulce para mí, que me hacía insoportable la idea de compartirla con otro. ¿Ven ustedes ese rosario

de perlas que está allí, junto al frasco de quina? Ni siquiera de eso he podido desprenderme, á pesar de que lo había sacado con el designio de enviárselo á ella. Ustedes, hijos míos, la pondrán en posesión de una parte del tesoro de Agra; pero no vayan á enviarle nada, ni siquiera el rosario, hasta que yo haya muerto. Después de todo, hombres ha habido que, estando tan graves como yo ahora, se han restablecido después.

Voy á decirles á ustedes cómo murió Morstan—continuó.—Durante varios años había padecido de debilidad al corazón, pero ocultaba su enfermedad á todo el mundo: yo era el único que la conocía. Durante nuestra permanencia en la India, entramos ambos en posesión de un tesoro, por medio de una extraordinaria serie de circunstancias. Yo me traje todo el tesoro á Inglaterra, y Morstan vino directamente á verme el mismo día de su llegada, para reclamar-me su parte. De la estación vino á pie hasta aquí, y fué recibido en la puerta por mi fiel y antiguo criado Lal Chowdar, que ya ha muerto. Morstan y yo teníamos diferente opinión en cuanto á la división del tesoro, y llegamos á cambiar palabras violentas. Hubo un momento en que él, en el paroxismo de la cólera, saltó de su silla hacia mí, pero en ese mismo instante se lle-

vó la mano al costado, se puso de color de tierra, y luego cayó de espaldas, rompiéndose la cabeza contra una esquina del cofre que encerraba el tesoro. Cuando corrí á auxiliarlo, vi horrorizado que estaba muerto.

Durante largo rato permanecí sentado, medio atontado, pensando en lo que haría. Mi primer impulso fué, naturalmente, pedir socorro ; pero no pude menos de reconocer que todas las probabilidades iban á hacer que se me acusara de haberlo asesinado. Su muerte, ocurrida en el momento de una disputa, y la herida de la cabeza, serían pruebas abrumadoras en mi contra. Además, una investigación llevada á cabo por las autoridades, no podría menos de esclarecer algunos hechos relativos al tesoro, que yo tenía particular empeño en conservar en secreto. Morstan me había dicho que ni una alma viviente sabía dónde estaba, y pensaba que tampoco había necesidad de que persona alguna lo supiera en adelante.

Todavía estaba sumido en mis reflexiones, cuando al alzar la cabeza, vi en la puerta á Lal Chowdar, mi sirviente, que entró rápidamente y cerró en seguida.—No tenga usted miedo, *sahib*—me dijo ;—nadie sabe que usted es quien lo ha muerto. Escondamos el cadáver, y ¿quién va á adivinar después?—Yo no lo he muerto—le

contesté.—Lal Chowdar movió la cabeza y se sonrió.—Todo lo he oído, *sahib*,—fué su réplica.—He oído la disputa, y he oído el golpe. Pero mis labios están sellados. En la casa todos duermen. Vamos á sacar los dos el cadáver.

Esto fué suficiente para decidirme : si mi propio sirviente no creía en mi inocencia, ¿qué esperanzas podían quedarme de probarla ante un jurado compuesto de doce comerciantes tontos? Entre Lal Chowdar y yo escondimos el cadáver esa noche, y al cabo de pocos días estaban los diarios de Londres llenos de la misteriosa desaparición del capitán Morstan.

Por lo que acabo de referirles, verán ustedes que no se me puede acusar de la muerte, y mi única falta consiste en que, no sólo oculté el cadáver, sino también el tesoro, en que me he aferrado á la parte que tocaba á Morstan con tanto interés como á la mía. Deseo, por consiguiente, que ustedes lleven á cabo la restitución. Acerquen sus oídos á mi boca. El tesoro está escondido en...

La expresión de su rostro sufrió un horrible cambio en ese mismo instante : sus ojos permanecieron fijos, con atroz mirada ; la mandíbula inferior se le desprendió y quedó colgando, y de la boca salió un grito con voz que yo nunca olvidaré : — ; Quítenlo de allí ! ; Por el alma de

Cristo, quítenlo de allí!—Mi hermano y yo volvimos la cara hacia la ventana situada detrás de nosotros, en la que su vista estaba fija; una cara nos miraba de afuera, destacándose de la obscuridad: veíamos perfectamente la mancha blanca que hacía la nariz en el vidrio al apretarse contra él. Era una cara barbuda y peluda, con ojos crueles, salvajes, que miraban con expresión de concentrada malevolencia. Ambos, mi hermano y yo, nos precipitamos hacia la ventana, pero el hombre había desaparecido ya, y cuando volvimos al lado de nuestro padre, su cabeza había caído sobre la almohada y su pulso había cesado de latir.

Esa noche buscamos por todo el jardín, pero no encontramos señales del hombre, excepto el rastro de un pie, visible en la tierra del jardín, precisamente debajo de la misma ventana. A no ser por ese rastro, habríamos creído que nuestra imaginación nos había hecho ver ese rostro feroz, sin que existiera. Pronto tuvimos, sin embargo, otra prueba, más convincente todavía, de que alguna mano secreta operaba en nuestro alrededor. La ventana del cuarto de nuestro padre fué hallada abierta á la mañana siguiente; las cómodas y cajones habían sido registrados, y sobre el pecho del cadáver había un pedazo de papel con estas palabras: «La señal de los

cuatro,» escritas en mala letra. Nunca supimos lo que significaba esa frase, ni quién podía haber sido el secreto visitante. Según pude juzgar, ninguno de los objetos pertenecientes á mi padre había desaparecido del cuarto, por más que todo hubiera sido revuelto. Naturalmente, mi hermano y yo relacionamos este original incidente con el temor que había perseguido á mi padre durante su vida ; pero hasta ahora el misterio es completo para nosotros.

El hombrecito cesó de hablar para encender otra vez su *hookah*, y durante unos instantes siguió fumando en silencio, pensativo. Nosotros habíamos escuchado inmóviles la extraordinaria narración. En la parte referente á la muerte de su padre, la señorita Morstan se puso lívida como un cadáver, y yo temí que se desmayara ; pero el malestar le pasó bebiendo un vaso de agua que le serví de un frasco veneciano colocado en una mesita. Sherlock Holmes se había echado atrás en su silla, con expresión abstraída, las pestañas caídas sobre los chispeantes ojos. Al mirarlo, no pude menos de recordar las amargas quejas que le había oído proferir ese día con respecto á la vulgaridad de la vida ; allí tenía, pues, un problema que iba á someter su sagacidad á una prueba decisiva. El señor Tadeo Sholto paseaba sus miradas sobre

nosotros con visible orgullo, por el efecto que su historia había producido ; y á poco prosiguió su relato, entrecortado por las chupadas que daba á su sobrecargada pipa.

—Tanto mi hermano como yo, nos sentimos, como ustedes se imaginarán, bastante sobreexcitados con motivo del tesoro de que nuestro padre nos había hablado. Durante semanas y meses excavamos y revolvimos por todas partes del jardín, sin descubrir su paradero.

Era para volverse loco pensar que la mención del escondrijo había estado en los labios de nuestro padre precisamente en el instante en que la muerte le hacía callar. Por el rosario podíamos juzgar el esplendor de las ocultas riquezas. Ese rosario fué causa de algunas pequeñas discusiones entre mi hermano y yo. Las perlas eran evidentemente de gran valor, y á él se le hacía duro deshacerse de ellas, pues, aquí para entre nosotros, mi hermano se inclinaba algo al defecto de que padecía mi padre. Decía también que, si enviáramos el rosario, el hecho podía dar lugar á habladurías y causarnos algún trastorno. Todo lo que conseguí fué persuadirlo de que debía dejarme averiguar la dirección de la señorita Morstan y enviarle, de una en una, las perlas desprendidas del rosario, con interva-

los hijos, para que así, por lo menos, estuviera al abrigo de la miseria.

—Bondadosa idea—dijo con acento de gratitud nuestra compañera ;—fué usted muy bueno al pensar de esa manera.

El hombrecito hizo ademán de pedir más bien excusas.

—Nosotros éramos depositarios de los bienes de usted—dijo,—esa fué mi manera de ver el asunto, aunque mi hermano Bartolomé no se decidía á contemplarlo bajo la misma luz. Nosotros teníamos ya mucho dinero, y yo no sentía descos de enriquecerme más. Por otra parte, habría sido de muy mal gusto tratar á una señorita de manera tan poco delicada como él quería. *Le mauvais goût mène au crime*. Los franceses saben expresar estas cosas con mucha claridad. Nuestra diferencia de opiniones sobre el particular fué tan lejos, que pensé que lo mejor para mí sería poner casa aparte, y abandoné Pondicherry Lodge, trayéndome al viejo Khitmutgar y á Williams. Pero ayer supe que había ocurrido un acontecimiento de la mayor importancia : el tesoro había sido hallado ; y en el acto escribí á la señorita Morstan. Ahora no nos queda más que ir á Norwood y pedir la parte que nos corresponde. Anoche hice saber mis ideas al respecto á Bartolomé, de modo que si

no vamos á ser los bienvenidos en su casa, por lo menos seremos los esperados.

El señor Tadeo Sholto cesó de hablar, pero continuó agitándose en su lujoso asiento. Nosotros tres seguimos en silencio, el pensamiento embargado por el nuevo giro que el misterioso asunto había tomado. Holmes fué el primero en ponerse de pie.

—Usted ha procedido bien, señor—le dijo,— desde el principio hasta el fin. Es posible que nosotros podamos retribuirle su buen comportamiento arrojando alguna luz sobre aquello que para usted está todavía en la obscuridad. Pero, como la señorita Morstan lo hacía notar hace poco, ya es tarde, y lo mejor sería terminar pronto con el asunto.

El hombrecito colgó con el mayor cuidado el tubo de su *hookah*, y de atrás de una cortina sacó un larguísimo y pesado gabán con puños y cuello de astrakán. Se lo abotonó tan arriba como pudo, no obstante que, con una noche tan oscura, nadie había de verlo, y concluyó sus preparativos poniéndose una gorra de piel de conejo con orejeras que le caían hasta el cuello, de modo que lo único que quedaba visible de su persona, era su movible y picada cara.

—Soy algo débil de salud—replicó, rompiendo

la marcha hacia la calle,—y me veo obligado á tratarme como un valetudinario.

El cupé esperaba en la puerta. El programa había sido probablemente arreglado de antemano, pues apenas entramos en el carruaje, echó éste á andar á un paso rapidísimo. Tadeo Sholto hablaba sin cesar, en voz tan alta que dominaba el ruido de las ruedas.

—Bartolomé es un mozo inteligente—decía. —¿Cómo creen ustedes que ha llegado á descubrir el lugar en que el tesoro se encontraba? Persuadido por fin de que el escondrijo se hallaba puertas adentro, revolvió cada metro cúbico de la casa, y midió el terreno por todas partes, para que no se le escapara una sola pulgada sin registrar. Entre otras cosas, observó que el edificio tenía sesenta y cuatro pies de alto, y que sumando el alto de todas las habitaciones y teniendo en cuenta los espacios que hay entre ellas, explorados por él mediante varios sondajes, apenas llegaba á un total de sesenta pies. Había, pues, un espacio de cuatro pies no examinados todavía, y el cual no podía estar sino en la parte superior del edificio. Entonces abrió un agujero en el techo del cuarto más elevado, y se encontró con que encima de éste había una especie de cuartito, herméticamente cerrado y desconocido para todos. En el centro estaba el

cofre del tesoro, colocado sobre dos pedestales. Bartolomé descendió el cofre ensanchando el agujero, y ahora lo tiene en su poder. Según su cálculo, el valor de las joyas no baja de dos millones y medio de pesos.

Al oír hablar de una suma tan gigantesca, los tres nos miramos con ojos enormemente abiertos. Si nosotros lográbamos ponerla en posesión de sus derechos, la señorita Morstan iba á convertirse, de pobre aya, en una de las más ricas herederas de Inglaterra. Ese era, sin duda, el momento en que un amigo leal debía sentir regocijo ; pero á mí—lo confieso con vergüenza—el egoísmo me oprimió el alma y el corazón se me puso pesado como un plomo. Balbué algunas vulgares frases de felicitación, y luego me quedé silencioso y cabizbajo, sordo á la charla de nuestro acompañante. No me cabía duda de que el hombrecito estaba hipocondríaco, y en medio de mi semiadormecimiento, oía sus interminables explicaciones sobre los síntomas que se observaba, así como sus ruegos para que le diera mi opinión acerca de la composición y efecto de las innumerables medicinas que usaba, algunas de las cuales llevaba en el bolsillo, en una cajita de cuero. Ojalá no haya recordado nunca una sola de las respuestas que le di, pues Holmes declara haberme oído ponerlo en guardia contra

el peligro de tomar más de dos gotas de aceite de castor, y recomendarle, como sedativo, la estricnina en fuertes dosis. Como quiera que sea, la verdad es que sentí un gran alivio cuando nuestro carruaje se detuvo de golpe y el cochero saltó á abrir la portezuela.

—Este es Pondicherry Lodge, señorita Morstan—dijo Tadeo Sholto, ayudándola á bajar del cupé.

V

La tragedia de Pondicherry Lodge.

Eran cerca de las once de la noche cuando llegamos á aquella estación final de nuestras nocturnas aventuras. La niebla húmeda de la gran ciudad se había quedado detrás de nosotros, y la noche estaba tranquila y hermosa. Soplaban un tibio viento del Oeste y grandes nubes avanzaban lentamente por el firmamento, permitiendo á ratos á la media luna asomarse por entre ellas. La claridad de la noche era suficiente para ver á cierta distancia, pero Tadeo Sholto tomó uno de los faroles del carruaje para alumbrarnos el camino.

La casa de Pondicherry Lodge, construida en el centro de un vasto terreno, estaba rodeada por una tapia bastante alta, defendida por una cresta de vidrios rotos. Una puerta de una hoja,

forrada de hierro, era la única entrada de la casa. Nuestro guía llamó á ella con un toque especial, parecido al que usan los carteros.

—¿Quién es?—preguntó de adentro una ronca voz.

—Soy yo, Mc. Murdo. Debe usted haber conocido ya mi toque.

Se oyó un rumor sordo, y el ruido de la llave en la cerradura. La puerta se apartó pesadamente, y en la abertura apareció un hombre, bajo de estatura y ancho de pecho; la luz del farol le daba sobre el huraño rostro é iluminaba sus movedizos y desconfiados ojos.

—¿Usted, señor Tadeo? Pero, ¿y los otros, quiénes son? No tengo órdenes del patrón de dejarlos entrar.

—¿No, Mc. Murdo? ¡Eso me sorprende! Anoche le dije á mi hermano que iba á venir con varios amigos.

—En todo el día no ha salido de su cuarto, señor Tadeo, y yo no tengo órdenes. Usted sabe muy bien que debo ceñirme á sus órdenes. A usted le puedo dejar entrar; pero sus amigos tienen que quedarse allí donde están.

Nadie había pensado en ese obstáculo. Tadeo Sholto volvió la vista en torno suyo, perplejo y perdiendo la esperanza.

—¡Hace usted muy mal, Mc. Murdo!—ex-

clamó.—Desde que yo respondo de ellos, usted debería admitirlos. Además, usted ve que con nosotros viene una señorita que no puede esperar á estas horas en medio del camino.

—Lo siento mucho, señor Tadeo—contestó el portero, inexorable. — Los señores pueden ser amigos de usted y no ser, sin embargo, amigos del patrón. El patrón me paga para que yo cumpla con mi deber, y yo lo cumplo. Además, yo no conozco á ninguna de estas personas.

—¡ Oh, sí! usted me conoce á mí, Mc. Murdo—exclamó Sherlock Holmes con vivacidad.— No puedo creer que usted me haya olvidado ya. ¿ No se acuerda usted del aficionado con quien peleó tres turnos hace cuatro años, en casa de Alison, una noche de su beneficio?

—¡ Olvidar á Mr. Sherlock Holmes! — rugió el pugilista.—¡ Verdad de Dios! ¿ Cómo he podido desconocerlo? Si en lugar de quedarse allí tan tranquilo, hubiera usted avanzado en seguida y me hubiera dado en la quijada ese golpe atravesado que sólo usted sabe dar, en el acto lo habría reconocido, sin que me hiciera la menor pregunta. ¡ Ah! ¡ Cómo ha desperdiciado usted sus facultades! ¡ Si usted hubiera querido, qué alto habría pisado!

—Ya ve usted, Watson—me dijo Holmes riéndose ;—si todo lo demás llegara á fallarme, to-

davía me quedaría abierta una profesión científica. Y ahora estoy seguro de que nuestro amigo no nos va á dejar afuera en el frío.

—Entre usted, entre usted, y que entren también sus amigos—contestó el otro.—Lo siento mucho, señor Tadeo, pero mis órdenes son estrictas. Si hubiera sabido desde el principio quiénes eran sus amigos, los habría dejado entrar en el acto.

Entramos. Un caminito de arena conducía por en medio de un terreno desolado á la enorme casa cuadrada y prosaica, sumida toda ella entre las sombras, excepto un rincón en que la luz de la luna hacía brillar uno de los vidrios. Las vastas dimensiones del edificio, su aspecto sombrío y su mortal silencio oprimían el corazón. El mismo Tadeo Sholto parecía sentir cierto malestar, y el farol vacilaba en su mano.

—No sé qué signifique esto—decía ; — debe haber alguna equivocación. Anoche le dije á Bartolomé bien claro que esta noche vendríamos, y, sin embargo, no veo luz en su ventana. No sé qué pensar.

—¿Y siempre tiene la casa en esta obscuridad?

—Sí ; en eso ha seguido la costumbre de mi padre. Era el favorito de mi padre, ¿ sabe usted ? y á veces creo que éste debe haberle dicho mu-

chas más cosas que á mí. La ventana del cuarto de Bartolomé es aquella donde da la luna. Los vidrios brillan, pero no me parece que haya luz en el interior.

—No la hay—dijo Holmes; — pero por esa otra ventanita de junto á la puerta veo salir un rayo de luz.

—¡ Ah ! Ese es el cuarto del ama de llaves, de la señora Bernstone. Ella nos dirá lo que hay. Tal vez ustedes no tengan inconveniente en esperar aquí uno ó dos minutos, pues, si entramos todos juntos, como ella tampoco sabía que íbamos á venir, la presencia de ustedes podría alarmla. Pero ¡ chut ! ¿ qué es eso ?

—Alzó el farol, y lo agitó formando círculos de luz en derredor nuestro. La señorita Mors-tan me tomó del brazo, y todos permanecemos silenciosos, los corazones sobresaltados, el oído en acecho. Del enorme y negruzco edificio se escapaban, en el silencio de la noche, tristes y lastimeros lamentos ; era el continuo ay, entrecortado y agudo, de una mujer presa del terror.

—Esa es la señora Bernstone—dijo Sholto.— No hay más mujer que ella en la casa. Espérenme aquí. Vuelvo al instante.

Se dirigió apresuradamente hacia la puerta, y llamó á ella con su toque especial. Desde donde éstabamos pudimos ver que una mujer

alta y entrada en años le abrió y manifestaba el placer que le causaba su visita.

— ¡ Oh ! ¡ Señor Tadeo, señor ! ¡ Qué gusto tengo que haya usted venido ! ¡ Tengo tanto gusto de que esté usted aquí, señor Tadeo ! ...

Y oímos sus reiteradas expresiones de gozo hasta que, cerrada la puerta, la voz se perdió en un murmullo monótono.

Nuestro guía nos había dejado el farol. Holmes lo alzó, lo dirigió en distintos sentidos, y examinó atentamente la casa y los montones de escombros que cubrían el terreno por todas partes. La señorita Morstan y yo seguimos lado á lado ; su mano estaba en la mía. Cosa maravillosamente sutil es el amor : dos personas que nunca se habían visto hasta ese mismo día, entre las cuales no había habido un cambio de palabras de amor, ni siquiera de la más leve mirada de afecto, y en un momento las manos de una y otra se buscaban y se unían. El fenómeno me ha maravillado después, pero entonces me pareció la cosa más natural acercarme á ella, y ella, por su parte, me ha dicho que desde que me vió se sintió instintivamente impulsada á volverse hacia mí en demanda de consuelo y protección. Permanecíamos, pues, la mano en la mano, como dos niños, y nuestros co-

razones estaban tranquilos, á pesar de las sombras que nos rodeaban.

—¡ Qué lugar tan extraño !—exclamó mi compañera, mirando á un lado y á otro.

—Parece que aquí hubieran soltado todos los topos de Inglaterra. Algo parecido he visto en la falda de un cerro, cerca de Ballarat, donde los buscadores de minas habían hechos sus exploraciones.

—Y la causa es la misma—dijo Holmes.—Estos son los rastros de los buscadores del tesoro. Recuerden ustedes que han estado más de seis años buscándolo. No hay que maravillarse de que el terreno parezca una criba.

La puerta de la casa se abrió con estrépito en ese momento, y Tadeo Sholto salió corriendo, las manos extendidas hacia adelante, el terror retratado en sus ojos.

—¡ A Bartolomé le pasa algo raro !—gritó.—¡ Yo tengo miedo ! Mis nervios no pueden soportar esto.

Estaba en realidad tembloroso y balbuciente de miedo ; su cara movible y puntiaguda parecía querer salirse de entre el gran cuello de astrakán, con la expresión desconsolada y suplicante de un niño aterrado.

—Entremos todos en la casa — dijo Holmes con seco y decisivo tono.

—¡ Sí, vamos!—suplicó Tadeo Sholto. — Yo no me siento capaz de tomar una resolución.

Todos seguimos al cuarto del ama de llaves, situado en el lado izquierdo del corredor. La anciana se paseaba de un extremo á otro de la habitación, mirando asustada á un lado y á otro, apretándose los dedos; pero la presencia de la señorita Morstan pareció producir en ella el efecto de un calmante.

—¡ Bendiga Dios esa cara tan cariñosa y tranquila!—exclamó, en medio de un histérico sollozo.—¡ Cuánto bien me hace el verla á usted! ¡ Oh! ¡ Y cuánto he sufrido hoy!

Nuestra compañera le tomó la mano, una mano flaca y maltratada por el trabajo, y murmuró algunas palabras de consuelo, amable y cariñosa, que en el acto devolvieron el color á las mejillas de la anciana.

—El patrón se ha encerrado con llave y no me contesta—explicó el ama de llaves.—Todo el día esperé á que me llamara, sin atreverme á subir, pues con frecuencia desea estar enteramente solo; pero hace como una hora, comprendiendo por fin que pasaba algo extraño, subí, y miré á su cuarto por el agujero de la llave. Vaya usted, señor Tadeo; vaya usted, y mire usted mismo. Durante diez años seguidos he visto diariamente al señor Bartolomé Sholto, unas

veces alegre, otras triste ; pero nunca le vi una cara como la que tiene hoy.

Sherlock Holmes tomó la lámpara y él fué quien rompió la marcha, pues Tadeo Sholto estaba que los dientes parecían bailarle dentro de la boca. De tal modo temblaba, que para subir las escaleras tuve yo que sostenerlo, poniéndole una mano bajo el brazo : las rodillas se le doblaban. Por dos veces durante nuestra ascensión, Holmes sacó su lente del bolsillo y examinó cuidadosamente ciertas manchas de la estera que cubrían el centro de la escalera : á mí me parecieron simples manchas de barro, sin forma alguna. Mi amigo subía lentamente, escalón por escalón, manteniendo la lámpara bien baja y dirigiendo la mirada á derecha é izquierda. La señorita Morstan había quedado atrás con la asustada ama de llaves.

La tercera escalera terminaba en un comedor, recto y bastante largo, en cuyo lado derecho había un gran cuadro pintado en tela de la India, y en el izquierdo tres puertas. Holmes avanzó por él de la misma manera lenta y metódica, y nosotros dos lo seguimos de cerca : nuestras sombras, altas y negras, se balanceaban por el corredor. La puerta adonde íbamos era la tercera. Holmes golpeó en ella sin obtener respuesta, y entonces trató de dar vueltas

al picaporte. Estaba cerrada por adentro, y el pestillo era ancho y sólido, como pudimos ver acercándole la lámpara. La llave estaba puesta, pero de lado, de manera que el agujero no quedaba enteramente tapado. Sherlock Holmes se bajó á mirar por él é inmediatamente volvió á levantarse, respirando con dificultad.

—Algo diabólico hay en esto, Watson—dijo, conmovido como yo jamás lo había visto.—¿Qué piensa usted que pueda haber allí?

Me incliné hacia el agujero y retrocedí horrorizado. La luna alumbraba plenamente el cuarto, con la luz vaga pero clara. Enfrente de la puerta, y al parecer suspendida en el aire, pues el cuerpo se hallaba en la sombra, vi colgada una cara, la cara misma de nuestro compañero Tadeo Sholto. Era la misma cabeza prominente y lustrosa, el mismo fleco de cabellos rojos, el mismo tinte exangüe. Pero las facciones se contraían en una horrible sonrisa, en una mueca fija y extranatural, que en medio de aquella habitación alumbrada por la luna, impresionaba más los nervios que cualquier espasmo ó contorsión. Tanto se parecía esa cara á la de nuestro diminuto amigo, que involuntariamente miré en derredor nuestro, para ver si éste estaba allí todavía. Luego recordé que Tadeo nos había dicho que él y su hermano eran gemelos.

—¡Qué cosa terrible!—dije, dirigiéndome á Holmes.—¿Y qué vamos á hacer ahora?

—Echar abajo la puerta—contestó,—y, recostándose sobre ella, cargó todo el peso de su cuerpo contra la cerradura.

La puerta crujió, gruñó, pero no cedió. Entonces nos pusimos los tres á empujarla, y por fin se abrió bruscamente, dejándonos libre la entrada al cuarto de Bartolomé Sholto.

La habitación parecía un laboratorio químico. En la pared de enfrente de la puerta había dos hileras de frascos de cristal, con muestras, y la mesa estaba repleta de quemadores de Bunsen, de tubos y retortas. En los rincones había varias tinajas con carboides de ácido: una de ellas parecía estar agujereada ó haber sido rota, pues de ella salía un chorro de líquido obscuro, y la atmósfera estaba saturada de un olor parecido al del alquitrán, muy penetrante y nauseabundo. En el centro del cuarto, junto á un montón de tablas y yeso, había una escala, y arriba, en el techo, un agujero bastante ancho para permitir el paso de un hombre. Al pie de la escala se veía un largo trozo de cuerda, que parecía haber sido arrojado descuidadamente.

Junto á la mesa, en un sillón de madera, se hallaba el amo de la casa sentado y como encogido, la cabeza caída sobre el hombro izquierdo,

y en el rostro aquella horrenda é inescrutable sonrisa. Estaba frío y rígido, y era evidente que su muerte databa de varias horas. Observándolo, me parecía que no solamente sus facciones, sino todos sus miembros, estaban torcidos y volteados de la manera más fantástica. En la mesa, cerca de su mano, había un raro instrumento : era un pesado y negruzco bastón, con puño de piedra, parecido á un martillo, y groseramente amarrado con una cuerda ordinaria. Junto á él había una hoja de papel, arrancada de algún cuaderno de apuntes, y en ella algunas palabras escritas en mala letra. Holmes leyó el papel y en seguida me lo pasó.

—Vea usted—me dijo,—alzando las cejas con expresión significativa.

Acerqué el papel al farol, y con un calofrío de horror leí : «La señal de los cuatro.»

—¿Qué significa esto, en nombre de Dios?—exclamé.

—Esto significa asesinato—me contestó Holmes, acercándose al muerto.—¡ Ah ! Ya lo esperaba. ¡ Mire usted !

Y me enseñaba algo que parecía una espina, larga y de color obscuro, clavada en la piel, un poco más arriba de la oreja.

—Parece una espina—dije.

—Es una espina. Puede usted sacarla ; pero tenga cuidado, porque está envenenada.

La tomé entre el pulgar y el índice, y salió tan fácilmente que casi no dejó rastro. Una gotita de sangre apareció en el mismo sitio.

—Todo esto es un misterio cada vez más insondable para mí—observé ;—y en vez de aclararse va obscureciéndose más y más.

—Al contrario—me respondió mi amigo ;—de instante en instante se va aclarando. No nos faltan más que algunos hilos, todavía ocultos, para que tengamos un caso enteramente conexo.

Desde que estábamos en el cuarto habíamos olvidado casi por completo la presencia de nuestro compañero. Todavía estaba parado en la puerta, fiel imagen del terror, retorciéndose las manos y gimiendo por lo bajo. Pero de improviso prorrumpió en un grito agudo y lastimero.

—¡ El tesoro ha desaparecido ! ¡ Le han robado el tesoro ! Ese es el agujero por donde lo bajamos. ¡ Yo le ayudé á bajarlo ! ¡ Yo fui el último que estuve en él ! ¡ Anoche cuando me fui, lo dejé aquí, y al bajar las escaleras oí que cerraba con llave !

—¿ Qué hora era ?

—Las diez. Y ahora él está muerto, y la policía va á venir, y á mí se me va á sospechar de haber tenido partipación en esto. ¡ Oh, sí ! Estoy

seguro de que me sospecharán. ¿Pero ustedes no lo creen, señores? ¿De veras no creen ustedes que yo he sido? ¿Los habría traído á ustedes aquí, si yo hubiera sido? ¡ Oh, pobre de mí ! Voy á volverme loco.

Agitaba los brazos y golpeaba el suelo con los pies, como si fuera presa de incontenibles convulsiones.

—Usted no tiene por qué temer nada, Mr. Sholto — le dijo Holmes amablemente, poniéndole una mano en el hombro.—Siga usted mi consejo : vaya usted ahora mismo en el carruaje á dar parte á la policía. Dígales que usted les ayudará en todo lo posible. Nosotros lo esperamos aquí hasta que usted vuelva.

El hombrecito obedeció maquinalmente, y se alejó, haciendo resonar sus pasos en la oscura escalera.

VI

Una demostración de Sherlock Holmes.

—Ahora, Watson—dijo Holmes restregándose las manos,—vamos á estar aquí solos durante media hora. Emplémosla bien. Como ya le he dicho á usted, tengo casi completo el caso ; pero conviene no extraviarse por exceso de confianza. Por sencillo que parezca ahora el caso, debe haber detrás de él algo más complicado.

—¡ Sencillo !—murmuré.

—Seguramente—me contestó en el tono de un profesor de clínica ante sus discípulos.—Siéntese usted allí, en ese rincón, para que las marcas de sus pies en el suelo no compliquen el asunto. Y ahora, trabajemos. En primer lugar, ¿ cómo ha entrado aquí esa gente, y cómo ha salido ? La puerta no ha sido abierta desde anoche. ¿ Por la ventana ?—y paseó la lámpara por delante de

ésta, emitiendo al mismo tiempo, en voz alta, sus observaciones, pero hablando consigo mismo más que conmigo.—Ventana asegurada por adentro. Marco sólido. Ventana sin goznes laterales. Abrámosla. Ningún tubo de aguas en las inmediaciones. El techo bastante lejos del alcance. Y, sin embargo, un hombre ha subido por la ventana. Anoche llovió un poco. Aquí, en el antepecho, está la huella de un pie. Y aquí una marca de lodo, circular, y otra aquí en el suelo, y después otra junto á la mesa. Mire usted, Watson. En realidad, esta demostración es incontestable.

Miré los discos de lodo, redondos y bien marcados.

—Esta no es la huella de un pie—dije.

—Pero es algo más importante para nosotros. Es la marca de una pata de palo. Vea usted aquí, en el antepecho, la huella de un botín, un pesado botín, con ancho taco de metal, y al lado la marca del pie de palo.

—Entonces ha sido el cojo aquél...

—Exactamente ; pero con él ha venido otro, un auxiliar muy hábil y eficiente. ¿Podría usted escalar esta pared, doctor?

Miré por la ventana. La luna iluminaba todavía el ángulo de la casa con claridad completa. Estábamos lo menos á setenta pies del suelo, y,

por más que mirase, no me era posible distinguir un solo punto de apoyo para los pies, ni siquiera una grieta en la pared.

—Absolutamente imposible—contesté.

—No cabe duda que es imposible. Pero suponga usted que un amigo le alcanzase desde aquí un extremo de aquella gruesa cuerda que veo en ese rincón, y amarrase el otro en este enorme gancho de la pared. Creo que entonces, siendo usted un hombre ágil, subiría, aunque tuviera una pata de palo. Después, naturalmente, bajaría usted de la misma manera, y su amigo recogería la cuerda, la desataría del gancho, cerraría la ventana, echaría la aldaba por dentro, y saldría de la habitación por donde entró. Como punto de menor importancia, hay que notar —y señaló la cuerda con el dedo—que el amigo de la pierna de palo, por más que parece ser muy listo para trepar, no ha sido nunca marinero ni tiene las manos callosas. Con mi lente descubro en la cuerda más de una mancha de sangre, especialmente allá, cerca de la punta, lo que me hace suponer que, al bajar, nuestro hombre se deslizó con tanta velocidad, que una parte del cutis se le ha quedado pegada á la cuerda.

—Todo esto está muy bien—dije yo ;—pero el asunto se va volviendo más ininteligible que

nunca. ¿Y el misterioso auxiliar? ¿Cómo ha entrado en el cuarto?

—¡Sí, el auxiliar!—repetió Holmes, y se puso pensativo.—Todo lo que se refiere á este sujeto es interesante. El tal auxiliar saca el asunto de los límites de lo común, y, según mi parecer, abre una nueva página en los anales del crimen en este país, pero en la India y, si mi memoria no me es infiel, en Senegambia, se han presentado casos parecidos.

—¿Cómo habrá entrado?—repetí yo.—La puerta estaba cerrada con llave, la ventana era inaccesible. ¿Y la chimenea?

—La parte de abajo es demasiado pequeña—contestó Holmes.—Ya había pensado yo en eso.

—¿Y entonces, cómo?

—Usted no quiere aplicar mi precepto—me observó mi amigo.—¿Cuántas veces le he dicho que, una vez eliminado lo imposible, lo que queda debe ser la verdad, por improbable que parezca? Sabemos ya que no ha podido venir por la ventana, ni por la puerta, ni por la chimenea. Sabemos también que no ha podido estar oculto en el cuarto, pues aquí no hay donde esconderse. ¿Por dónde ha de haber entrado, pues?

—¡Por el agujero del techo!—exclamé.

—Evidentemente. Ese era el único camino. Si usted tiene la amabilidad de tenerme la lám-

para, vamos á extender nuestras pesquisas hasta el cuarto de arriba : el cuarto secreto en que estaba el tesoro.

Holmes subió por la escala, y, poniendo una mano en cada lado del agujero, se introdujo por éste. Luego se inclinó desde arriba, tomó la lámpara, y la tuvo mientras yo subía.

El recinto en que nos hallábamos, tenía unos diez pies de largo por seis de ancho. El piso estaba formado de frágiles tablillas, colocadas sobre los tirantes de hierro y cubiertas de yeso, lo que nos obligaba á pisar únicamente sobre los tirantes. El techo, en punta, no era, visiblemente, más que la cubierta interior de la verdadera techumbre de la casa. No había muebles ni objeto alguno, y el polvo acumulado durante años formaba en el suelo una espesa capa.

—¡ Aquí tiene usted !—exclamó Sherlock Holmes, poniendo su mano en la pared inclinada. —¿ Y ve usted? Esta es una puerta claraboya que conduce afuera. Con empujarla se encuentra uno con el plano inclinado del techo. Este es, pues, el camino por donde ha entrado Número Uno. Veamos si podemos encontrar otros rastros de su individuo.

Acercó la lámpara al suelo, y al instante vi, por segunda vez en aquella noche, que su rostro adquiría una expresión de sorpresa y horror.

En cuanto á mí, sentí frío hasta en los huesos al seguir con mi mirada la suya. El piso estaba cubierto de las huellas de un pie desnudo, claras, perfectamente definidas y formadas, pero de dimensiones que apenas alcanzaría á la mitad del tamaño ordinario del pie humano.

—¡Holmes!—murmuré á su oído.—Esta horrible cosa ha sido hecha por un niño.

Mi compañero había recuperado en un instante el dominio sobre sí mismo.

—Yo también me sentí en el primer momento horrorizado por la misma idea—me contestó;—pero la cosa es muy natural. La memoria me ha fallado, porque, de lo contrario, habría podido explicar en el acto lo que vemos. Pero vámonos abajo, pues nada tenemos ya que hacer aquí.

—¿Cuál es, entonces, la teoría de usted respecto á esas huellas?—le pregunté lleno de interés cuando estuvimos abajo.

—Mi querido Watson, trate usted de hacer un pequeño análisis por sí mismo—me contestó impacientándose ligeramente.—Usted conoce mis métodos: aplíquelos, y la comparación de los resultados será digna de estudio.

—Nada concibo que explique los hechos—fué mi respuesta.

—Pues muy pronto lo verá usted—me dijo mi amigo, en tono indiferente.—Ahora, aunque

creo que ya no hay cosa de importancia que observar aquí, voy á buscar otra vez.

Sacó su lente y una cinta de medir, y se puso á recorrer á gatas el cuarto, midiendo, comparando, examinando, con su larga y afilada nariz apenas á unas cuantas pulgadas del suelo : sus escrutadores ojos brillaban como los de un pájaro. Tan silenciosos y furtivos eran sus movimientos, parecidos á los de un perro de caza que sigue una pista, que, al verlo así, no pude menos de pensar en el terrible criminal que habría sido, si en vez de poner su energía y sagacidad al servicio de la ley, las hubiera ejercido en su contra. Mientras husmeaba por allí, hablaba consigo mismo, y de pronto soltó una ruidosa exclamación de alegría.

—Decididamente estamos de buenas—dijo.— Ahora ya no nos queda mucho que hacer. Número Uno ha tenido la desgracia de meter la pata en la creosota. Puede ver usted el talón de su pequeño pie marcado aquí en esta parte de la hedionda laguna. ¿Ve usted? El líquido ha corrido en abundancia.

—Bueno, ¿y qué?

—Que ya tenemos al individuo, y nada más. Conozco un perro que seguiría este rastro hasta el fin del mundo. Si un gato puede descubrir un arenque en estado de descomposición en la des-

pensa mejor cerrada, ¿cómo no ha de poder un sabueso, enseñado especialmente, seguir un olor tan penetrante como éste? La respuesta no es difícil y... Pero ¡hola! aquí están los representantes titulares de la ley.

Del piso bajo subía el ruido de fuertes pisadas y el clamor de sonoras voces; y la puerta se cerró con estrépito.

—Antes de que suban, ponga usted su mano aquí, en el brazo de este pobre diablo, y después en la pierna. ¿Qué siente usted?

—Los músculos están tan duros como si fueran de madera—contesté.

—Así es. Se encuentran en un estado de extremada contracción, que excede en mucho al usual *rigor mortis*. Uniéndola á la torsión de la cara, á esa hipócrita sonrisa, ó sea la *risus sardonica*, como la llamaban los escritores antiguos ¿á qué conclusión llegaría usted?

—Muerte producida por algún poderoso alcaloide vegetal—contesté.—Alguna substancia parecida á la estriénina, que produce el tétano.

—Esa misma idea se me ocurrió apenas vi la tirantez de los músculos de la cara, y, al entrar en el cuarto, traté inmediatamente de encontrar los medios por los cuales el veneno se había introducido en el organismo. Como usted ha visto, pronto descubrí una espina que había sido en-

cajada en la piel ó disparada de lejos, aunque no con gran fuerza. Observe usted que la parte donde la espina se encontraba, es la que habría mirado hacia el techo estando el hombre sentado en la silla. Ahora, examine usted la espina.

Tomándola cuidadosamente, la acerqué al farol. Era larga, puntiaguda y negra, y cerca de la punta parecía untada con alguna substancia gomosa que se hubiese secado rápidamente. El extremo posterior había sido recortado y redondeado con un cuchillo.

—¿Cree usted que esa espina sea de madera inglesa?

—No, seguro que no.

—Pues con todos esos datos, debería usted estar en aptitudes para sacar alguna consecuencia exacta. Pero aquí vienen las fuerzas regulares, y las auxiliares deben tocar retirada.

Mientras Sherlock Holmes hablaba, los pasos se acercaban ruidosamente por el corredor, y un hombre, alto y corpulento, vestido con un traje gris, entró con pesado andar en el cuarto. Su cara era colorada, gorda y pletórica; sus ojos, muy pequeños y vivos, miraban con penetrante intención desde las profundidades de sus gruesos párpados. Detrás de él entraron un inspector de policía, uniformado, y Tadeo Sholto, todavía palpitante.

—¡ Este es un lindo asunto !—exclamó el hombre corpulento.—¡ Un asunto que vale la pena ! Pero ¿ quiénes son esos dos ? ¿Cuál es la razón de que la casa esté tan poblada como una conejera ?

—Me parece que usted debe recordar quién soy yo, señor Athelney Jones—dijo Holmes con tranquilo acento.

—¡ Ya lo creo que sí !—mugió el otro.—Usted es el señor Sherlock Holmes, el teorizador. ¡ Acordarme de usted ! Nunca olvidaré las lecciones que nos dió usted á todos nosotros sobre las causas, consecuencias y efectos, en el asunto de las Joyas de Bishopgate. Verdad es que usted nos puso sobre el buen rastro, pero usted con- vendrá ahora en que más le ayudó en ese caso su buena suerte que el raciocinio.

—Pues fué un caso de simple razonamiento.

—¡ Oh, vamos, vamos ! ¡ Nunca se avergüence usted de reconocer la verdad ! ¿ Y qué me dice usted de esto ahora ? ¡ Mal negocio, mal negocio ! Hechos descarnados, ningún lugar para las teorías. ¡ Qué suerte para mí, haberme encontrado hoy en Norwood, para hacerme cargo de este caso. Estaba en el puesto de policía cuando llegó el aviso. ¿ De qué cree usted que ha muerto este hombre ?

—¡ Oh ! Este es un asunto que me sería difícil teorizar—contestó Holmes secamente.

—No, no. Nosotros no podemos negar que á veces golpea usted en el clavo. ¡ Qué perspectiva ! La puerta cerrada, según entiendo. Joyas, por valor de dos millones y medio, desaparecidas. ¿ Cómo estaba la ventana ?

—Cerrada por adentro, pero en el antepecho hay rastro de pisadas.

—Bien, bien. Si la ventana estaba cerrada por adentro, las pisadas nada tienen que ver en el asunto. Eso lo indica el sentido común. El hombre puede haber muerto de un accidente, pero la cuestión es que las joyas no están aquí. ¡ Ah ! Se me ocurre una teoría. A veces me asaltan estas ráfagas. Salga usted al corredor, sargento, y usted también, señor Sholto. El señor puede quedarse. ¿ Qué piensa usted de esto que le voy á decir, Holmes ? Según su propia confesión, Sholto estuvo anoche con su hermano. El hermano murió por efecto de un accidente, y Sholto se llevó el tesoro. ¿ Qué le parece á usted ?

—¿ Sin duda el muerto se levantó después y echó la llave á la puerta ?

—¡ Hum ! La cosa anda mal. Apliquemos el sentido común. Este Tadeo Sholto estuvo con su hermano : entre ellos hubo una disputa, cosa que sabemos. El hermano está muerto y las joyas

no parecen. También esto lo sabemos. Nadie ha visto al hermano desde que Tadeo se separó de él. La cama demuestra que el hermano no se acostó. Tadeo está visiblemente trastornado. Su apariencia es... pues, no es atrayente. Ya ve usted que voy tendiendo mi red en torno de Tadeo, y las mallas comienzan á apretarlo ya.

—Usted no está todavía en completa posesión de los hechos—dijo Holmes.—Esta astilla de madera, que tengo muchas razones para creer envenenada, estaba allí, en esa parte de la piel donde todavía puede usted ver la marca; este papel, escrito como usted ve, estaba en la mesa, y á su lado este curioso bastón con puño de piedra. ¿Cabe todo eso dentro de su teoría?

—La confirma bajo todo respecto—dijo acompasadamente el gordo detective.—La casa está llena de curiosidades de la India. Tadeo ha traído estas cosas de abajo, y si la astilla está envenenada, Tadeo puede haber hecho uso de ella para matar, como podría hacerlo cualquiera otra persona. El papel es una manera de extrañar las pesquisas... y puede no serlo. La única cuestión es ¿cómo salió de aquí? ¡Ah! Ya lo creo, por ese agujero del techo.

Con actividad grandísima, si se consideraba su volumen, subió por la escala y se metió por el

hueco : y en seguida oímos su alegre voz que proclamaba el hallazgo de la puerta-claraboya.

—Pueda ser que descubra realmente algo— dijo Holmes, encogiéndose de hombros,—pues á veces tiene sus accesos de corazón. *Il n'y a pas de sots aussi incommodes que ceux qui font de l'esprit.* (1)

—¡ Ve usted !—exclamó Athelney Jones reapareciendo en la escala.—Después de todo, los hechos valen más que las teorías. Mi opinión en el asunto se confirma. He encontrado una puerta claraboya, y estaba medio abierta.

— Yo fui quien la abrí.

—¡ Hola ! ¿ Conque usted la había visto antes que yo ?—Y parecía bastante contrariado al saberlo.—¡ Bueno ! Pues cualquiera que sea el que la vió primero, el hecho es que por allí se ha escapado el sujeto. ¡ Inspector !

—¡ Señor !—le contestaron desde el corredor.

—Diga usted al señor Sholto que entre. Señor Sholto, cumplo con el deber de prevenirle que cualquier cosa que usted diga puede ser utilizada en su contra. En nombre de la Reina lo arresto á usted, como complicado en la muerte de su hermano.

(1) No hay tonto más molesto que el que quiere pasar por ingenioso.

—¡ Ya está! ¿No decía yo?—gimió el pobre hombrecito, alzando las manos y mirándonos asustado.

—No tenga usted miedo, señor Sholto—le dijo Holmes.—Muy pronto lo libraré á usted de esa acusación.

—¡ No promete usted demasiado, señor Teorizador, no promete usted demasiado!—le previno el detective en tono rajante.—Puede ser que el asunto le resulte á usted mucho más difícil de lo que usted piensa.

—No sólo estoy seguro de librar al señor Sholto, sino que voy á obsequiarle á usted, sin el menor interés, con el nombre y seña de una de las dos personas que estuvieron anoche en este cuarto. Sepa usted que se llama Jonathan Small, es hombre de escasa educación, pequeño de estatura, activo y le falta la pierna derecha, en cuyo lugar usa una de palo, que está algo gastada en la parte inferior. El pie izquierdo lo lleva calzado con un botín de suela ordinaria, cuadrado en la punta, el tacón tiene un ribete de hierro. Es hombre de cierta edad, tiene la cara y las manos quemadas por el sol, y ha estado en presidio. Estas pocas indicaciones pueden servirle á usted, y agrégueles usted esto : el sujeto debe tener en este momento la palma de la mano casi sin cutis. La otra persona...

—¡ Ah ! ¿ La otra persona ?—preguntó Athelney Jones con burlona voz, pero no por eso menos impresionado por la precisión del lenguaje de Holmes.

—Es una persona bastante rara—contestó éste, girando sobre sus talones.—Espero poder muy pronto presentarle á usted el par. Una palabra, Watson.

Y me llevó afuera, hasta cerca de la escalera.

—Este suceso—me dijo,—nos ha hecho perder de vista el objeto original de nuestra venida aquí.

—Estaba precisamente pensando en eso—le contesté.—No me parece bien que la señorita Morstan permanezca en esta lúgubre casa.

—No. Acompáñela usted. Vive con la señora Cecil Forrester, en Camberwell Bajo, no muy lejos de aquí. Yo lo esperaré á usted. ¿ O tal vez está usted muy cansado ?

—De ninguna manera, y me parece que me sería imposible descansar antes de descubrir más pormenores de este fantástico asunto. En el curso de mi existencia he visto bastantes cosas, á veces no poco raras, pero le doy á usted mi palabra de que la sucesión de sorpresas tan extrañas que hemos experimentado esta noche, me ha trastornado por completo. Y ahora, que ya

me encuentro en esta situación, desearía seguir junto con usted el curso de los sucesos.

—La presencia de usted me será utilísima— me contestó.—Nosotros trabajaremos independientemente y dejaremos al amigo Jones regocijarse en la contemplación del embrollo que le plazca inventar. Tan pronto como haya dejado usted á la señorita Morstan en su casa, hágame el favor de ir al número 3 del callejón Lane, en Lambet, cerca de la ribera. La tercera casa de la derecha es la de un negociante en animales, que se llama Sherman ; en una hoja de la ventana verá usted pintado un sabueso con un conejo entre los dientes. Llame usted á la puerta, despierte al viejo Sherman, y después de saludarlo en mi nombre, dígame que necesito en el acto á Toby. Y se trae usted á Toby en el carruaje.

—¿Un perro, supongo?

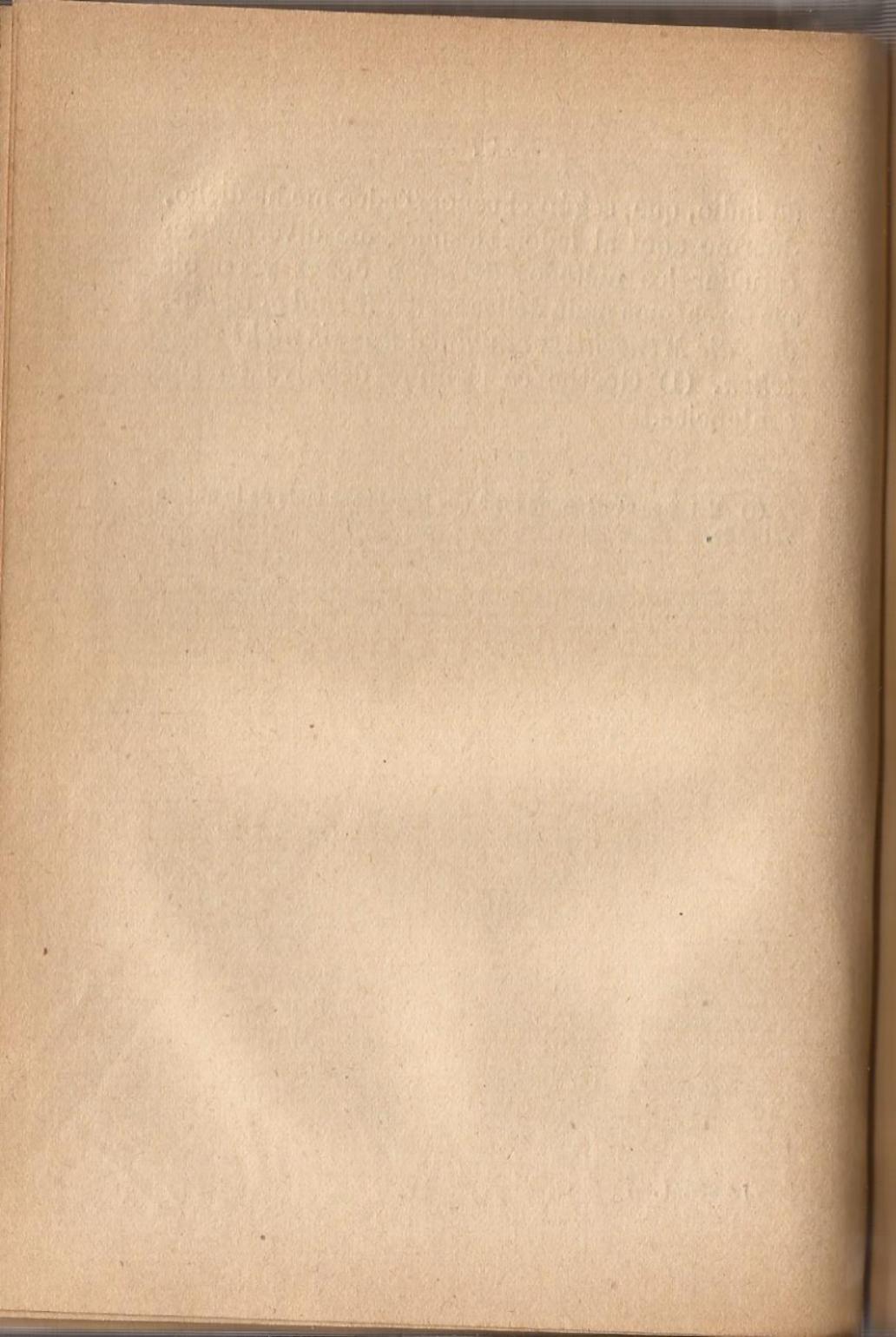
—Sí ; un perro extraordinario, que tiene el más asombroso olfato. La ayuda de Toby me será más útil que la de todos los detectives de Londres juntos.

—Pues cuente usted con que se lo traeré—le respondí.—Es la una : si puedo cambiar de caballo estaré de regreso antes de las tres.

—Y yo—dijo Holmes,—voy á ver si consigo algunos datos de la señora Bernstone y del cria-

do indio, que, según el señor Tadeo me ha dicho, duerme aquí al lado. Después me divertiré en estudiar los métodos del gran Jones y en oír sus sarcasmos nada delicados. *Wir sind gewöhnt, dass die Menschen verhöhnen was sie nicht verstehen.* (1) Goethe es siempre decisivo en sus sentencias.

(1) Estamos acostumbrados á que la gente se mofa de lo que no entiende.



VII

El episodio del barril.

Los de la policía habían llevado á la casa un cupé demás, y en él conduje á la señorita Mors-tan á su casa. Todas las emociones de la noche las había soportado con la angélica conformidad de las mujeres, y mientras se hallaba al lado de alguien más débil que ella, necesitado de su ayuda, había sabido conservar la calma en el rostro : cuando fuí en su busca, la encontré tranquila y plácida, acompañando á la aterrada ama de llaves. Pero, ya dentro del carruaje, comenzó por casi desmayarse y luego rompió á llorar con amargura, tanto la habían impresionado las aventuras de la noche. Después me ha dicho que yo le parecí en ese momento frío é indiferente. No se imaginaba la lucha que se efectuaba en

mi interior, ni el esfuerzo de voluntad que me costaba apartarme de ella.

Mis simpatías y mi amor le pertenecían desde el momento en que nuestras manos se habían juntado en el jardín. Estaba seguro de que en años de tratarla en medio de los convencionalismos de la vida, no habría podido conocer su dulce y valerosa naturaleza como en aquella sola noche de extrañas pruebas. Y, sin embargo, dos pensamientos sellaban en mis labios las palabras de afecto. Débil y sin amparo, trastornada é intranquila, hablarle de amor en aquellos momentos habría sido aprovechar una situación anormal. Y después, era rica, una opulenta heredera, si las pesquisas de Holmes tenían buen éxito. ¿Era digno, era honroso, que un cirujano sin más renta que la media paga de su retiro, explotara en su provecho la intimidad? ¿No se encontraba con ella por casualidad? ¿No me miraría luego como á un vulgar cazador de dotes? Imposible era para mí correr el riesgo de que semejante idea le cruzase por la mente. El tesoro de Agra se atravesaba entre nosotros como una barrera infranqueable.

Eran cerca de las dos cuando llegamos á casa de la señora Cecil Forrester. Hacía ya varias horas que los sirvientes se habían recogido; pero la señora Forrester estaba tan impresionada

por el extraño mensaje recibido por la señorita Morstan, que no había querido acostarse hasta la vuelta de ésta. Ella misma nos abrió la puerta. Era una mujer de cierta edad, agraciada todavía, y me causó mucho gusto ver cómo rodeaba con su brazo el talle de mi compañera, y con qué voz de madre cariñosa la saludaba. Se veía que no la consideraba como una empleada, sino como una amiga.

La señorita Morstan me presentó, y la dueña de la casa me rogó con insistencia que entrase á contarle lo ocurrido. Pero yo le expliqué la importancia de la excursión que tenía que hacer, y le prometí volver con noticias de todo lo que averiguásemos sobre el asunto. Al alejarme en el cupé, dirigí hacia atrás una mirada, y todavía me parece ver el pequeño grupo de las dos graciosas formas en lo alto de la escalera exterior, la puerta entreabierta, la luz del vestíbulo que se reflejaba en el espejo, el barómetro y el brillante pasamanos de la escalera.

En medio de la sombría aventura en que nos habíamos lanzado, consolaba la vista de un tranquilo hogar inglés, por rápida que fuera.

Y tanto más pensaba en lo ocurrido, cuanto más horrible y obscuro me parecía.

El carruaje rodaba por las silenciosas calles, medio alumbradas por los faroles del gas; yo

pasaba revista, de principio á fin, á la extraordinaria serie de acontecimientos en que estábamos envueltos. El problema original estaba ya en cierto modo aclarado. La muerte del capitán Morstan, el envío de las perlas, el aviso en los diarios, la carta : todo eso estaba ya en limpio. Pero, al aclararlos, nos habíamos sumido en un misterio más profundo y trágico. El tesoro indio, el curioso plano encontrado en el equipaje de Morstan, la extraña escena de la muerte del mayor Sholto, el descubrimiento del lugar en que estaba escondido el tesoro, el asesinato del descubridor, las singularísimas circunstancias del crimen, las huellas de pisadas, las armas tan raras encontradas en el cuarto de Bartolomé, las palabras escritas en el papel, que correspondían con las del plano del capitán Morstan... he ahí un laberinto en que un hombre con dotes menos extraordinarias que mi amigo Holmes, se habría perdido, desesperado de encontrar la clave.

El callejón Pinchin era una serie de viejas casas de dos pisos, situado en el barrio bajo de Lambeth. Antes de conseguir que me contestasen en el número 3, tuve que golpear en la puerta por largo rato. Por fin distinguí detrás de las persianas del piso alto la luz de una vela, y una cara que miraba hacia afuera.

—Siga usted su camino, borracho, vagabundo—gritó la cara.—Si continúa usted pateando así mi puerta, voy á abrirla, para que salgan á recibirlo mis cuarenta y tres perros.

—Pues yo no he venido sino para que deje usted salir uno solo—le contesté.

—¡Váyase de aquí!—volvió á gritar el hombre.—¡Tan es cierto como que Dios existe, tengo aquí al alcance de mi mano una avefría, y si usted no se va, se la dejo caer encima.

—¡Pero yo necesito un perro!

—Ahora ya no discuto más—rugió Mr. Sherman.—Váyase pronto, pues voy á contar hasta tres, y á la tercera, abajo la avefría.

—El señor Sherlock Holmes...—comencé á decir;—y mis palabras produjeron un efecto mágico. La ventana se cerró de golpe, y la puerta estaba abierta al cabo de un minuto.

Era el señor Sherman un viejo alto y flaco, los hombros prominentes, el cuello largo, y usaba anteojos azules.

—Los amigos del señor Sherlock Holmes son siempre los bienvenidos en mi casa—dijo.—Entre usted, señor. Cuidado con ese tejón, que muerde. «¡Ah! ¡Canalla, canalla! ¿Quieres morder al señor?» Y se dirigía á un armiño que sacaba la cabeza por entre los barrotes de la jaula. No tenga usted cuidado, señor: ese es un

perrico ligero, pero no tiene colmillos, y lo deajo que ande por el cuarto, para que impida que los otros animales salgan. Usted perdonará que al principio haya estado un poco brusco con usted, pero los muchachos me molestan mucho, y tienen la costumbre de venir á golpear la puerta. ¿Qué deseaba el señor Sherlock Holmes, señor?

—Quiere que le mande usted un perro.

—¡ Ah! Ese debe ser Toby.

—Sí. Toby, me ha dicho.

—Toby vive en el número 7, á la izquierda.

El señor Sherman avanzó lentamente con su vela en la mano, por entre la curiosa familia de que se había rodeado.

A la incierta y vacilante luz de la vela, pude ver vagamente algunos pares de ojos escudriñadores y brillantes que nos miraban por todas partes. Por encima de nuestras cabezas, en unas perchas, dormían una cantidad de aves que, al oír nuestras voces, cambiaban de postura y después seguían durmiendo.

Toby era un perro feo, de largo pelo, mezcla de sabueso y de otra raza también cazadora, color blanco y castaño, de aspecto en extremo ordinario y antipático. Después de alguna vacilación, aceptó el terrón de azúcar que el naturalista me entregó para que le diera, y cuando

ya habíamos sellado de esa manera nuestra alianza, me siguió al carruaje, sin negarse en nada á acompañarnos.

Acababan de dar las tres en el reloj del palacio cuando llegué á Pondicherry Lodge. El expugilista Mc. Murdo había sido arrestado como cómplice, y estaba ya en la estación de policía, junto con el señor Sholto.

Dos vigilantes cuidaban la entrada de la casa, pero con sólo mencionar el nombre del detective nos dejaron pasar á mí y al perro.

Holmes estaba parado en la puerta de la casa, con las manos en los bolsillos y fumando su pipa.

—¡ Ah! ¡ Lo ha traído usted!—dijo.—¡ Qué buen perro! Athelney Jones ha salido. Durante la ausencia de usted he presenciado un gran despliegue de energía. Ha arrestado, no solamente al amigo Tadeo, sino también al portero, á la ama de llaves y al sirviente indio. Ahora la casa nos pertenece, pues la única persona que ha quedado en ella es un sargento de policía que está arriba. Deje usted el perro aquí, y suba conmigo.

Atamos á Toby á la mesa del vestíbulo, y subimos las escaleras. El cuarto estaba tal como lo habíamos dejado, y el único cambio consistía en que el cadáver había sido cubierto con una

sábana. Un sargento de policía, visiblemente aburrido, estaba recostado en un rincón.

—Présteme usted su linterna, sargento—dijo mi compañero.—Ahora, áteme usted ese pedazo de cartón al cuello, de modo que quede colgando por delante. Gracias. Y ahora, tengo que quitarme los botines y las medias. Hágase usted cargo de ellos, Watson. Yo voy á tener necesidad de andar descalzo. Moje usted un pañuelo en la creosota : así. Ahora, venga usted arriba un momento conmigo.

Pasamos por el agujero del techo, y Holmes proyectó otra vez la luz sobre las huellas de pisadas impresas en el polvo.

—Hágame usted el favor de fijarse bien en esas huellas—me dijo.—¿ Observa usted algo de particular en ellas?

—Son de un pie de niño ó de mujer.

—No hablo del tamaño. ¿ No nota usted nada más?

—Se parecen á todas las huellas de pisadas.

—¡ De ninguna manera ! Mire usted. Esta es la marca dejada por el pie derecho en el polvo. Ahora voy á imprimir al lado la marca de mi pie. ¿ Qué diferencia nota usted?

—Que los dedos de usted están juntos y apretados, mientras que en la otra huella están separados uno de otro.

—Exactamente. Ese es el punto, no lo olvide usted. Ahora, ¿quiere usted hacerme el favor de subir á esa claraboya y oler el marco de madera? Yo me quedo aquí, porque tengo este pañuelo en la mano.

Hice lo que me indicaba, y en el acto sentí un fuerte olor á algo como alquitrán.

—Quiero decir que, para salir, apoyó el pie allí. Si usted ha podido descubrir el rastro, me parece que Toby lo hará también, y sin dificultad. Ahora, corra usted abajo, suelte el perro, y fíjese en lo que va á hacer Blondin.

En el tiempo que yo empleé en bajar al jardín, ya Sherlock Holmes estaba en el techo, y desde abajo le vi deslizarse lentamente, como una culebra, por el borde del tejado. Pronto se perdió de vista detrás de un grupo de chimeneas, pero luego reapareció, para desaparecer otra vez, hacia el otro lado del techo. Di la vuelta á la esquina de casa, y lo vi sentado en la punta de una viga.

—¿Es usted, Watson?—me gritó.

—Sí.

—Este es el sitio. ¿Qué es eso que hay allí?

—Un barril de agua.

—¿Lleno?

—Sí.

—¿No ve usted por allí ninguna escala?

—No.

—¡Diablo de hombre! Este sitio es el más peligroso, y yo debo, por lo menos, bajar por donde él subió. El tubo de aguas parece sólido. Allá vamos, de todos modos.

Oí el roce de sus pies, la linterna comenzó á bajar lentamente por la pared, hasta que Holmes saltó sobre el barril y de allí al suelo.

—Era cosa fácil seguirle los pasos. Las pizarras estaban flojas en todo el trayecto, y el hombre, en su prisa, ha dejado esto, que confirma mi diagnóstico, como dicen ustedes los doctores.

El objeto que me enseñaba era una pequeña bolsa tejida, de paja de colores, parecida en la forma y en el tamaño á una petaca de cigarillos. Dentro de ella había una media docena de espinas de madera obscura, agudas en una punta y romas en la otra, iguales á la que había herido á Bartolomé Sholto.

¡Cuidado! ¡Tenga usted cuidado con estas infernales cosas! No se vaya usted á pinchar los dedos. Mucho me complace haberlas encontrado, pues éstas eran probablemente las únicas que le quedaban, y ya no corremos usted y yo el peligro de encontrarnos una de ellas en el pellejo. Por mi parte, más difícilmente afrontaría una bala Martini que una de estas espinas. ¿Es

usted hombre de emprender una caminata de seis millas, Watson?

—Ya lo creo.

—¿La soportarán sus piernas?

—¡ Oh, sí!

—¡ Ya estás aquí, tú! ¡ Valiente Toby! ¡ Huele, Toby, huele!—y puso en la nariz del perro el pañuelo mojado en creosota: el animal se quedó parado, con las piernas abiertas y la cabeza en la más cómica actitud, parecida á la de un catador oliendo el *bouquet* de un famoso vino.

Holmes arrojó lejos el pañuelo, amarró una fuerte cuerda al collar del perro y condujo éste hasta el pie del barril. El animal prorrumpió en el acto en una serie de aullidos agudos y trémulos, y, la nariz en el suelo y la cola en el aire, partió siguiendo el rastro, á un paso que mantenía tirante la cuerda y á nosotros nos hacía andar con la mayor velocidad de que éramos capaces.

El horizonte había ido aclarando hacia el Este, y ya podíamos distinguir hasta cierta distancia á la luz de la fría y gris mañana. La casa, cuadrada y maciza, se destacaba detrás de nosotros, con sus negruzcas ventanas herméticamente cerradas y sus paredes altas y desnudas. El perro nos llevaba á través de los terre-

nos dependientes de la casa, subiendo y bajando por los montículos que los obstruían. Todo el lugar, con sus montones de tierra y sus huecos sombríos, presentaba un aspecto que armonizaba con la horrible tragedia sucedida en la casa.

Llegamos al muro exterior, y Toby entró á correr á lo largo de éste, olfateando precipitadamente, medio oculto entre la sombra, hasta que por fin se paró en un rincón detrás de un pequeño arbusto. En el punto de unión de las dos paredes faltaban varios ladrillos, y los huecos que habían dejado estaban gastados en su parte inferior, como si con frecuencia hubieran servido de escalera. Holmes trepó por allí, alzó el perro, y lo dejó caer al otro lado.

—Pata de Palo ha dejado aquí señales de su mano—me hizo notar Holmes, cuando estuve á su lado.—Vea usted esa ligera mancha de sangre en lo blanco del yeso. ¡Qué fortuna que de ayer á hoy no haya llovido fuerte! El rastro subsiste todavía en el camino, á pesar de las veintiocho horas que han pasado.

Confieso que por mi parte me quedaban mis dudas al reflexionar en el gran tráfico que había pasado por el camino de Londres durante ese tiempo, pero pronto vi que no tenía razón, pues Toby no vaciló un momento, ni siquiera levantó

el hccico. Siguió avanzando con apresurado paso : era claro que el penetrante olor de la creosota dominaba todos los otros.

—No se imagine usted—me dijo Holmes—que el resultado de mis pesquisas depende en este caso únicamente de la circunstancia de haber uno de los sujetos metido el pie en la creosota. Poseo datos que me habrían permitido seguirles la pista de diferentes y varias maneras. Pero esta es la mejor, y desde que la buena suerte la ha puesto en nuestras manos, despreciarla sería realmente culpable. Lo que no quita que con esto nos hayamos privado de examinar un pequeño é interesante problema intelectual como el que, según me parecía al principio, íbamos á tener en este asunto. A no ser por el indicio, demasiado palpable, que seguimos ahora, nuestros trabajos habrían tenido algún mérito.

—Mérito hay de sobra—le contesté.—Le aseguro, Holmes, que estoy maravillado de los resultados que ha alcanzado en este asunto, más maravillado aún que cuando se trató del asesinato de Jefferson Hope. La cuestión actual me parece más profunda é inexplicable. ¿Cómo ha podido usted, por ejemplo, dar con tanta seguridad las señas del cojo de la pierna de madera?

—¡ Psch ! ; Sencillo hasta más no poder, amigo mío ! A mí no me gusta asumir actitudes teatra-

les. La cosa es clara y patente. Dos oficiales que comandan un presidio, llegan á conocer un importante secreto, relativo á un tesoro enterrado. Un inglés llamado Jonathan Small les traza un plano. Usted recordará que este nombre lo vimos en el plano que tenía el capitán Morstan : él lo había firmado, en su nombre y en el de sus asociados, acompañándolo de «la señal de los cuatro,» según su dramática inscripción. Con el auxilio del plano, los oficiales, ó uno de ellos, se apoderan del tesoro y se lo traen á Inglaterra, dejando de cumplir, como debemos suponer, alguna condición de la revelación del secreto. Usted dirá : ¿por qué no sacó el tesoro el mismo Jonathan Small? La respuesta es obvia. El plano está fechado en la época en que Morstan vivía entre los presidiarios. Jonathan Small no pudo sacar el tesoro, porque él y sus asociados estaban en el presidio y no podían salir de él.

—Pero esas son meras suposiciones.

—Más que suposiciones, porque forman la única hipótesis que se ajusta á los hechos. Veamos ahora cómo se relacionan con los sucesos posteriores. El mayor Sholto vive en paz durante cuatro años, feliz en la posesión del tesoro. Pero un día recibe una carta de la India que le causa un gran espanto. ¿Qué podía ser?

—Una carta en que le decían que las personas engañadas por él habían sido puestas en libertad.

—O se habían escapado, lo que es más probable, pues el mayor Sholto debía saber cuándo terminaba la prisión de los otros, y el vencimiento del plazo no tenía por qué sorprenderlo. ¿Qué hace entonces? Toma precauciones contra un hombre que tiene una pierna de palo; y ese hombre es un blanco, fíjese usted, pues un día Sholto hace fuego equivocadamente sobre un comerciante, blanco, que también tiene una pierna de palo. Ahora bien: en el plano hay sólo un nombre de individuo de raza blanca: los otros son hindús ó mahometanos. No hay más hombre blanco que él. Por consiguiente, podemos decir con seguridad que Pata de Palo es Jonathan Small. ¿Cree usted falso mi razonamiento?

—No: es claro y conciso.

—Bueno. Pongámonos ahora en el lugar de Jonathan Small. Veamos las cosas desde su punto de vista personal. Vino á Inglaterra con la doble idea de recuperar lo que, según él, le pertenecía y de vengarse del hombre que lo había perjudicado. Consiguió averiguar la residencia de Sholto, y es posible que llegase á comunicarse con alguien de dentro de la casa. Hay

un criado, Lal Rao, que nosotros no hemos visto todavía. La señora Bernstone dice que es un buen hombre, pero, sin embargo, Small no podía hallar el escondite del tesoro, conocido únicamente del mayor y de un criado fiel que ya había muerto. Un día sabe Small que Sholto estaba moribundo.

Desesperado al pensar que el secreto del tesoro podía desaparecer con el mayor, burla la vigilancia de los guardianes, se acerca á la ventana del cuarto, y sólo retrocede en presencia de los dos hijos. Enloquecido por el odio que profesa al muerto, entra por la noche en el cuarto, registra los papeles con la esperanza de descubrir algún memorandum relativo al tesoro, y finalmente, deja un recuerdo de su visita en una corta inscripción sobre un papel. Sin duda había resuelto de antemano para después de haber dado muerte al mayor, dejar esa nota en el cadáver, como señal de que no se trataba de un vulgar asesinato, sino de algo que, desde el punto de vista de los cuatro asociados, era un acto de justicia. En los anales del crimen son frecuentes estos curiosos rasgos de orgullo, indicaciones valiosas en cuanto á la persona del criminal. ¿Sigue usted el curso de mis ideas?

—Con perfecta claridad.

—Bueno. ¿Qué podría hacer Jonathan Small?

Seguir observando de cerca y en secreto los esfuerzos que se hacían para encontrar el tesoro. Es posible que se ausentara de Inglaterra y sólo volviese de tiempo en tiempo. Sobreviene el descubrimiento del cuartito de arriba, y él lo sabe en el acto, lo que nos revela de nuevo que tenía un aliado dentro de la casa. Con su pierna de palo es literalmente incapaz de trepar solo hasta la elevada habitación de Bartolomé Sholto, y entonces aparece asociado con un compañero bastante raro, que vence la dificultad, pero mete su pie desnudo en la creosota, dando lugar así á la intervención de Toby, y proporcionando una correría de seis millas á un oficial retirado y herido en el talón de Aquiles.

Pero quien cometió el crimen no fué Jonathan, sino su extraño compañero.

—Eso es, y probablemente contra la voluntad de Jonathan, á juzgar por la prisa que se dió éste para volver á salir del cuarto apenas estuvo adentro. Jonathan no tenía prevención alguna contra Bartolomé Sholto, y se habría contentado simplemente con maniatarlo y ponerle una mordaza; por otra parte, ningún interés había para él en arriesgar su propia cabeza. Pero ya la cosa no tenía remedio, los salvajes instintos de su compañero se habían ejercitado libremente, y el veneno había realizado su obra. No tu-

vo, pues, Jonathan Small otro recurso que dejar la famosa nota, bajar el cofre del tesoro al jardín, y escaparse con él. Tal ha sido el curso de los acontecimientos, conforme á mi manera de descifrar el enigma. En cuanto á los datos que he dado respecto á su persona, claro está que debe ser ya de cierta edad, y estar quemado por el sol después de permanecer por largo tiempo en un horno como las islas Andaman. Su estatura es fácil calcularla por el largo de sus pasos, y en cuanto á la barba, ya sabíamos que la tenía, pues usted recordará que una de las cosas que más impresionó á Tadeo Sholto, cuando apareció en la ventana, fué lo hirsuto de su cara. Y con esto creo que no tengo más que decir.

—¿Y el compañero?

—¡ Ah ! Bueno ; á ese respecto no hay tampoco un gran misterio, y muy pronto lo sabrá usted todo. Pero, ¡ qué linda mañana ! Mire usted esa nubecilla : ¡ con cuánta gracia flota, como una pluma roja arrancada á alguna ave gigantesca ! Ya comienzan los rojos rayos del sol á avanzar hacia el nublado Londres. Este buen sol brilla sobre un respetable número de personas, pero yo me atrevería á apostar que entre todas ellas no hay una sola ocupada en una excursión tan original como la nuestra. ¡ Cuán pequeños so-

mos, con nuestras mezquinas ambiciones y nuestros ridículos afanes, en presencia de las grandes fuerzas de la Naturaleza! ¿Conoce usted bien á Juan Pablo?

—¡ Ya lo creo! Lo he estudiado con el auxilio de Carlyle.

—Como si hubiese usted remontado el curso del río hasta dar en el lago de donde nace. Juan Pablo hace una observación curiosa pero profunda: la de que la prueba principal de la grandeza del hombre es la percepción de su propia pequeñez. Y la verdad es que ésta nos da el poder de comparación y de apreciación, que es, en sí mismo, una prueba de nobleza. Cualquiera página de Richter nos proporciona gran cantidad de alimento para las ideas. ¿Lleva usted consigo su revólver?

—No tengo más que mi bastón.

—Es muy posible que necesitemos algo por el estilo, si damos con la guarida. A usted lo dejaré entenderse con Jonathan; pero si el otro viene con alguna maldad, yo lo tiendo de un balazo.

Diciendo esto, sacó su revólver, le puso dos cápsulas, y se lo guardó otra vez en el bolsillo derecho de su saco.

Durante nuestra conversación nos había llevado Toby, siempre en dirección á la metrópoli,

por caminos flanqueados á un lado y otro por «villas» medio rurales y medio urbanas. Pero ya comenzábamos á entrar en calles casi completas, de las que iban saliendo obreros y trabajadores de los muelles, mientras las mujeres, todas desgredadas, abrían las puertas y barrían la acera. En las tabernas de las esquinas comenzaba ya el movimiento : algunos individuos de aspecto vulgar salían de estos establecimientos, limpiándose con la manga el bigote mojado por el primer trago del día. Estrafalarios perros se nos acercaban y nos miraban con expresión meditativa ; pero nuestro inimitable Toby no miraba á la derecha ni á la izquierda, y seguía trotando en línea recta, con el hocico pegado al suelo y lanzando á ratos un alegre gruñido, indicio de que se encontraba con nuevas señales del rastro.

Habíamos pasado por Streatham, Brixton y Camberwell, y estábamos ya en Kennington Lane, después de desviarnos por algunas calles excéntricas, hacia el Este del Ovalo. Los sujetos cuyas huellas seguíamos habían hecho indudablemente todos esos ziszás con el propósito de escapar á la observación de los transeuntes. En ningún caso en que pudieran pasar por una calle extraviada, habían tomado el camino principal. Hacia el término de Kennington Lane se habían

apartado hacia la izquierda por las calles Bond y Miles ; y cuando llegamos al punto en que ésta va á entrar ya en la plaza Knight, Toby se detuvo, para echar luego á correr para atrás y para adelante, con una oreja parada y la otra caída, vivo retrato de la indecisión canina. Después se puso á dar vueltas y formar círculos, mirándonos de vez en cuando, como si en sus tribulaciones nos pidiera ayuda.

—¿Qué demontres le pasa ahora á este perro? —gruñó Holmes.—No vamos á suponer que de aquí han seguido en coche ó en globo.

—Puede ser que se detuvieran un rato en este sitio—sugerí yo.

—¡ Ah ! Ya está. Toby se pone otra vez en marcha—dijo mi compañero con acento de alivio.

Sí, y en activa marcha, pues al cabo de un instante, empleado en olfatear á un lado y otro, y de reflexionar seriamente, había echado á andar con una energía y decisión mayores que nunca. Parecía sentir el rastro con más fuerza que antes, pues ya no se preocupaba de pegar la nariz al suelo ; su único empeño era correr con la mayor velocidad posible, y tiraba de la cuerda con todas sus fuerzas. Un rápido fulgor que noté en los ojos de Holmes me hizo comprender que éste creía acercarse ya al fin de la jornada.

Pasamos por Nueve Olmos y llegamos á los aserraderos de Boderick y Nelson, situados un poco más allá de la taberna del Aguila. Una vez allí, el perro, presa de frenética exaltación, se metió por una puerta lateral dentro del establecimiento, donde ya los aserradores estaban trabajando. Toby se lanzó por entre el aserrín y virutas, cruzó una pequeña calle, dió vuelta por un corredor abierto entre dos pilas de madera, y, por fin, lanzando un ladrido de triunfo, se precipitó sobre un voluminoso barril que todavía se hallaba en la carretilla de mano que había servido para transportarlo. La lengua afuera y los ojos brillantes, Toby permanecía de pie sobre el barril, mirándonos á uno y á otro, solicitando una señal de agradecimiento. Los flejes del barril y las ruedas de la carretilla estaban chorreados de un líquido obscuro, y el espacio impregnado de un olor á creosota.

Sherlock Holmes y yo, nos miramos mutuamente con ojos espantados, y luego rompimos á la vez en una incontenible explosión de risa.

VIII

Los auxiliares de Baker Street.

—¿Y ahora?—pregunté.—Toby ha perdido su fama de infalible.

—Toby ha procedido conforme á sus facultades—me contestó Holmes, bajándolo de sobre el barril y sacándolo afuera del aserradero.—Si usted piensa en la cantidad de creosota que se transporta por las calles y caminos de Londres en un solo día, no se asombrará de que con el rastro que seguimos se haya cruzado otro. Ahora se usa mucho la creosota, especialmente para la preparación de la madera. El pobre Toby no tiene la culpa.

—¿Supongo que vamos á volver en busca del rastro?

—Sí; y felizmente no tenemos que desandar mucho camino. No cabe duda de que lo que hi-

zo vacilar tanto al perro en la esquina de la plaza Knight, fué el encuentro de dos rastros diferentes, que se cruzaban en distintas direcciones. Nosotros hemos seguido uno equivocado, y ahora es claro que debemos tomar el otro.

La cosa se hizo sin dificultad. Condujimos á Toby al lugar de su equivocación, y vimos que después de olfatear en un ancho espacio, partió en dirección distinta de la anterior.

—Ahora debemos preocuparnos de que no nos lleve al sitio de procedencia del barril de creosota—observé.

—Ya lo había pensado ; pero fíjese usted en que ahora sigue por la acera, y el barril ha pasado, naturalmente, por el costado de la calle. No ; esta vez vamos por el buen camino.

El perro se dirigía hacia la ribera, y atravesó la plaza Belmont y la calle Prince. Al llegar al pie de la calle Ancha, cortó en línea recta hacia el río, encaminándose al pequeño muelle de madera, en el cual se detuvo, olfateando y mirando la obscura corriente que pasaba por abajo.

—No estamos de suerte—dijo Holmes.—Aquí han tomado un bote.

Había algunas pequeñas lanchas y botes varados en la orilla ó amarrados al muelle. Hicimos que Toby los recorriera de uno en uno, pe-

ro por más que los olió no dió señales de haber descubierto el rastro.

Junto al muelle se alzaba una pequeña casa de ladrillos, que en su segunda ventana ostentaba un letrero de madera que decía : «Mordecai Smith,» en gruesas letras, y más abajo : «Botes de alquiler, por hora y por día.» Una segunda inscripción, trazada sobre la puerta, nos informó de que también había una lancha de vapor, dato confirmado por una cantidad de coque amontonado en el muelle. Sherlock Holmes miró lentamente en derredor, y su rostro adquirió una expresión ominosa.

—Esto se pone malo—dijo.—Los tales sujetos son más vivos de lo que yo esperaba. Parece que se han preocupado de disimular su retirada, y temo que aquí, en este lugar, hubiesen preparado de antemano un serio plan.

Holmes se iba aproximando á la casa cuando la puerta se abrió, y por ella salió corriendo un muchachito de unos seis años y rizados cabellos, perseguido por una mujer gruesa y colorada, que tenía en la mano una enorme esponja.

—Vén á lavarte, Juanito—gritó la mujer.—Vén pronto, renacuajo, canalla, que si tu padre vuelve y te encuentra así, no será poco lo que tengamos que oírle.

—¡ Lindo chiquillo!—exclamó Holmes, des-

plegando su estrategia.—¡Qué buenos colores tiene el pícaro! Dime, Juanito, ¿qué es lo que tú querías?

El chico reflexionó un momento.

—Yo queyo un chilín—contestó.

—¿Y nada más?

—Queyo mejó do chelines—contestó el prodigio, después de otra meditación.

—¡Pues aquí los tienes, agárralos! ¡Lindo chico, señora Smith!

—Dios lo bendiga á usted, señor. Cierto, es lindo, y también malo. Mucho trabajo me cuesta manejarlo, sobre todo cuando mi marido sale y se está varios días afuera.

—¿Y ahora está ausente?—dijo Holmes con expresión de desconsuelo. —Lo siento mucho, pues yo deseaba hablar con el señor Smith.

—Desde ayer por la mañana está afuera, señor, y para decir la verdad, ya empiezo á inquietarme por él. Pero si es por un bote, señor, quién sabe si yo lo podría servir lo mismo.

—Deseaba alquilarle la lancha de vapor.

—¡Vaya! Bendito sea usted, señor; pero él se ha ido en la lancha de vapor. Esto es lo que me da qué pensar, pues á bordo no había más carbón que el necesario para ir cuando mucho hasta Woolwich y volver. Si se hubiera ido en la chalana, yo no tendría cuidado, pues muchas

veces ha tenido que ir á Gravesend llevando algo, y si ha encontrado trabajo por allá, se ha quedado. ¿Pero para qué sirve un vaporcito sin carbón?

—Puede haberlo comprado en el muelle de abajo.

—Puede haberlo comprado, señor, pero él no es capaz de eso, pues muchas son las veces que le he oído gritar contra los precios que cobran por unos cuantos sacos. Y, por otra parte, á mi no me es simpático ese cojo pata de palo, con su cara tan fea y su manera de hablar tan rara. ¿A qué puede venir tantas veces á la casa?

—¿Un cojo pata de palo?—preguntó Holmes con negligente sorpresa.

—Sí, señor. Un hombre moreno, con cara de mono, que viene y vuelve á venir en busca de mi viejo. Anoche fué él quien lo hizo levantar de la cama, y lo que es más, mi marido sabía que el cojo iba á venir, pues había hecho vapor en la lancha. Se lo digo á usted con franqueza, señor : yo no estoy tranquila con lo que pasa.

—Pero mi querida señora Smith—dijo Holmes encogiéndose de hombros;—se está usted asustando de una nada. ¿Cómo es posible que diga usted que la persona que vino anoche fué el hombre de la pierna de palo? Yo no me explico cómo puede usted estar tan segura.

—Por su voz, señor. Conocí su voz, que cuando uno la oye cree ver una niebla muy espesa. Vino y golpeó en la ventana; serían como las tres. «Arriba, camarada—dijo:—es hora de salir al trabajo.» Mi viejo despertó á Jim—mi hijo mayor—y los dos se fueron, casi sin decirme una palabra. Yo oía el tuntún de la pata de palo en las piedras.

—¿Y estaba solo el hombre de la pierna de palo?

—No podría decirlo con seguridad, señor. No oí más voz que la suya.

—Pues lo siento mucho, señora Smith, porque necesito una lancha de vapor, y tengo muy buenas noticias de la... Déjeme usted acordarme... ¿Cómo se llama?

—*La Aurora*, señor.

—¡ Ah ! ¿ No es una lancha vieja, verde, con una faja amarilla, y muy ancha en el medio ?

—No, por cierto. Es una cosita tan fina que no hay en todo el río una que la iguale. No hace mucho que la pintaron de negro con dos fajas rojas.

—Gracias. Ojalá tenga usted pronto noticias del señor Smith. Yo voy á bajar al río, y si veo á *La Aurora*, avisaré al señor Smith que usted está inquieta. ¿ Dice usted que la chimenea es negra ?

—No del todo, señor. Negra con una faja blanca.

—¡ Ah ! ¡ Cierto ! Los costados eran los negros. Adiós, señora Smith. Aquí viene un botero con su chalana, Watson. Tomémoslo para cruzar el río.

—Lo principal con esta clase de gente—dijo Holmes, cuando estuvimos sentados en los bancos de la chalana,—es no dejarles adivinar nunca que sus informaciones pueden ser de la menor importancia para uno ; en el mismo instante en que llegan á creerlo, cierran la boca como una ostra. Por el contrario, si usted les escucha como protestando de la confidencia, tal cual yo lo acabo de hacer, tiene usted la probabilidad de obtener cuanto desee.

—Ahora parece que todo está claro—observé.

—¿ Y qué haría usted ahora ?

—Alquilaría un vaporcito y me iría río abajo siguiendo la pista á *La Aurora*.

—Querido amigo, esa tarea sería colosal. *La Aurora* puede haber tocado en cualquiera de los muelles de uno ú otro lado del río entre este punto y Greenwich. Desde el puente comienza un perfecto laberinto de desembarcaderos que tiene varias millas de extensión, y aun cuando no se dedicara usted á otra cosa emplearía us-

ted en ella días y más días para visitarlos todos.

—Entonces acudamos á la policía.

—No. Probablemente llamaré á Athelney Jones, pero sólo en el último momento. No es mal hombre, y no deseo hacer nada que pueda herirlo en su profesión. Pero ya que hemos ido tan lejos en este asunto, tengo el capricho de desenredarlo solo.

—¿Y si pusieran avisos en los periódicos pidiendo datos á los empleados de los muelles?

—Peor que peor. Nuestros hombres verían entonces que la persecución de que eran objeto arreciaba y se apresurarían á abandonar el país. Aun sin eso, hay probabilidades de que se ausenten ; pero mientras se crean perfectamente en salvo, no se darán prisa á hacerlo. La energía de Jones nos va á servir en este sentido, pues es más que probable que su opinión sobre el asunto se abra paso hasta la prensa diaria, y los fugitivos creerán entonces que todos seguimos un falso rastro.

—¿Y ahora qué vamos á hacer?—le pregunté en el momento en que desembarcábamos, cerca de la penitenciaría de Millbank.

—Tomar ese carruaje, irnos á casa, comer algo, y dormir una hora. Es casi seguro que esta noche la pasaremos también en vela. ¡Pare usted en una oficina de telégrafos, cochero ! Vamos

á quedarnos con Toby, porque todavía nos puede servir.

Nos detuvimos en la oficina de correos de la calle Great Peter, y Holmes envió su telegrama.

—¿Para quién cree usted que es?—me preguntó al entrar en el coche, que se puso otra vez en marcha.

—Mi palabra que no sé.

—¿Recuerda usted la división de detectives de donde saqué algunos para el asunto Jefferson Hope?

—¿Y...?—le contesté riéndome.

—Pues este es un caso en que sus servicios nos serán inapreciables. Si me fallan, tengo todavía otros recursos; pero primero voy á ensayarlos á ellos. El telegrama era para Wiggins, mi sucio lugarteniente, y espero que antes de que hayamos concluido de almorzar, lo tengamos en casa con su pandilla.

Eran ya cerca de las nueve de la mañana, y yo comenzaba á sentir una fuerte reacción después de la serie de sobreexcitaciones de la noche. Estaba cansado y como aturdido, la mente obscura y el cuerpo rendido. Yo no participaba del entusiasmo profesional que impulsaba á mi compañero, ni tampoco el asunto me interesaba como un mero y abstracto problema intelectual. En cuanto á la muerte de Bartolomé Sholto, co-

mo no conocía á éste sino por referencias y muy poco, no podía sentir una intensa antipatía por sus asesinos. Pero la cuestión del tesoro era otra cosa, esas riquezas pertenecían á la señorita Morstan, en todo ó en parte, y mientras hubiera una probabilidad de recuperarlas, yo estaba decidido á dedicar mi vida á ese objeto. Verdad era que si yo encontraba el tesoro, con eso la colocaba lejos de mi alcance ; pero el amor que se dejara influir por semejante reflexión sería mezquino y egoísta. Si Holmes se empeñaba en buscar á los criminales, yo tenía razones diez veces más poderosas para dedicarme á descubrir el tesoro.

Un baño que tomé en casa y un completo cambio de ropa me reconfortaron de manera maravillosa. Cuando bajé á nuestro cuarto, encontré el almuerzo servido, y Holmes vertía el café en las tazas.

—Aquí lo tiene usted—me dijo riéndose y enseñándome un periódico desplegado.—Entre el enérgico Jones y el ubicuo reporter han arreglado la cosa. Pero lo mejor es que coma usted primero su jamón con huevos, pues ya debe usted tener la cabeza llena con esta cuestión.

Tomé el periódico y leí la corta noticia, que tenía por encabezamiento : «Misterioso asunto en Upper Norwood.»

«El señor Bartolomé Sholto, de Pondicherry
»Lodge, Upper Norwood, decía el *Standard*, fué
»hallado muerto en su cuarto, anoche, como á
»las 12, bajo circunstancias que indican la exis-
»tencia de un crimen. Según nuestros informes,
»en la persona del señor Sholto no se han halla-
»do señales visibles de violencia, pero una valio-
»sa colección de piedras preciosas de la India,
»que el difunto había heredado de su padre, ha
»sido substraída de la casa. El descubrimiento
»fué hecho por el señor Sherlock Holmes y el
»doctor Watson, que habían ido á la casa con el
»señor Tadeo Sholto, hermano del muerto. El
»conocido miembro de la fuerza de detectives,
»señor Athelney Jones, estaba casualmente y
»por singular fortuna, en la estación de policía
»de Norwood, y á la media hora del primer avi-
»so ya se encontraba en el terreno. En el acto
»consagró sus ejercitadas y notables facultades
»á procurar la detención de los criminales, y el
»feliz resultado ha sido el arresto de Tadeo Shol-
»to, hermano del muerto, junto con el ama de
»llaves, señora Bernstone, un criado indio lla-
»mado Lal Rao y el portero, llamado Mc. Murdo.
»Es indudable que el ladrón ó ladrones conocían
»bien la casa, pues el señor Jones ha podido,
»mediante sus probados conocimientos técnicos
»y su poder de minuciosa observación, compro-

»bar que los malvados no pudieron entrar por
»la puerta ni por la ventana, sino por el techo
»del edificio, penetrando por una puerta-clara-
»boya en un cuarto que se comunicaba con aquel
»en que el cadáver fué hallado. Este hecho, que
»ha sido perfectamente puesto en claro, prueba
»de manera concluyente que no se trata de la-
»drones que hubieran entrado á la casa entrega-
»dos á la casualidad. La pronta y enérgica ac-
»ción de los funcionarios de la ley, prueban la
»gran ventaja de que en ocasiones como ésta
»pueda operar inmediatamente un cerebro vigo-
»roso y enérgico. No podemos menos que seña-
»lar en esto, un argumento en favor de los que
»deseen ver más descentralizado nuestro servi-
»cio de detectives, y puesto así en contacto más
»inmediato y efectivo con los asuntos que le co-
»rresponde investigar.»

—¿No es admirable? — dijo Holmes, saboreando su taza de café.—¿Qué piensa usted de eso?

—Lo que creo es que hasta usted y yo hemos estado muy cerca de ser arrestados como cómplices.

—Yo también lo creo, y ahora mismo no respondería de nuestra libertad si Jones sufriera un nuevo ataque de energía.

En ese instante sonó la campanilla con fuer-

za, y la señora Hudson, la patrona de la casa, dió algunos gritos de cólera y confusión.

—¡Por Dios, Holmes!—exclamé medio levantándome de mi asiento.—Creo que ya están ahí en busca nuestra.

—No, la situación no es tan grave. Quienes están ahí son los de la fuerza no oficial : los irregulares de Baker Street.

Mientras Holmes hablaba, oímos en la escalera un rumor de pies desnudos, muchas voces chillonas, y luego entraron en el cuarto una docena de pilluelos de las calles, sucios y harapientos. No obstante su tumultuosa entrada, se notaba en ellos cierta disciplina, pues inmediatamente se alinearon enfrente de nosotros, mirándonos, como si esperaran nuestras órdenes. Uno de ellos, más alto y de más años que los otros, se puso á nuestro frente, con una expresión de importancia y superioridad muy divertida en semejante escarabajito.

—Recibí su telegrama, señor—dijo,—y en seguida me vine con ellos. Ochenta centavos, y también doce para el ómnibus.

—Aquí están—contestó Holmes, sacando el dinero.—En adelante, los otros pueden informarte á ti, Wiggins, y tú á mí. No es posible que ustedes invadan la casa de esta manera. Sin embargo, no está demás por ahora que todos

sigan mis instrucciones. Necesito saber el paradero de un vaporcito llamado *La Aurora*, perteneciente á Mordecai Smith, y pintado de negro con dos fajas rojas, chimenea negra con una franja blanca. Está río abajo, en alguna parte... Uno de ustedes debe ir al desembarcadero de Mordecai Smith, que está enfrente de Millbank, y preguntar si la lancha ha regresado ya.

Divídanse el trabajo, y registren minuciosamente ambas orillas. Apenas sepan algo, vengan á avisarme. ¿Han entendido?

—Sí, *gobernaor*—contestó Wiggins.

—Para el pago, la misma tarifa que antes, y veinticinco pesos para el que encuentre el vaporcito. Aquí tienen un día adelantado. ¡Y largo de aquí!

A cada uno le dió veinticinco centavos, y todos se precipitaron escaleras abajo. Al instante los vi desde la ventana desbordarse por la calle.

—Si la lancha no se ha ido á pique, ellos me la encontrarán—dijo Holmes levantándose de la mesa y encendiendo su pipa.—Esos pueden ir á todas partes, verlo todo, oír lo que todos hablan. Espero que antes del anochecer me traigan la noticia de que la han descubierto. Mientras tanto, lo único que nosotros podemos hacer es esperar. Hasta que hayamos encontrado *La Aurora* ó al señor Mordecai Smith, no ten-

dremos en nuestras manos la otra punta del hilo roto.

—Me parece que Toby podría comerse estos restos. ¿Va usted á acostarse, Holmes?

—No; no me siento cansado. Mi temperamento es muy curioso. Nunca me ha cansado el trabajo, y la ociosidad me causa una fatiga abrumadora. Ahora voy á fumar y á reflexionar. Lindo asunto el que nos ha proporcionado mi graciosa cliente. Si jamás tarea fácil estuvo en manos de un hombre, esa es la nuestra. Los hombres con pierna de palo no son tan comunes, pero me parece que el otro debe ser un personaje único.

—¡ Otra vez ese hombre !

—No pensaba de ningún modo hacer de esto un misterio para usted, y supongo que usted mismo se ha formado su opinión. Si no, examine usted bien estos datos : huellas de pies diminutos, dedos jamás apretados por el calzado, pies descalzos, una maza de piedra atada á un palo, gran agilidad, flechas envenenadas. ¿Qué deduce usted de todo esto?

—¡ Un salvaje !—exclamé.—Tal vez uno de los indios que Jonathan Small tenía como socios en el asunto del tesoro.

—Difículto que sea uno de esos. En el primer momento que vi esas armas tan extrañas, me

incliné á creerlo así ; pero la peculiar forma de las huellas me hizo cambiar de opinión. Algunos habitantes de la Península Indica son de baja estatura, pero ninguno de ellos podía haber dejado esa clase de rastros. Los pies del verdadero *hindú* son largos y delgados, y el mahometano, siempre calzado con sandalias, tiene el dedo grueso del pie muy separado de los otros, porque el lazo de la sandalia pasa siempre entre este dedo y el segundo. Además, estas pequeñas flechas no pueden ser disparadas más que de un modo : con un cañuto. Se trata, pues, de un salvaje ; pero ¿de dónde?

—De Sud América—aventuré.

Holmes estiró el brazo y tomó del estante un grueso volumen.

—Este es el primer tomo de una enciclopedia que empieza ahora á publicarse, y que se puede considerar como la última palabra. ¿Qué deseamos saber? Andaman... «Islas Andaman, situadas á 340 millas al norte de Sumatra, en la bahía de Bengala.» ¡ Hum, hum ! ¿Qué más? Clima húmedo, arrecifes de corral, tiburones, Puerto Blair, presidios, isla Rutlad, plantaciones de algodón... ¡ Ah ! ¡ Aquí está ! Los aborígenes de las islas Andaman podrían tal vez reivindicar para sí el honor de ser la raza más pequeña de la tierra, aunque algunos antropólogos lo adjudican

á los Hombres de la Selva, del Africa Central, á ciertos indios de la América del Norte y á los de la Tierra del Fuego. Su estatura media no llega á cuatro pies, pero muchas veces sucede que un adulto en pleno desarrollo mide menos. Son gente feroz, traidora, indomable; pero cuando se logra conquistar la confianza de alguno de ellos, es capaz de la más abnegada amistad.

Fíjese usted en eso, Watson, y siga escuchando. «Su aspecto es repugnante: cabeza contrahecha, ojos pequeños y feroces, facciones muy irregulares. Sin embargo, los pies y las manos son notables por su pequeñez. Son tan indomables y feroces que todos los esfuerzos de los funcionarios británicos para ganarse su buena voluntad en algún sentido, han sido infructuosos. Desde tiempo atrás son el terror de los naufragos, á quienes atacan, destrozándoles la cabeza con sus mazas de piedra y mango de palo, ó lanzándoles flechas envenenadas. Esas matanzas terminan infaliblemente con una fiesta cannibal.» ¡Qué gente tan digna y amable, Watson! Si este sujeto hubiera estado entregado únicamente á sus propias inspiraciones, el asunto habría tenido un desenlace mucho más lúgubre. Apostaría á que no obstante ser lo que es, Jo-

nathan Small habría dado algo por no utilizar sus servicios.

—Pero, ¿cómo ha podido tener un compañero tan singular?

—¡ Ah ! Eso es más de lo que yo podría decir ; pero no tiene nada de extraordinario que Jonathan Small esté aliado con un indígena de las islas Andaman, desde que hemos convenido en que él mismo viene de allá. No dudo de que todo lo descubriremos á su tiempo. Mire usted, Watson : su cara revela que está usted suficientemente cansado. Acuéstese en ese sofá, y veamos si puedo hacerlo dormir.

Tomó su violín, y mientras yo me tendía en el sofá, comenzó á tocar por lo bajo un aire melodioso y sentimental, sin duda de su propia inspiración, pues tenía especial facilidad para improvisar. Recuerdo vagamente la última visión de sus robustos miembros, de su franco rostro, y de su mano que bajaba y subía con lentitud. Después me sentí flotando apaciblemente en un mar de sonidos, hasta que me encontré en la tierra de los sueños, con la dulce mirada de la señorita Morstan fija en mis ojos.

IX

La cadena se rompe.

Ya estaba bastante entrada la tarde cuando me desperté, fortalecido y rehecho. Sherlock Holmes se hallaba sentado exactamente como yo lo había dejado, con la única diferencia de que en lugar del violín tenía en las manos un libro cuya lectura lo absorbía. Al sentir que me incorporaba me miró, y yo noté que su rostro estaba sombrío y turbado.

—Ha dormido usted con profundo sueño—me dijo.—Yo temía que nuestra conversación lo despertara.

—No he oído nada—le contesté.—¿Tiene usted nuevas noticias?

—No, desgraciadamente. Confieso que estoy sorprendido y contrariado. Ya para estas horas esperaba alguna información satisfactoria, y

Wiggins acaba de estar aquí á decirme que no han encontrado el menor rastro de la lancha. El contratiempo es desesperante, pues cada hora que pasa es una pérdida.

—¿En qué podría servir yo? Me siento perfectamente repuesto y expedito para pasar otra noche en vela.

—No, nada podemos hacer sino esperar. Si nosotros salimos, el anuncio puede llegar durante nuestra ausencia, y esto ocasionar una demora. Usted salga, si lo desea; pero yo me quedo de guardia.

—Pues entonces voy á escape á Camberwell, á casa de la señora Cecil Forrester. Ayer me suplicó que no dejase de ir.

—¿De la señora Cecil Forrester?—preguntó Holmes, con un asombro de sonrisa en los labios.

—Pues... sí; y, por supuesto, también á ver á la señorita Morstan. Ambas tenían mucho interés en saber lo que hubiera ocurrido.

—Yo no les diría gran cosa—dijo Holmes.—Nunca se debe tener confianza en las mujeres, en ninguna de ellas, ni en la mejor.

No me detuve á refutar tan atroz sentencia.

—Estaré de vuelta dentro de una hora ó dos á más tardar—fué mi respuesta.

—¡Muy bien, y felicidades! Pero ya que va

usted al otro lado del río, podría llevarme de paso á Toby y devolverlo, pues no creo que en adelante lo necesitemos.

Me puse en camino con el perro, y lo entregué, acompañado de doce pesos, al viejo naturalista del callejón Pinchin. En Camberwell encontré á la señorita Morstan algo fatigada por las emociones de la noche, pero deseosa de saber lo que ocurría. La señora Forrester estaba igualmente llena de curiosidad. Les conté todo lo que habíamos hecho, suprimiendo, sin embargo, las partes más horribles de la tragedia. Así, aunque hablé de la muerte de Sholto, nada dije de la manera y método de que se habían validó los asesinos. Pero á pesar de todas esas omisiones, mi relato fué suficiente para causarles el mayor asombro.

—¡ Eso es una novela!—exclamó la señora Forrester.—Una dama despojada, un tesoro de dos millones y medio, un negro caníbal y un bandido con una pierna de madera ; estos dos personajes reemplazan al conocido dragón ó al príncipe malvado.

—Y dos caballeros andantes que defienden á la dama—agregó la señorita Morstan, dirigiéndome una luminosa mirada.

—¡ Cómo, María ! La fortuna de usted depende del resultado de estas pesquisas, y no veo en

usted la menor agitación. ¡Imagínese usted lo que debe ser encontrarse tan rica y tener al mundo entero á vuestros pies !

Sentí que el corazón me saltaba de gozo al ver que la señorita Morstan no daba muestras de alegría ante esa perspectiva. Por el contrario, un movimiento de su orgullosa cabeza indicó que el asunto le interesaba poco.

—Lo que me causa verdadera ansiedad—dijo, —es la suerte del señor Tadeo Sholto. Lo demás no me importa ; pero, en cuanto á él, me parece que se ha portado conmigo con la mayor bondad y honradez, desde el principio hasta el fin. Nuestro deber es justificarlo de una acusación tan espantosa é infundada.

Cuando salí de Camberwell anocheecía ya, y al llegar á casa la noche había cerrado por completo. El libro y la pipa de mi compañero estaban sobre su sillón, pero él había desaparecido. Busqué algún papel escrito que me hubiese dejado, y no encontré ninguno.

—¿Supongo que el señor Sherlock Holmes habrá salido?—pregunté á la señora Hudson, cuando vino á bajar las persianas.

—No, señor. Está en su cuarto, señor. ¿Sabe usted, señor—y bajó la voz hasta hacerse casi imperceptible—que estoy asustada por la salud del señor Holmes?

—¿Por qué, señora Hudson?

—Pues, porque está muy extraño, señor. Cuando usted se fué, él se puso á pasear y pasear por el cuarto, de esquina á esquina, tanto, que llegó á aturdirme con el ruido de sus pasos. Después le oí que hablaba y murmuraba solo, y cada vez que sonaba la campanilla salía á la escalera á preguntarme : «¿Qué es, señora Hudson?» Y ahora se ha ido á su cuarto, pero allá también le oigo pasearse como antes. Ojalá no vaya á enfermarse, señor. Yo me atreví á hablarle de una medicina muy buena como calmante, pero él se volvió á mirarme, señor, con unos ojos que todavía no sé cómo pude salir del cuarto.

—No me parece que hay motivos para que usted se inquiete, señora Hudson—le contesté.— Ya lo he visto otras veces así. Un pequeño asunto que lo preocupa le impide estarse quieto.

Para tranquilizar á nuestra excelente patrona, le hablé del asunto en tono ligero, pero después, durante la noche, me sentía yo mismo bastante intranquilo al oír, en medio del silencio profundo en que estaba sumida la casa, el triste son de los pasos de Holmes, renovado de rato en rato ; y la idea de lo mucho que su activa mente sufría con esa involuntaria inacción, me mortificó hasta el amanecer.

Cuando nos reunimos á tomar el desayuno, estaba desencajado y mustio, y una mancha rojiza en cada mejilla denotaba la fiebre que lo quemaba.

—Está usted trabajando contra su salud, amigo mío—le observé.—Toda la noche le he sentido pasearse por el cuarto.

—No ; no he podido dormir—me contestó.—Este infernal problema me consume. Es demasiado encontrarse detenido por un obstáculo tan insignificante cuando todos los demás han sido vencidos. Sabemos quiénes son los hombres, cuál la lancha, todo, y, sin embargo, no podemos tener noticias de ellos. He puesto en movimiento á otras personas, y empleado cuantos medios tenía á mi disposición. El río entero ha sido registrado en una y otra orilla, pero sin resultado, ni tampoco la señora Smith sabe nada de su marido.

—Voy á tener que creer que han echado á pique la lancha. Sin embargo, esa suposición tiene sus objeciones.

—Puede ser también, que la señora Smith nos haya puesto en una falsa pista.

—No, yo creo que no debemos admitir esa hipótesis. He hecho averiguaciones que me prueban la existencia de una lancha de las señas que ella nos dió.

—¿Y no se habrán ido río arriba?

—También he tenido en cuenta esa posibilidad, y he enviado gente á escudriñar el río hasta Richmond. Si hoy ó mañana no tenemos noticias, yo mismo me pondré en marcha, ya no en busca de la embarcación, sino de los hombres. Pero es seguro, seguro, que hoy vamos á saber algo.

Pero no fué así. Ni Wiggins, ni los otros comisionados de Holmes nos enviaron la menor noticia. Llegaron los periódicos, la mayor parte con artículos sobre la tragedia de Norwood, todos más bien hostiles al infortunado Tadeo Sholto, sin que ninguno de ellos contuviera nuevos datos, á no ser el de que al día siguiente iba á instaurarse el sumario.

Por la noche fuí á Camberwell, á comunicar nuestro fracaso á las señoras, y cuando volví á casa, Holmes estaba más preocupado que nunca, y de bastante mal humor. Apenas contestó á mis preguntas, y pasó toda la noche en un abstruso análisis químico, que exigía un considerable calentar de retortas y una gran destilación de vapores, cuyo término fué llenar el cuarto de olores suficientemente poderosos para hacerme salir precipitadamente. Hasta las primeras horas de la mañana pude oír el choque de los aparatos, lo que me indicaba que mi ami-

go continuaba sumergido en sus mal olientes operaciones.

Era todavía muy temprano cuando me desperté bruscamente, y con sorpresa lo vi de pie delante de mi cama, vestido con un tosco traje de marinero. Tenía una camiseta con pintas de color, y una ordinaria corbata roja.

—Me voy río abajo, Watson—me dijo.—He dado muchas vueltas al asunto en mi mente, y no veo más que un medio de salir del paso. De todos modos, vale la pena de probarlo.

—¿No habrá inconveniente para que yo vaya con usted?

—No, usted puede ser mucho más útil quedándose aquí, en mi lugar. Yo mismo siento tener que ausentarme, pues es casi seguro que en el curso del día tengamos aviso de algo, aunque Wiggins parecía anoche haber perdido las esperanzas. Abra usted todas las cartas y telegramas, y si hay alguna noticia, proceda como mejor le parezca. ¿Puedo contar con usted?

—Con toda seguridad.

—Temo que no le sea posible á usted telegrafiarle, pues no sabría decirle desde ahora dónde me hallaré más tarde. Sin embargo, si tengo buena suerte, no iré muy lejos, y de cualquier modo no volveré sin noticias.

A la hora del almuerzo no sabía aún qué había

sido de él ; pero leyendo el *Standard*, encontré nuevas alusiones al asunto.

«Respecto á la tragedia de Upper Norwood, »decía el artículo, tenemos motivos para creer »que el asunto promete ser más complejo y misterioso aún que lo que al principio se suponía. »Hay recientes indicios que prueban la casi imposibilidad de que el señor Tadeo Sholto estuviera complicado en el crimen. Anoche se le puso en libertad, lo mismo que al ama de llaves, »señora Bernstone. Se cree, sin embargo, que »la policía sigue la pista á los verdaderos culpables, y el asunto está en las manos del señor »Athelney Jones, de Scotland Yard, quien se »ocupa de él con su reconocida energía y sagacidad. Otras personas serán arrestadas de un momento á otro.»

—Tal como están las cosas—pensé,—la situación es satisfactoria. Sea lo que sea, el amigo Sholto está en salvo. No alcanzo á imaginarme cuál será la pista que ahora se sigue, aunque no hay que hacer gran caso de la insinuación, pues es una frase estereotipada para los casos en que la policía comete un desatino.

Tiré el diario sobre la mesa, pero mi vista tropezó en el mismo instante con un aviso de la sección de «personas perdidas.» Decía así :

»*Desaparecido.*—Mordecai Smith, patrón de

»embarcaciones, y su hijo Jim, salieron del muelle Smith el martes, á las tres de la mañana, »poco más ó menos, en la lancha de vapor *La Aurora*, pintada de negro con dos bandas rojas, »chimenea negra, faja blanca. Se pagará la suma de veinticinco pesos á la persona que dé »noticias del paradero del citado Mordecai »Smith y de la lancha *La Aurora*, á la señora »Smith, en el muelle Smith, ó en la calle Baker, 221 B.»

Claro estaba que el aviso era obra de Holmes : la dirección de la calle Baker bastaba para probarlo. El procedimiento me pareció ingenioso, pues si los fugitivos leían el aviso, no verían en él más que la natural ansiedad de una esposa cansada por la desaparición de su marido.

El día me pareció interminable. Cada vez que sonaba la puerta ó alguien pasaba aprisa por la calle, me imaginaba que era Holmes que regresaba, ó alguna respuesta al aviso.

Quise distraerme leyendo, pero mi pensamiento no se apartaba de nuestra extraña empresa y de la infame pareja en cuya persecución nos habíamos empeñado. ¿No habrá acaso—me preguntaba mentalmente—algún defecto radical en los razonamientos de mi compañero? ¿Si se estará engañando á sí mismo? ¿No cabe en lo posible que su mente cavilosa y deductiva haya

construido sobre falsos puntos de partida la teoría que le sirve de norma?

Yo no le había visto nunca equivocarse, pero el razonador más perspicaz puede engañarse una vez. Y era posible que á él lo indujera á error el extremado refinamiento de su lógica, de su preferencia por las sutiles y caprichosas explicaciones sobre las fáciles y comunes que estaban al alcance de su mano.

Pero, al recorrer con el pensamiento esa larga cadena de curiosas circunstancias, algunas de ellas triviales, pero todas tendientes á la misma dirección, no puedo disimularme que aun en el caso de que las explicaciones de Holmes fueran incorrectas, la verdadera teoría debía ser igualmente excepcional y sorprendente.

A las 3 de la tarde tocaron fuertemente la campanilla, una voz autoritaria resonó en el vestíbulo, y luego entró en mi cuarto, con no poca sorpresa mía, el mismo Athelney Jones en persona. Pero su actitud era muy diferente á la del brusco y sentencioso profesor de sentido común que con tanta confianza en sí mismo se había hecho cargo del asunto de Upper Norwood. Sus ojos miraban con expresión de abatimiento, sus maneras eran moderadas, y todo su ser parecía pedir disculpa.

—Buenos días, señor.

—Buenos días—dijo. — Parece que el señor Sherlock Holmes está ausente.

—Sí, y no sé con seguridad cuándo volverá. Sin embargo, si usted desea esperarlo, siéntese y pruebe uno de estos cigarros.

—Gracias, con mucho gusto—me contestó, enjugándose el rostro con un pañuelo rojo.

—¿Y con un poco de whisky con soda?

—Bueno, medio vaso. Hace mucho calor por esta época del año, y estoy cansado de tantos trabajos y sinsabores. ¿Conoce usted mi teoría sobre el asunto Norwood?

—Recuerdo haberle oído á usted exponer una teoría.

—Bueno ; pues me he visto obligado á reponerla. Ya tenía al señor Sholto estrechamente envuelto en mis redes, ¡ paf ! de improviso se me escapa por un agujero abierto en el centro mismo de la malla. Ha podido probar una coartada incontrovertible : desde el momento que salió del cuarto de su hermano, no ha estado un solo instante fuera de la vista de alguna persona , de modo que no pudo ser él quien saltó por las ventanas y trepó por los techos. El asunto es extremadamente oscuro, y mi crédito profesional está en juego. Mucho me serviría ahora una pequeña ayuda.

—Todos necesitamos ayuda alguna vez—dije.

—Su amigo el señor Sherlock Holmes, es un hombre maravilloso, señor—continuó el detective en voz baja y tono confidencial.—Es un hombre que nadie puede vencer. He visto á ese joven operar en gran número de asuntos, y no puedo decir que en uno solo haya dejado de producir completa luz. Es irregular en sus procedimientos, y tal vez algo ligero para engolfarse en teorías, pero, en conjunto, habría sido el mejor oficial del cuerpo de detectives, y lo digo sin cuidarme de que se sepa ó no esta opinión mía. Esta mañana recibí un telegrama suyo, del que infero que tiene algunos datos sobre el asunto Sholto. Este es el telegrama.

Sacó el papel del bolsillo y me lo dió á leer. Estaba fechado en Poplar, á las 12, y decía :

«Vaya usted inmediatamente á Baker Street.
»Si no he vuelto, espéreme. Sigo de cerca la pista á la pandilla Sholto. Usted puede venir con nosotros esta noche, si desea tomar parte en el desenlace.»

—Esto suena bien—dije. — Seguramente ha encontrado otra vez el rastro.

—¡ Ah ! ¿ Quiere decir que él también se había equivocado ? Hasta los mejores se extravían á veces. Por supuesto, que esto mismo puede ser una falsa alarma ; pero como funcionario de la ley, mi deber es no dejar escapar la menor pro-

babilidad. Pero alguien acaba de entrar en la casa. Tal vez sea él.

Oímos un pesado paso por la escalera, al mismo tiempo que un aliento fatigoso y difícil, como un hombre que no puede respirar bien. Una ó dos veces cesaron los pasos, como si la ascensión fuera superior á las fuerzas de la persona, hasta que, por fin, llegó ésta á la puerta y entró.

Su aparición justificaba los ruidos que habíamos oído. Era un hombre de edad, vestido con un traje de marinero; la chaqueta la llevaba abotonada hasta el cuello. Encorvado, temblorosas las piernas, su respiración asmática denotaba su sufrimiento. Al apoyarse en su grueso garrote, los hombros se le alzaban con el esfuerzo que hacía para introducir el aire en sus pulmones. En torno del cuello tenía una corbata roja que le cubría hasta la barba, y lo único que pude ver en su cara fué un par de ojos oscuros, muy penetrantes, entre el marco formado por unas enmarañadas cejas blancas y unas largas patillas grises. Su apariencia era la de un respetable capitán de buque, caído en la pobreza y agobiado por los años.

—¿Qué se le ofrece, amigo?—le pregunté. El viejo miró en torno suyo con la manera tranquila y metódica propia de la edad avanzada.

—¿Está aquí el señor Sherlock Holmes? — preguntó á su vez.

—No ; pero yo lo represento. Puede usted decirme á mí lo que lo trae aquí.

—Tenía que hablar con él mismo—contestó.

—Pero le digo á usted que yo lo represento : ¿Se trata de la lancha de Mordecai Smith?

—Sí. Yo sé dónde está la lancha y sé dónde están los hombres que el señor Holmes busca. Y sé dónde está el tesoro. Lo sé todo.

—Pues dígamelo usted á mí y yo se lo diré.

—A él era á quien tenía que decirselo—repitió con la petulante obstinación de los viejos.

—Bueno ; entonces espérelo usted.

—No, no. Yo no voy á perder un día entero por complacer á nadie. Si el señor Holmes no está aquí, que el señor Holmes vaya y averigüe. Ninguno de ustedes dos me inspira confianza, y no quiero decirles ni una palabra.

Y se volvió hacia la puerta ; pero Athelney Jones se le puso por delante.

—Espérese un poco, amigo—le dijo.—Usted posee un secreto importante, y no puede salir de aquí. Tiene usted que esperar con nosotros, quiéralo ó no, hasta que nuestro amigo vuelva.

El viejo echó á andar hacia la puerta ; pero viendo que Athelney Jones se recostaba de es-

paldas contra ella, se convenció de la inutilidad de toda resistencia.

—¡ Linda manera de tratar á la gente!—exclamó, golpeando en el suelo con su palo.—¡ Yo he venido aquí en busca de un caballero, y ustedes dos, á quienes en mi vida he visto, me agarran y me tratan de esta manera!

—No por eso le pesará á usted haber venido—le dije.—Nosotros lo recompensaremos por la pérdida de su tiempo. Siéntese usted aquí en el sofá, y no tendrá que esperar mucho tiempo.

Se acercó al sofá, de muy mal modo, y, sentándose, apoyó la cara en ambas manos. Jones y yo volvimos á nuestros cigarros y á nuestra conversación. Pero súbitamente oímos la voz de Holmes junto á nosotros.

—Me parece que ustedes podrían obsequiarme con un cigarro—decía.

Ambos saltamos de nuestros asientos. Holmes estaba allí, sentado junto á nosotros, divirtiéndose tranquilamente con nuestro asombro.

—¡ Holmes!—exclamé.—¡ Usted aquí! ¿Pero, dónde está el viejo?

—Aquí está el viejo—contestó Holmes, alzando en la mano un montón de pelo blanco.—Aquí lo tienen ustedes: peluca, patillas, cejas y todo. Yo creía mi disfraz bastante bueno, pero me pa-

recía difícil que hasta ustedes se dejaran engañar por él.

—¡ Ah, bribón !—exclamó Jones entusiasmado y contento.—¡ Qué actor tan extraordinario habría sido usted ! La tos era exactamente la de un pobre en camino del asilo, y esas piernas tambaleantes valdrían en cualquier teatro cincuenta pesos por semana. Pero, con todo, hubo un momento en que yo creí descubrir que al viejo le brillaban los ojos como acostumbran á brillar los de usted. Ya ve usted que no le dejamos escaparse tan fácilmente.

—Todo el día he estado ocupado en nuestro negocio—dijo él, encendiendo un cigarro.—¿ Saben ustedes que ya hay mucha gente de la clase criminal, que empieza á conocerme—especialmente desde que este amigo (y me señaló) tomó á su cargo la publicación de mis pesquisas?—De manera que ya no puedo ponerme en campaña sin disfrazarme, como lo he hecho ahora. ¿ Recibió usted mi telegrama?

—Sí, y por eso he venido.

—¿ Y ha adelantado usted mucho en el asunto?

—Todos mis planes han quedado reducidos á nada. He tenido que poner en libertad á dos de los presos, y contra los otros dos no tengo pruebas.

—No importa. Nosotros le daremos á usted un nuevo par en reemplazo de aquél. Pero para eso es necesario que usted se ponga bajo mis órdenes. Puede usted aprovecharse oficialmente de todo el crédito que resulte de nuestra obra. Pero usted no procederá sino conforme á las instrucciones que yo le daré. ¿Conviene usted en ello?

—En todo, si con eso conseguimos cazar á los criminales.

—Bueno. En primer lugar, necesito que un vaporcito de los más rápidos de la policía esté á las siete en el malecón de Westminster.

—Eso es fácil. Siempre hay uno en los alrededores de ese lugar; y para estar seguro, voy á salir y telefonar desde aquí cerca.

—Además, para el caso de resistencia, necesito dos hombres bastante fuertes.

—En el vaporcito nos esperarán dos ó tres de los míos. ¿Qué más?

—Una vez capturados los criminales, nos apoderaremos del tesoro y creo que á mi amigo Watson le agradaría llevar él mismo el cofre á la señorita dueña de la mitad de esos bienes. Que ella sea la primera en abrirlo, ¿no, Watson?

—Mi placer sería inmenso—contesté.

—El procedimiento es irregular—dijo Jones moviendo la cabeza.—Pero todo en este asunto

es irregular, y es lógico que pasemos también por esto. Sin embargo, después que aquella señorita vea el tesoro, lo entregaremos á las autoridades para la investigación oficial.

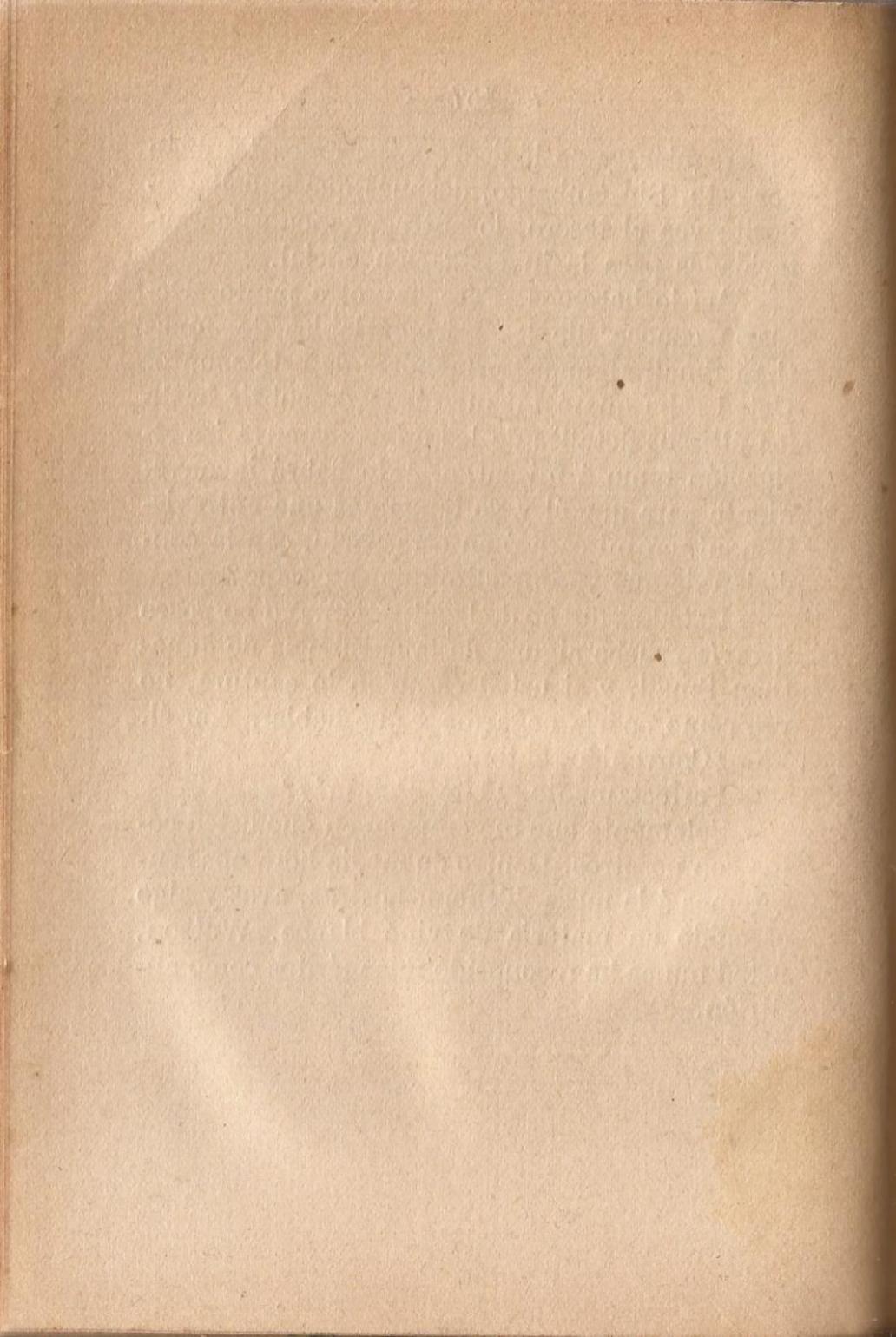
—Así lo haremos. Pero hay otro punto. Desearía conocer de los mismos labios de Jonathan Small algunos pormenores de este asunto. Usted sabe que á mí me gusta descubrir hasta los últimos detalles de los crímenes cuya investigación tomo á mi cargo. ¿No habrá inconveniente para que él y yo tengamos una entrevista aquí, en mi casa ó en otra parte, con la condición de que yo impediré que se escape?

—Usted es dueño de la situación. Yo no poseo todavía prueba alguna de la existencia de Jonathan Small, y si usted es quien lo captura, no veo cómo podría negarme á que hablara con él.

—¿Convenido, entonces?

—Perfectamente. ¿Hay algo más?

—Solamente que me empeño en que usted coma con nosotros. Dentro de media hora nos sentaremos á la mesa. Tenemos ostras, aves y algo escogido en materia de vino blanco. Watson, usted nunca ha reconocido mis méritos como anfitrión.



X

El fin del isleño.

Nuestra comida fué muy alegre. Cuando Holmes quería hablar lo hacía admirablemente, y esa noche quiso hablar. Parecía hallarse en un estado de exaltación nerviosa, y yo no lo había visto nunca tan decididor. Trató numerosos temas, comedias y dramas, vasos medioevales, violines de Stradivarius, el budismo en Ceylán y los futuros buques de guerra, manejándolos todos como si cada uno de ellos hubiera hecho un estudio especial. En su excelente humor de esa noche se veía la reacción sobre la sombría depresión de los días anteriores

Athelney Jones, por su parte, demostró ser hombre de sociedad en sus ratos de ocio, é hizo frente á la comida con toda la habilidad de un *bon vivant*. En cuanto á mí, me sentía dichoso

al pensar que ya nos hallábamos cerca del final de nuestra empresa, y participé de la alegría de Holmes. Ninguno de los tres dijo durante la comida una palabra de la causa de que nos halláramos reunidos allí.

Cuando retiraron el mantel, Holmes miró su reloj y luego sirvió tres copas de Oporto.

—Un trago—dijo,—por el éxito de nuestra expedición. Y ahora ya es hora de que nos pongamos en camino. ¿Tiene usted un revólver, Watson?

—En mi escritorio tengo mi antiguo revólver de militar.

—Póngaselo usted en el bolsillo, pues más vale estar preparado. Veo que el carruaje está ya en la puerta. Lo pedí para la seis y media.

Eran poco más de la siete cuando llegamos al muelle de Westminster, donde nos esperaba ya el vaporcito. Holmes lo examinó con cuidado.

—¿Tiene alguna señal de que pertenece á la policía?

—Sí; el farol verde del costado.

—Hay que quitarlo.

Verificado el cambio de faroles, pasamos á bordo y las amarras cayeron. Jones, Holmes y yo nos sentamos en la popa. Había un hombre en la rueda del timón, otro que manejaba la má-

quina, y en la proa dos fornidos inspectores de policía.

—¿En qué dirección?—preguntó Jones.

—Hacia la Torre. Dígales usted que pasen por enfrente del astillero de Jacobson.

Nuestra embarcación era evidentemente muy rápida. Dejamos atrás un gran número de barcas cargadas, con tanta velocidad que parecía que todas estuvieran paradas. Holmes se sonrió, satisfecho al ver que, casi con la misma facilidad, alcanzábamos y pasábamos un vapor.

—Parece que con éste podemos alcanzar á cualquier embarcación—dijo.

—No tanto ; pero pocos son los vaporcitos de esta clase que nos podrán aventajar.

—Tenemos que cazar á *La Aurora* que goza fama de muy veloz. Voy á contarle á usted, Watson, en qué estado se hallan las cosas. ¿Recuerda usted cuando me fastidiaba el verme detenido por un obstáculo tan pequeño?

—Sí.

—Bueno. Comencé por dar completo descanso á mi mente, sumergiéndola en un análisis químico. Uno de nuestros más grandes estadistas ha dicho que el mejor descanso es un cambio de ocupación. Y así es. Cuando ya hube conseguido disolver el hidrocarbono, volví á pensar en el problema de los Sholtos, y recapacité sobre

el asunto del principio al fin. Los muchachos habían recorrido el río de arriba abajo sin resultado. La lancha no estaba en muelle ni desembarcadero alguno, ni había vuelto á su punto de partida. No era creíble que la hubieran echado á pique para borrar su rastro ; pero esa podía ser la última hipótesis, en el caso de que todas las demás fallaran. Yo sabía que Small tenía una cierta dosis de astucia, pero no lo creía capaz de nada parecido á la malicia fina. Esta es, generalmente, fruto de la educación. De esta reflexión deduje que, habiendo estado por algún tiempo en Londres—pues sabíamos que había vigilado continuamente á los de Pondicherry Lodge,—muy difícil sería que abandonara la ciudad de improviso : sin duda había necesitado algún tiempo, aunque no fuera más que un día, para arreglar sus cosas. Esa era, de todos modos, una probabilidad aceptable.

—A mí me habría parecido bastante débil—observé yo.—Más probable era que hubiese arreglado sus asuntos antes de emprender toda operación.

—No ; yo no lo creo así. Su alojamiento debía ser un punto de retirada demasiado valioso para abandonarlo antes de estar seguro de que ya no lo necesitaba. Y, además, otra reflexión me hizo confirmarme en esa idea. Jonathan debía

haberse dado cuenta de que la peculiar apariencia de su compañero, por más que lo hubiera disfrazado, daría lugar á habladurías y tal vez á que se le relacionara con la tragedia de Norwood. Para eso sí tiene la suficiente malicia. Cuando salieron de su guarida era de noche, y es claro que deseaban regresar á ella antes de que amaneciera. Pues bien ; según la señora Smith, cuando se embarcaron en la lancha eran más de las tres. Ya debía estar la mañana bastante clara, y la gente comenzaría á circular dentro de una hora ó algo así. Por consiguiente me dije,—no deben haberse alejado mucho. A Smith le han pagado bien para que contenga su lengua, se han reservado la lancha para el escape final, y luego han corrido á encerrarse en su casa con el cofre del tesoro. Allí esperarán un par de días, hasta ver lo que dicen los diarios y si se sospecha de ellos, y después se dirigirán, de noche, á Gravesend ú otro puerto de donde salgan vapores para el exterior, pues no cabe duda de que su plan es irse á América ó á las Colonias.

—Pero, ¿y la lancha? No podían habérsela llevado á su alojamiento.

—Así es, y mi opinión fué que la lancha no debía estar muy lejos, por más que no hubiera sido posible encontrarla. Entonces híceme la

cuenta de que yo era Small, y me puse á pensar sobre el asunto como lo habría hecho un hombre de sus alcances. Probablemente se habría dicho que con devolver la lancha ó ponerla en otro muelle facilitaría la persecución si la policía hallaba el rastro. ¿Cómo ocultar, pues, la lancha, y al mismo tiempo tenerla á la mano para el momento en que le fuera necesaria? Reflexioné sobre el asunto como si me hubiera llamado Small, y no encontré más que una salida: llevar la lancha á algún establecimiento de construcción ó reparación de barcos, y encargár que se le hiciera algún pequeño cambio. Colocada entonces dentro del astillero, quedaba la embarcación oculta á las miradas de afuera y estaba siempre á mi disposición.

—La cosa era bastante sencilla.

—Las cosas más sencillas son las que uno toma en cuenta. Me propuse, pues, proceder conforme á mi idea, y en el acto me puse en marcha, vestido con este inofensivo traje de marinero. Fui preguntando en todos los astilleros de río abajo, y pasé por quince de ellos sin resultado satisfactorio; pero, por fin, en el décimosexto, el de Jacobson, me dijeron que *La Aurora* había sido llevada allí dos días antes por un hombre que tenía una pierna de madera, el cual había pedido compusieran el timón. «El timón

»no tenía nada—me dijo el capataz,—y allí está
»la lancha, esa de fajas rojas.» Y en ese momen-
to, ¿quién creen ustedes que llegó sino Morde-
cai Smith, el desaparecido dueño de la embar-
cación? Estaba enteramente borracho. Yo no lo
habría conocido, por supuesto, si él no hubie-
ra dicho su nombre y el de la lancha. «La nece-
»sito para esta noche á las ocho—dijo,—á las
»ocho en punto, fíjese usted, pues tengo que lle-
»var á dos señores que no pueden esperar.» Se
veía que le habían pagado bien, pues tenía mu-
cho dinero; regalaba centavos á la gente del as-
tillero. Cuando salió lo seguí durante un rato,
pero al ver que se metía en una taberna, regre-
sé al astillero, y habiendo encontrado en el ca-
mino á uno de los muchachos de Wiggins, lo
puse de guardia á vigilar la lancha. La orden es
que cuando ésta salga, se pare en la plaza y agi-
te su pañuelo. Nosotros esperaremos río abajo,
y ahora sería muy raro que no pudiéramos co-
ger á los hombres y al tesoro.

—Sean ó no esos hombres los verdaderos cri-
minales—dijo Jones,—la manera como usted ha
preparado su plan es excelente. Pero si el asun-
to hubiera estado en mis manos, yo habría pue-
sto un piquete de policía en el astillero de Jacob-
son para que los arrestara

—Y eso no habría sucedido nunca. El tal

Small es sujeto bastante astuto, y con seguridad mandará por delante un espía ; de modo que, si éste le comunicara algo sospechoso, se nos eclipsaría lo menos por una semana más.

—Pero usted podía haber empuñado á Mordecai Smith y obligado á que le enseñara el escondrijo de los otros—le observé yo.

—Con eso no habría hecho más que perder mi día. Hay cien probabilidades contra una, de que Smith ignora su paradero. Mientras le den licor y dinero ¿por qué va á molestarlos con sus preguntas? Cuando necesitan de él le envían un recado, y nada más. No ; yo reflexioné sobre todos los partidos posibles, y éste me parecía el mejor.

Durante la conversación habíamos ido pasando toda la larga serie de puentes que atraviesan el Támesis. Estábamos ya enfrente de la City, cuando los últimos rayos del sol hacían brillar la cruz de la cúpula de San Pablo. Antes de llegar á la Torre había anochecido.

—Ese es el astillero de Jacobson—dijo Holmes, señalando un grupo de mástiles por el lado de Surrey. Crucemos lentamente de arriba abajo ocultándonos detrás de esta línea de barcos. Y, sacando del bolsillo un par de anteojos de noche, miró detenidamente la tierra. Veo á mi

centinela en su puesto, pero no hay señales de su pañuelo.

—¿Si avanzáramos un poco más corriente abajo, y allí esperáramos?—propuso Jones impaciente.

—No tenemos el derecho de dar nada por seguro—contestó Holmes.—Cierto es que hay diez probabilidades contra una de que *La Aurora* se dirija aguas abajo, pero nosotros no estamos cierto de ello. Desde aquí vemos bien la entrada del astillero, y ellos podrían difícilmente vernos á nosotros. La noche se presenta clara, y luz no nos ha de faltar. Quedémonos aquí. Miren, allá donde alumbra el gas, cómo pasa la gente.

—Obreros del astillero, que salen del trabajo.

—Feo aspecto el de esos individuos, pero debemos suponer que cada uno de ellos oculta en su interior una llama inmortal por pequeña que sea. Uno no se lo imagina al verlos: y *a priori* no hay probabilidades de tal cosa. ¡Qué enigma tan extraño es el hombre!

—Alguien lo llama una alma escondida dentro de un animal.

—Winwood Reade trata muy bien el punto—dijo Holmes.—Así, hace notar que mientras el hombre es individualmente un enigma indescifrable, en conjunto se convierte en una certidumbre matemática. Usted no podría, por ejem-

plo, predecir aquello de que un hombre sería capaz, pero sí puede decir con precisión para qué puede servir el término medio de los hombres que componen un grupo. Los individuos varían, pero la colectividad es siempre igual. Esto sostiene el estadígrafo. Pero ¿no es un pañuelo eso que veo allá? Estoy seguro de que algo se agita allí enfrente.

—Sí, es nuestro muchacho—exclamé yo.—Lo veo perfectamente.

—¡Y allí está *La Aurora!*—interrumpió Holmes.—¡Y va como un diablo! ¡A todo vapor, maquinista! ¡Proa á aquella lancha de luz amarilla! ¡Por Cristo que nunca me lo perdonaré si consigue escapársenos!

La lancha se había deslizado afuera del astillero sin ser vista, y luego había pasado por detrás de dos ó tres barquichuelos, de modo que antes de que nosotros la hubiéramos notado, ya andaba con gran velocidad. Y allá iba la proa en dirección de la corriente, deslizándose con una estupenda rapidez. Jones la miró con grave expresión y movió la cabeza.

—Es tan veloz—dijo,—que dudo de que podamos alcanzarla.

—¡Pues tenemos que alcanzarla!—exclamó Holmes apretando los dientes.—¡Carbón á la máquina, muchachos! ¡Que dé cuanto pueda!

¡ Que arda nuestra lancha, con tal de que alcancemos la otra !

Nosotros íbamos ya á todo vapor. Las hornillas rugían ; y la poderosa máquina rechinaba y palpitaba : se le habría creído un enorme corazón de metal. La proa larga y aguda cortaba las tranquilas aguas del río, enviando agitadas olas á derecha é izquierda. A cada propulsión de la máquina avanzaba el barco con un movimiento parecido al de un ser humano. Un gran farol amarillo, colocado en el bauprés, alumbraba el camino con un largo y brillante chorro de luz. Por delante, en línea recta con nuestra proa, aparecía un bulto negro, *La Aurora*, y la estela de blanca espuma que dejaba detrás, daba una idea de la rapidez de su marcha. Pasábamos como flechas por entre la multitud de lanchas, vapores y buques de vela, dejándolos á un lado y otro, ya contorneando el uno, ya rozando con el otro. Oíamos voces que nos apostrofaban en medio de la obscuridad ; pero *La Aurora* volaba, y nosotros la seguíamos sin perder un instante.

— ¡ Carbón, muchachos, más carbón !—gritaba Holmes, inclinándose hacia la máquina,—y el terrible resplandor de abajo iluminaba sus enérgicas facciones aguileñas. ¡ Hay que llegar á la última libra de vapor que se pueda !

—Me parece que vamos ganando un poco de terreno—dijo Jones, que no quitaba los ojos de *La Aurora*.

—Estoy seguro de que sí—le contesté yo.—No pasarán muchos minutos sin que la alcancemos.

Pero en ese momento, como obra de nuestra suerte infausta, un remolcador con tres lanchas cargadas se atravesó entre nosotros y *La Aurora*. Tuvimos que desviar el timón con toda fuerza para evitar una colisión, y antes de que pudiéramos rodear las lanchas y recuperar nuestra ruta, *La Aurora* nos había ganado por lo menos doscientas yardas. Sin embargo, todavía seguía á nuestra vista. La noche iba aclarando más y más, y el cielo se cubría de estrellas.

Nuestra máquina andaba con estupenda rapidez, y el frágil casco vibraba y crujía de manera alarmante. Ya habíamos pasado como una exhalación por la Laguna, dejando atrás los muelles de las Idias Occidentales, y el extenso puerto de Deptford, y acabábamos de costear la isla de los Perros. El punto obscuro que teníamos delante fué dando lugar poco á poco á la delicada *Aurora*, y Jones dirigió sobre ella nuestro foco eléctrico, para que pudiéramos ver á la gente que estaba sobre cubierta.

En la proa iba sentado un hombre que llevaba

algo sobre las piernas, y lo contemplaba atentamente. A su lado yacía un bulto sombrío, que parecía un perro de Terranova. En el timón estaba el muchacho, y el rojo resplandor de la máquina iluminaba el rostro del viejo Smith, el busto desnudo, echando carbón á la hornilla, como si de eso dependiera la salvación de su vida.

Podría ser que al principio hubieran dudado de que nosotros íbamos realmente en su persecución ; pero ya en ese momento no cabía discusión al respecto, pues nuestra embarcación imitaba el menor de los movimientos y desviaciones de *La Aurora*. En Greenwich no estábamos ya sino á unos trescientos pasos de ellos, y en Blackwell á doscientos cincuenta.

Muchas veces, durante mi accidentada vida, he tenido que perseguir á seres humanos ó bestias feroces, pero nunca sport alguno me excitó tanto como esa desesperada caza al hombre por las aguas del Támesis. Y la distancia se iba acortando, yarda por yarda. En el silencio de la noche nos llegaban los bramidos de la máquina de *La Aurora*. El hombre de popa seguía en la cubierta, y movía las manos cual si estuviera muy ocupado en algo : de rato en rato medía con la vista la distancia que nos separaba. Ya estábamos tan cerca de ellos, que Jones les gritó

que se detuvieran : en ese momento no habría de lancha á lancha más que el largo de cuatro botes ; pero, si nosotros íbamos ligeros, ellos volaban.

Teníamos á Barking Level por un lado, y por el otro á las ciénagas de Plumstead. A la voz de Jones, el hombre se puso de pie en la cubierta y agitó sus dos puños en nuestra dirección, lanzándonos mil improperios con aguda y cascada voz. Era de mediana estatura, muy fuerte, y, fijándome en sus piernas abiertas, vi que la derecha era de madera, de la rodilla para abajo. En el momento en que sus coléricos y estridentes gritos comenzaron á resonar, se movió el confuso bulto que yacía á su lado, y se enderezó hasta convertirse en un hombrecito, más pequeño que todos los que había visto en mi vida, con una cabeza deformada, cubierta por una montaña de enredados cabellos.

Holmes tenía ya su revólver en la mano, y yo también saqué el mío á la vista de aquel ser salvaje y horrible.

El hombrecito estaba envuelto en una especie de capote obscuro, ó tal vez en una frazada, que sólo le dejaba descubierta la cara ; pero solamente la vista de esa cara era suficiente para quitar el sueño durante una noche entera, tan visible era su expresión de bestialidad cruel y

salvaje. Los diminutos ojos brillaban con un fulgor sombrío, y los delgados labios, separados, dejaban ver dos hileras de agudos dientes que rechinaban con ferocidad.

—Fuego, si alza la mano—nos previno tranquilamente Holmes.

En ese momento no nos separaba de ellos más que un largo de bote, y nuestro bauprés casi tocaba la popa de *La Aurora*. Me parece estar viendo todavía á los dos hombres: el europeo, puesto de pie, con las piernas bastante apartadas, lanzándome maldiciones, y el hirsuto salvaje con su horrible cara y sus fuertes y agudos dientes iluminado por la luz de nuestro farol.

De mucho nos sirvió el poderlo ver con tanta claridad, pues de improviso sacó de debajo de su abrigo un palito redondo y corto, parecido á una regla de colegial, y se lo puso en la boca. Nuestros revólvers hicieron fuego al mismo tiempo. El salvaje dió una vuelta, alzó los brazos, y con una especie de tos ahogada, cayó de lado en el río. Ya se perdía entre el torbellino de las aguas cuando todavía pude ver la amenazadora mirada que nos dirigían sus venenosos ojos.

El cojo se lanzó en ese momento sobre la rueda del timón, inclinándola con todas sus fuerzas, é hizo que *La Aurora* se dirigiera en línea recta sobre la orilla del Sur, mientras nosotros pa-

sábamos como un rayo á pocos pies de su popa. En el instante viramos y continuamos la persecución, pero ya *La Aurora* casi tocaba con la tierra. El lugar era agreste y desierto : la luna iluminaba un extenso terreno pantanoso, interrumpido por lagunas de agua estancada y manchas de raquílica vegetación.

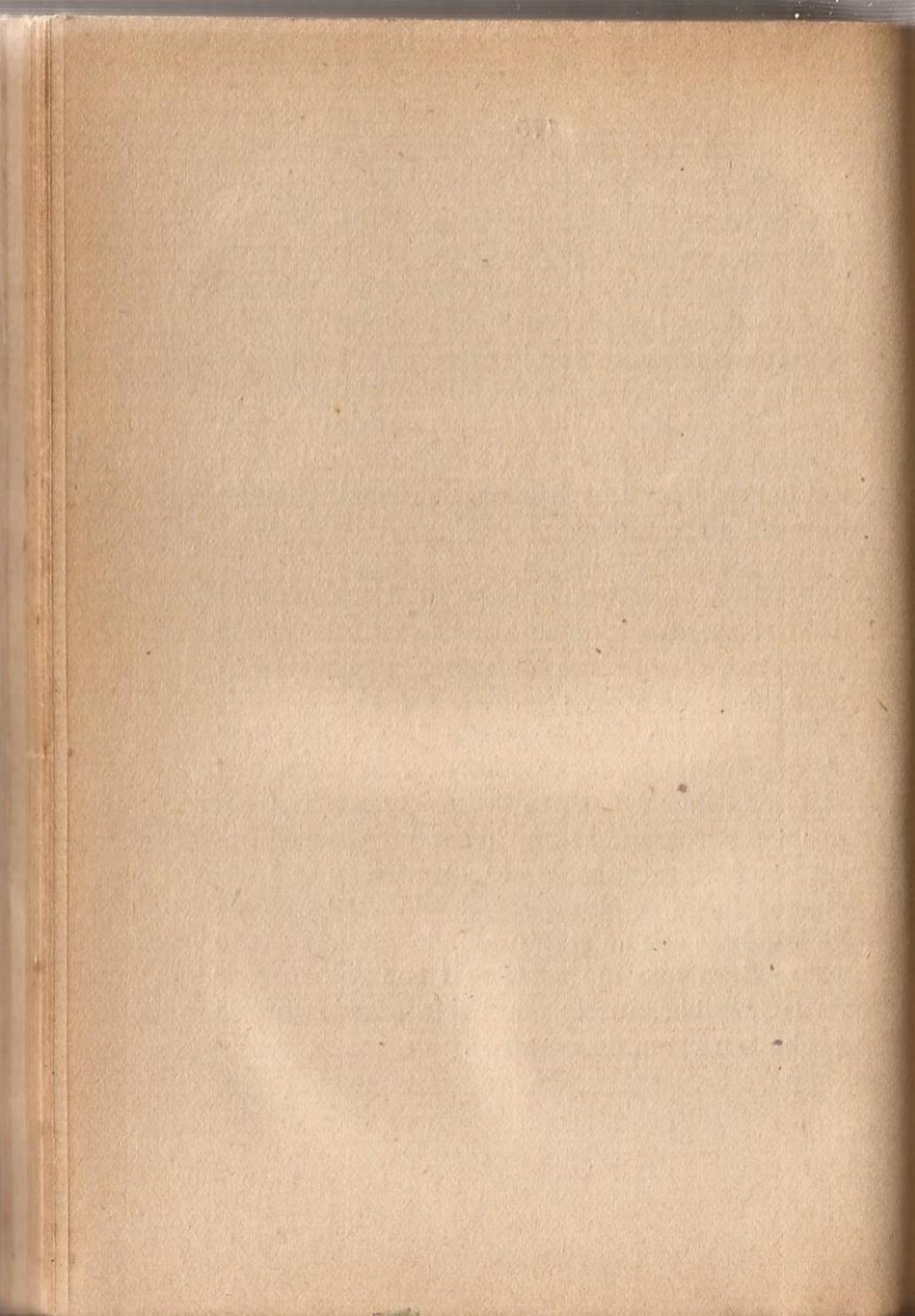
La lancha se metió con sordo ruido en el banco de fango, la proa en el aire y la popa á flor de agua. El fugitivo saltó por la borda, pero al caer la pierna de palo se clavó entera en el movedizo suelo. En vano se esforzó en sacarla ; por más que hizo, no pudo avanzar en un sentido ni en otro, y entonces se puso á bramar de impotente rabia y á dar patadas en el suelo con el otro pie. Todo eso no servía sino para clavarlo más y más en el banco de fango ; y cuando nosotros llegamos á su lado en nuestra lancha, lo encontramos tan fuertemente retenido por el fango, que para izarlo á bordo tuvimos que echarle lazo y tirar de éste con fuerza ; parecía la pesca de algún pez maligno

Los dos Smith, padre é hijo, estaban sentados en su lancha, tristes y sombríos, pero, apenas se lo ordenamos, pasaron á bordo de la nuestra. Halamos á *La Aurora* hasta que estuvo al costado de nuestra embarcación, y entonces vimos en la cubierta un sólido cofre de hierro, de fa-

bricación india. No cabía duda : esa era el arca que contenía el tesoro de los Sholtos. No encontramos la llave, pero el peso era considerable. Trasladamos el cofre á nuestra pequeña cámara, con las precauciones debidas, y emprendimos lentamente el regreso. La proa hendía las aguas del río y nosotros dirigíamos en todas direcciones la luz de nuestro foco eléctrico, pero no alcanzábamos á descubrir ni señales del isleño. Los huesos de aquel extraño huésped de nuestras playas yacen todavía el obscuro fondo del Támesis.

—Miren—nos dijo Holmes, señalando con el dedo el marco de madera del cuarto destinado al piloto.—Vean cómo no fuimos suficientemente rápidos en disparar nuestras armas.

—Ya lo creo. Precisamente detrás del lugar en que habíamos estado parados, se había clavado una de esas mortales flechas que tan conocidas nos eran. Debía haber pasado por entre nuestras cabezas en el momento en que hacíamos fuego. Holmes se sonreía y se encogía de hombros con su acostumbrado ademán ; pero yo confieso que me sentí mal con sólo pensar en la horrible muerte que había pasado aquella noche tan cerca de nosotros.



XI

El gran tesoro de Agra.

Nuestro cautivo estaba sentado en la cámara, enfrente del cofre de hierro que por fin había tenido en su poder después de tan larga espera. Era un hombre de mirada dura, quemado por el sol, el moreno rostro cruzado en todas direcciones por rayas y arrugas, efecto natural de su trabajosa vida, pasada al aire libre. La extrema prominencia de su barba hirsuta probaba que no era hombre fácil de desviar de sus propósitos. Podía tener unos cincuenta años, pues con sus cabellos negros y encrespados se mezclaban abundantes canas. Sus facciones no eran desagradables cuando estaban tranquilas, por más que las tupidas cejas y la agresiva barba adquirieran, bajo el impulso de la cólera, la terrible expresión que poco antes me había sido

dado observar. Sentado, puestas sobre las rodillas las manos, sujetas por las esposas, la cabeza caída sobre el pecho, no desprendía los penetrantes y relucientes ojos del cofre que había sido causa de sus fechorías. A mí me pareció ver más pena que cólera en su actitud rígida y contenida; pero hubo un momento en que alzó los ojos y me miró rápidamente con una ligera expresión de burla.

—¿Qué tal, Jonathan Small?—le dijo Holmes, encendiendo un cigarro.—Siento mucho que hayamos tenido que llegar hasta esta situación.

—Y yo también, señor—contestó el hombre con franqueza—No creo poder librarme de mi responsabilidad; pero le juro á usted sobre el Libro, que mi mano no se alzó nunca contra el señor Sholto. Ese perro diminuto é infernal, ese Tonga fué quien le disparó una de sus malditas flechas. Yo no tuve parte en ello, señor, y lo sentí tanto como si se hubiese tratado de un pariente. Hasta quise castigar al inmundo diablillo con la cuerda, pero lo hecho estaba hecho y yo no podía deshacerlo.

—Fume usted un cigarro—le dijo Holmes;—y, como está usted tan mojado, lo mejor será que se tome usted un buen trago de este frasco. ¿Cómo podía usted figurarse que un individuo

tan pequeño, tan débil como el negrito, pudiera imponerse al señor Sholto y dominarlo mientras usted trepaba por la cuerda?

—Por la manera como usted habla, señor, parece que se hubiese encontrado en el lugar. La verdad es que yo no esperaba encontrar á nadie en el cuarto. Conocía bastante bien las costumbres de la casa, y sabía que esa era la hora en que el señor Sholto bajaba á comer. No tengo intención en guardar secreto sobre los pormenores del asunto. Mi mejor defensa será decir sencillamente la verdad. Aseguré, sí, que, si se hubiese tratado del viejo, del mayor Sholto, habría tenido el placer en descalabrarlo, y para coserlo á puñaladas no habría dudado tanto como para fumarme este cigarro. Pero mi maldecida suerte quiso que tuviera que habérmelas con el joven Sholto, con quien nunca tuve motivos de disgusto.

—Usted está á cargo del señor Athelney Jones, de Scotland Yard, quien va á conducirlo á mi domicilio para que allí me haga usted una relación verídica de los hechos. A usted le conviene decirme toda la verdad, pues yo puedo serle útil si veo que no me engaña. Estoy en situación de probar que el efecto de ese veneno es tan rápido, que momentos antes de que usted llegara al cuarto ya Sholto había muerto.

—Y así fué, señor. Nunca en mi vida sentí una impresión tan fuerte como cuando salté por la ventana y vi el horrible gesto de esa cara caída sobre el hombro. No pude contener el temblor que me sacudió, señor. Si el Tonga no se hubiera escapado del cuarto en ese mismo instante, yo creo que lo habría muerto. Por eso fué que dejó su bastón y perdió alguno de sus dardos, los cuales sin duda han servido para ponerlo á usted sobre nuestra pista, aunque no sé, en verdad, cómo haya hecho usted para descubrirnos. De todos modos, no le tengo á usted rencor por esto. Pero me parece bastante curioso—agregó con una amarga sonrisa,—que yo, que tengo derecho legítimo á dos millones y medio de pesos, haya tenido que pasar la mitad de mi vida construyendo un rompeolas en las Andaman, y ahora esté en vías de ir á pasar la otra mitad en los dragos de Dartmoor. Maldito día aquél que vi por primera vez al comerciante Achmet y tuve algo que hacer con el tesoro de Agra, que hasta ahora no ha causado más que desventuras á las personas que lo han poseído. Para el uno, morir asesinado ; para el mayor Sholto, el temor y el remordimiento ; para mí, la esclavitud perpetua.

La cabeza y los hombros de Athelney Jones se

asomaron en ese momento por la entrada de la reducida cámara.

—Una pequeña fiesta de familia—dijo ;—pero, me parece, Holmes, que yo también podía tomar un trago de aquel frasco. Bueno. Me parece que todos podemos felicitarnos mutuamente. Lástima que al otro no hubiésemos podido cogerlo vivo también ; pero no hubo más remedio. Y la verdad es, Holmes, que usted debe confesar que dió la orden á tiempo. No podíamos hacer otra cosa.

—Lo que concluye bien, está bien—dijo Holmes,—pero les aseguro que yo no sabía que *La Aurora* era tan ligera.

—Smith dice que es una de las más rápidas del río, y que si hubiera tenido en la máquina á otro hombre para ayudarle á manejarla, nosotros no habríamos podido nunca darle alcance. Smith jura que no sabía una palabra del asunto de Norwood.

—Es verdad—dijo en voz alta nuestro prisionero ;—ni una palabra. Yo escogí su lancha porque había oído decir que era muy rápida. No le dijimos la menor cosa de nuestros asuntos ; le pagamos bien, y le ofrecimos además una buena gratificación si lográbamos tomar en Gravesend nuestro barco, el *Esmeralda*, que sale para el Brasil,

—Bueno ; pues, si no es culpable, nosotros impediremos que se le haga daño. El que seamos prontos en empuñar á la gente, no quiere decir que lo seamos en condenarla.

Era cosa divertida ver cómo el interesante Jones comenzaba ya á atribuirse el mérito de la captura. En la ligera sonrisa que alegró el rostro de Sherlock Holmes, vi que para éste tampoco había pasado desapercibido el rasgo del detective.

—Ya vamos á llegar al puente Vauxhall—dijo Jones,—y allí lo desembarcaremos á usted, doctor Watson, con el cofre del tesoro. No necesito hacerle notar cuán grave es la responsabilidad que asumo con esto. El acto es de los más irregulares ; pero lo convenido es convenido. Sin embargo, mi deber me indica enviar con usted un inspector, siendo tan valiosa la carga que lleva. ¿Va usted en carruaje, sin duda?

—Sí.

—Lástima que la llave del cofre no esté aquí, pues antes habríamos hecho un inventario. Va usted á tener que forzarlo. ¿Dónde está la llave, hombre?

—En el fondo del río — contestó secamente Small.

—¡ Hum ! No tenía usted para qué darnos esta nueva molestia. Ya habíamos tenido que traba-

jar bastante por su culpa. En todo caso, doctor, creo inútil recomendarle mucho cuidado. Regrese usted á la calle Baker con el cofre. Allá lo esperamos, para ir después á la estación de policía.

Desembarqué en Vauxhall, con mi caja de hierro y un enorme y excelente inspector por compañero. Un carruaje nos llevó en un cuarto de hora á la casa de la señora Cecil Forrester. La criada, que pareció sorprenderse con la llegada de una visita á esas horas, me dijo que la señora Forrester había salido y no volvería hasta muy tarde, pero que la señorita Morstan estaba en la sala ; y á la sala me dirigí yo con mi cofre, dejando en el carruaje al amable inspector.

Estaba sentada en un sillón de paja, delante de la ventana abierta, y vestida de una diáfana tela, con ligeros adornos rojos en el cuello y en el talle. La suave luz de una lámpara, atenuada por la pantalla, caía sobre ella, iluminando dulcemente su grave rostro, y reflejándose con brillo metálico y apagado sobre los magníficos rizos de su abundante cabellera. Su blanco brazo pendía al lado del sillón, y toda su actitud indicaba una melancolía absorbente. Al ruido de mis pasos se puso de pie, y un vivo rubor de sorpresa y placer coloreó sus pálidas mejillas.

—Oí el ruido del carruaje — me dijo,—pero creí que fuese la señora Forrester, que regresara más temprano. Nunca habría soñado que fuese usted. ¿Qué noticias me trae usted?

—Traigo algo más que noticias—le dije, poniendo el cofre sobre una mesa y hablando en tono jovial y despreocupado, por más que mi corazón palpitara fuertemente.—Le he traído algo que vale más que todas las noticias del mundo, una fortuna.

La joven miró el cofre de hierro.

—¿Entonces, ese es el tesoro?—preguntó con bastante frialdad.

—Sí ; este es el gran tesoro de Agra : la mitad es de usted y la otra mitad de Tadeo Sholto. A cada uno le tocan más de un millón de pesos. ¡ Imagínese usted ! Una renta anual de cincuenta mil pesos. En Inglaterra hay pocas señoritas más ricas. ¿ No cree usted que esto es grandioso ?

Supongo que me propasé en mis señales de gozo, y que ella vió algo raro en mis felicitaciones, pues se puso á mirarme con curiosidad alzando ligeramente los ojos.

—Si ese tesoro está hoy en mi poder, á usted se lo debo—me dijo.

—No, no—le contesté yo.—No á mí, sino á mi amigo Sherlock Holmes. Con la mejor voluntad del mundo, nunca habría podido yo dar con

una clave como la que ha puesto á prueba hasta el mismo genio analítico de Holmes. Así y todo, al último estuvimos á punto de perder el tesoro.

—Haga usted el favor de sentarse y contármelo todo, doctor Watson—me dijo.

Yo le referí brevemente cuanto había ocurrido desde la última vez que la vi ; el nuevo método de pesquisa de Holmes, el descubrimiento de *La Aurora*, la aparición de Athelney Jones, nuestra expedición nocturna, y la encarnizada cacería en el Támesis. Ella escuchaba con la boca entreabierta y ojos brillantes el relato de nuestras aventuras. Cuando le hablé del dardo que tan cerca nos había pasado, se puso tan pálida que yo temí se fuera á desmayar.

—No es nada—me dijo ella, al ver que yo me apresuraba á servirle un poco de agua.—Ya estoy bien. No he podido dominar la impresión que me produjo el saber que mis amigos se habían visto por causa mía en un peligro tan horrible.

—Ya he terminado mi relato—le dije,—y no hablemos del peligro. Dejemos los pormenores lúgubres, que tampoco ya no hay más ; y pase-mos á algo más alegre. El tesoro está allí. ¡ Qué cosa más alegre ! He obtenido el permiso de traerlo yo mismo, porque creí que usted tendría interés en ser la primera en verlo.

—Sí ; tendría interés en verlo—repitió ella ;

—pero su voz no denotaba ansiedad, aunque debía parecerle poco atento de su parte mostrarse indiferente con respecto á lo que había costado tanto trabajo conseguir.

—¡Qué lindo cofre!—exclamó, mirándolo atentamente.—Parece trabajo indio.

—Sí; de las famosas obras de metal de Benarés.

—¡Y qué pesado!—exclamó tratando de alzarlo.—Sólo el cofre vale bastante. ¿Y la llave?

—Small la arrojó al Támesis—contesté.—Pero usted me prestará un formón.

En la parte delantera del cofre había un pestillo, muy grueso y muy sólido, en el que estaba grabada una imagen de Buda, sentado. Metí por debajo la punta del formón, y lo levanté como una palanca. El pestillo saltó ruidosamente, y yo alcé la tapa con mano temblorosa. Ambos nos miramos con asombro. ¡El cofre estaba vacío!

No había que admirarse de que fuera tan pesado. Las paredes, de hierro macizo, tenían una pulgada de grueso. Era un cofre sólido y bien fabricado, una especie de arca hecha para el transporte de objetos de gran valor. Pero en su interior no había una sola joya, ni el más pequeño trozo de metal. Estaba absoluta, completamente vacío.

—El tesoro se ha perdido—dijo con calma la señorita Morstan.

Cuando oí estas palabras y comprendí lo que ellas significaban, me pareció que se me quitaba de encima un gran peso. Hasta el momento en que el tal tesoro de Agra desaparecía no había sabido cuánto pesaba sobre mi alma. Aquello era egoísta, sin duda, desleal, malo en el sentido que se quiera ; pero el hecho es que yo no alcanzaba á comprender sino una cosa : ya no existía la barrera de oro que nos había separado.

—¡ Gracias á Dios !—fueron las palabras que salieron del fondo de mi corazón.

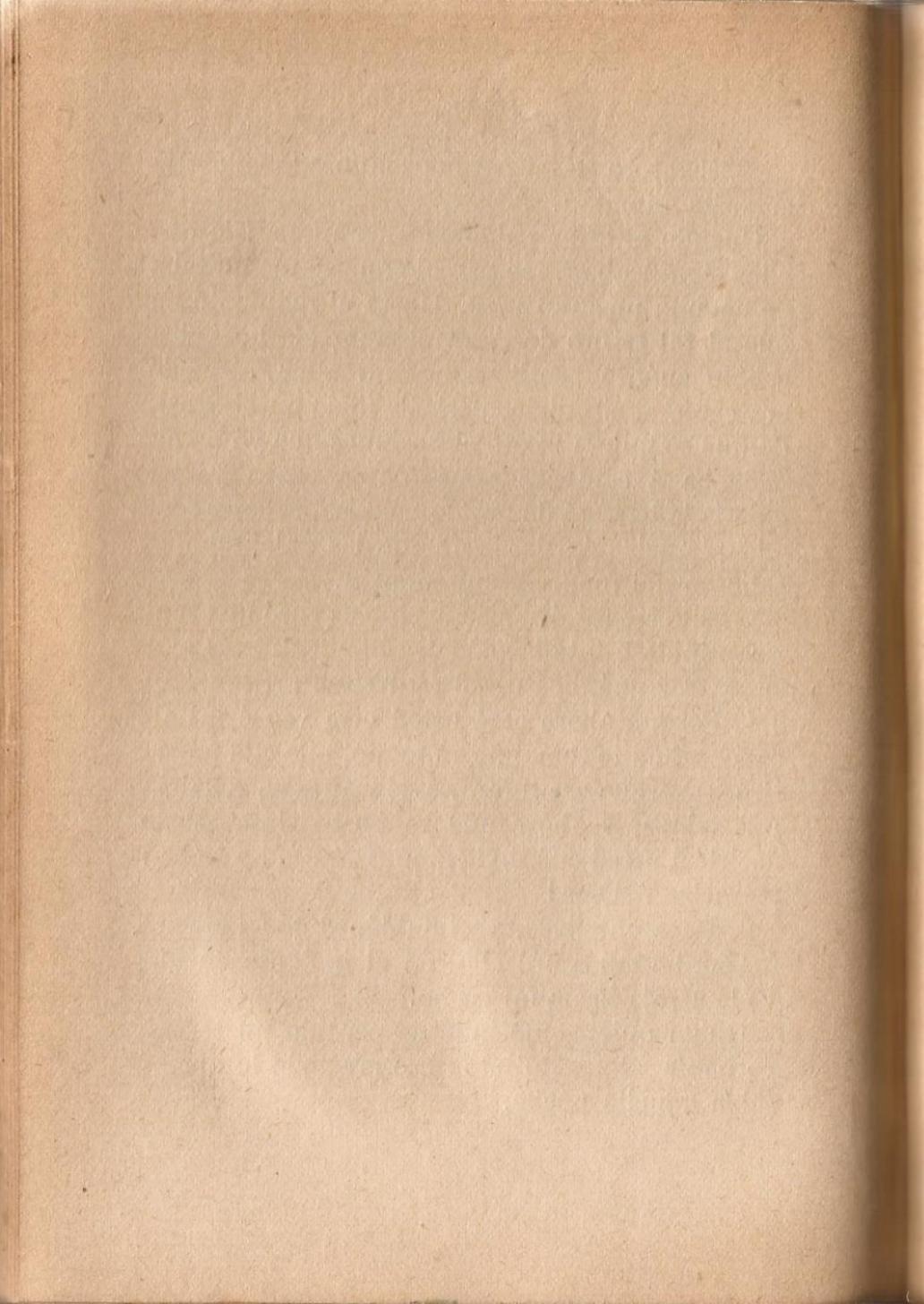
—Ella me miró, y por sus labios pasó una sonrisa rápida é interrogadora.

—¿ Por qué dice usted eso ?—me preguntó.

—Porque ahora está usted otra vez á mi alcance—le dije tomando su mano, que ella no retiró.—Porque ese tesoro, esas riquezas, sellaban mis labios, y ahora que ya no existen, puedo decirle á usted cuánto la amo. Por eso he dicho : ¡ Gracias á Dios !

—Pues entonces, yo también digo : ¡ gracias á Dios !—murmuró ella, en el instante en que yo la atraía hacia mi pecho.

Quien quiera que hubiese perdido un tesoro, yo había adquirido uno : eso era todo lo que yo sabía aquella noche.



XII

La extraña historia de Jonathan Small.

Hombre muy paciente era el inspector que me esperaba en el carruaje, pues mucho tiempo pasó antes de que yo bajara. Su rostro se cubrió de sombras cuando le enseñé el cofre vacío.

—¡ Adiós justificación!—dijo con melancólico acento.—No hay dinero de por medio, inútil esperar la recompensa. Esta noche nos habría producido á Sam Brown y á mí lo menos cincuenta pesos á cada uno, si el tesoro hubiera estado en la caja.

—El señor Tadeo Sholto es rico—le observé, —y con tesoro ó no los gratificará á ustedes.

Sin embargo, el inspector movió la cabeza desconsoladamente.

—Mala operación—repitió ;—y lo mismo ha de pensar el señor Athelney Jones.

Su predicción era correcta, pues el detective se puso lívido cuando, al llegar á casa, le hice ver el cofre vacío. Jones y Holmes acababan de llegar con el preso, habiendo cambiado sus planes en el sentido de presentarse en una estación de policía del tránsito, y dar parte de lo ocurrido.

Mi compañero estaba medio tendido en su sillón, con su acostumbrada impresión de indiferencia, y Small, sentado frente de él, la pierna de palo cruzada con la de carne y hueso, fijaba en el espacio su estoica mirada. Cuando abrí el cofre para enseñar su interior vacío, el cojo se recostó en el respaldo de la silla, y se echó á reir ruidosamente.

—Eso es obra de usted, Small—le dijo Athelney Jones, colérico.

—Sí ; y el tesoro está en un lugar en que jamás podrán ustedes apoderarse de él—exclamó triunfante.—Ese tesoro es mío, y ya que no me es posible gozarlo, he tomado mis medidas para que nadie se aproveche de él. He dicho y repito que ningún ser viviente, aparte de mí y tres presidiarios que se encuentran todavía en las Andaman, tienen derecho á esas riquezas ; y viendo que no iban á servirnos á mí ni á ellos, resolví hacerlas desaparecer, tanto por ellos como por mí ; ellos me han autorizado para obrar,

así como para dejar siempre constancia de «La señal de los cuatro.»

Bueno, pues sabiendo que mis compañeros me aprobarían, he echado el tesoro en el Támesis, para que no lo gocen las crías de Sholto ni las de Morstan. No fué para enriquecer á éstos por lo que nosotros suprimimos á Achmet. Si quiere usted encontrar el tesoro vaya á buscarlo en el mismo sitio en que están la llave y el Tonguita. Apenas vi que la lancha de ustedes iba á alcanzarnos, lo eché todo al agua. Por esta vez no hay rupias para ustedes.

—Usted quiere engañarnos, Small — le dijo Athelney Jones en tono severo.—Si usted hubiera querido en realidad arrojar el tesoro al Támesis, más fácil le habría sido arrojarlo con cofre y todo.

—Fácil para mí arrojarlo, pero más fácil para usted recuperarlo—contestó el presidiario, mirándolo de soslayo y con encono.—La persona con suficiente inteligencia para haberme descubierto y perseguido, lo sería también para sacar una caja de hierro del fondo del río. Pero ahora que las joyas están desparramadas en un espacio de cinco millas ó algo así, la tarea será un poco más difícil. Confieso que, al hacerlo, me dolió el corazón, pero, cuando vi que ustedes iban á alcanzarnos, me puse como un loco. Sin

embargo no hay motivo para afligirse. He tenido altos y bajos en mi vida, y me he acostumbrado ya á no lamentarme cuando se derrama la leche.

—El asunto es de los más serios, Small—dijo el detective.—Si en vez de proceder así, hubiera usted tratado de ayudar á la justicia, ésta habría sido benévola para con usted.

—¡ Justicia!—rugió el presidiario.—¡ Linda justicia! ¿ Para quién es la justicia? ¿ Para nosotros? ¿ Dónde está la justicia, para participar de ella los que la necesitan? ¡ Miren ustedes cuánto me ha favorecido á mí! Veinte largos años en aquel pantano, semillero de fiebres, todo el día trabajando en pleno sol, toda la noche encadenado dentro de las inmundas cuadras, devorado por los mosquitos, consumido por las tercianas, maltratado por cada uno de esos infames negros empleados como guardianes, que se complacen en sacar la piel á los blancos.

Ese es el precio que yo he pagado por el tesoro de Agra, ¡ y usted me habla de justicia porque ve que no me es posible soportar la idea de que otro venga á gozar del fruto casual de mis desventuras! Preferiría ser ahorcado veinte veces, ó recibir en el pecho uno de los dardos del Tonga, á vivir en un calabozo de presidiario y saber que otra persona vive cómodamente en un palacio, con un dinero que me pertenece á mí.

Small había arrojado su máscara de estoicismo. Su discurso era un desordenado torrente de palabras, sus ojos arrojaban chispas, y las esposas que lo sujetaban se entrechocaban con la agitación de la manos. Al ver la furia que se retrataba en su rostro, comprendí cuán fundado y natural era el terror que se había apoderado del mayor Sholto al saber que el presidiario defraudado por él había salido en su busca.

—Usted olvida que nosotros no sabemos nada del asunto—le dijo Holmes con mucha calma.— Todavía no nos ha referido usted su historia, y, por consiguiente, no podemos saber si la justicia ha estado ó no al principio de su lado.

—Usted me ha hablado, señor, con mucha bondad, aunque comprendo que es á usted á quien tengo que agradecer estos brazaletes que me aprietan las muñecas. Pero no le guardo rencor por esto, porque lo que me pasa cabía en lo posible. Si usted quiere conocer mi historia, no hay motivos para que yo la oculte. Lo que voy á decirle á usted es la verdad, como hay Dios, palabra por palabra. Gracias : ponga usted la copa aquí, junto á mi boca, para poder beber un trago si me da sed.

«Soy del Worcestershire, nacido cerca de Pershore. Si usted fuera por allá, encontraría un montón de Smalls que todavía quedan. A veces

»he pensado en ir á dar una vuelta por mi pueblo,
»pero la verdad es que nunca he sido el orgullo
»de la familia, y dudo de que ésta tuviera gusto
»en volverme á ver. Todos mis parientes han si-
»do gente de orden, concurrentes asiduos á la
»iglesia, agricultores en pequeña escala, conoci-
»dos y respetados en todo el país en el tiempo
»en que yo comencé, niño todavía, á causarles
»disgustos. Pero, cuando acababa de cumplir
»dieciocho años, cesé de molestarlos, pues por
»culpa de una muchacha me vi á punto de ser
»arrestado, y no tuve más medio de escapar que
»aceptar el dinero de la Reina y entrar en el 3.º
»de Buffs, que salía para la India.

»Sin embargo, mi vocación de militar no era
»muy grande, y todavía no había aprendido bien
»á cambiar el paso y á manejar mi carabina,
»cuando un día cometí la locura de ponerme á
»nadar en el Ganges. Felizmente para mí, John
»Holder, el sargento de mi compañía, estaba
»bañándose en ese momento y era uno de los
»mejores nadadores del ejército. Un cocodrilo
»me agarró de repente y me llevó la pierna dere-
»cha con tanta limpieza como un cirujano pu-
»diera haberla amputado, un poco más arriba
»de la rodilla. El dolor y la pérdida de sangre
»me hicieron caer en desvanecimiento, y es se-
»guro que me habría ahogado, si Holder no me

»hubiera cogido de las ropas y arrastrado á la orilla.

»Cinco meses estuve en cama, y cuando por fin pude levantarme, con ayuda de esta pata de palo añadida á mi pierna, había sido dado de baja del ejército por inválido, y no sabía para qué podría servir.

»Como usted puede imaginarse, en ese tiempo no me sonreía la suerte. Aun no había cumplido veinte años, y ya me creía inservible ; pero pronto me convencí de que mi infortunio no era más que una bendición del Cielo, disfrazada. Un hombre llamado Abel White, que había llegado al país para ocuparse del cultivo del añil, necesitaba un capataz que vigilara á sus peones en el trabajo. Era amigo de nuestro coronel, el que se interesaba por mí desde mi accidente ; y, para acortar la historia, baste con decir que el coronel me recomendó empeñosamente para ese empleo, que yo podía desempeñar sin que mi pierna de palo fuese un obstáculo, pues se trataba de estar siempre á caballo ; el pedazo de pierna que me quedaba me servía suficientemente para sujetarme en la silla.

»Lo que tenía que hacer era recorrer los campos á caballo, vigilar á los trabajadores y pasar una lista de los perezosos. El sueldo era bueno,

»el alojamiento cómodo, y no me desagradaba
»la perspectiva de pasar el resto de mi vida en
»el cultivo del añil. El señor Abel White era
»hombre muy amable, y con frecuencia iba á
»mi cuartito á fumar una pipa conmigo; los
»blancos, en esos países, se sienten atraídos los
»unos á los otros con un calor desconocido aquí
»en Inglaterra, cuando las condiciones sociales
»son diferentes.

»Pues, señor, la suerte no me ha favorecido
»jamás por largo tiempo. De improviso, sin que
»nadie lo imaginara, estalló la gran revuelta.
»Un mes antes, la India entera estaba, según
»todas las apariencias, tan tranquila como Su-
»rrey ó Kent; un mes después había doscientos
»mil diablos negros sueltos por todo el país, y
»éste se hallaba convertido en un perfecto in-
»fierno.

»Naturalmente, ustedes, señores, conocen to-
»do eso mucho mejor que yo, pues la lectura no
»entra en mis facultades. Yo no sé más que lo
»que pasó á mi vista. Nuestra finca estaba en
»un lugar llamado Muttra, cerca del límite de las
»provincias del Noroeste. Noche tras noche se
»iluminaba el cielo con el incendio de los case-
»ríos, y día tras día pasaban por nuestra casa
»las caravanas de europeos con sus esposas y

»niños, en dirección á Agra, la guarnición más
»cercana.

»El señor Abel White era muy obstinado. Se
»le había metido en la cabeza que todos exage-
»raban el asunto y que la revuelta se desvanecería
»tan fácilmente como había prendido. Se
»pasaba los días en el terrado, bebiendo whisky
»y fumando, mientras el país entero ardía en su
»derredor. Por supuesto, que nosotros no lo
»abandonamos; yo y Dawson, el cual llevaba
»los libros del establecimiento y tenía allí á su
»esposa.

»Bueno. Un día vino la catástrofe. Yo había
»ido á un punto algo lejano y regresaba por la
»tarde, despacio, en mi caballo, cuando mi vista
»tropezó con algo amontonado en el fondo de
»una barranca. Dirigí hacia allí el caballo, y
»sentí frío en el corazón al ver que el montón lo
»formaban los restos de la mujer de Dawson; la
»habían acuchillado hasta destrozarla, y los cha-
»cales y perros salvajes la habían ya devorado
»en parte. Un poco más adelante estaba el mis-
»mo Dawson, echado de cara, bien muerto, em-
»puñando todavía con la mano derecha el re-
»vólver descargado, y enfrente tenía los cadáve-
»res de cuatro cipayos.

»Detuve mi caballo, reflexionando qué direc-
»ción tomaría, pero en este momento vi que de

»la casa de Abel White salía una columna de
»humo, y poco después las llamas se abrieron pa-
»so á través del techo. Comprendí entonces que
»nada podía hacer por mi patrón, y que con mez-
»clarame en el asunto arriesgaría inútilmente la
»vida. Desde el lugar en que me encontraba dis-
»tinguía centenares de esos endemoniados ne-
»gros, todavía vestidos con la casaca roja, que
»bailaban y aullaban en torno de la casa quema-
»da. Algunos de ellos llamaron la atención de los
»otros sobre mí y sentí el silbido de un par de
»balas cerca de mi cabeza ; entonces lancé mi
»caballo por entre los terrenos sembrados, y tar-
»de de la noche me encontré en Agra, sano y
»salvo.

»Pero pronto vi que allí tampoco estábamos
»muy seguros. El país se agitaba de un extremo
»á otro como un avispero. En los lugares en que
»los ingleses conseguían reunirse en pequeñas
»partidas, apenas podían dominar el terreno que
»se hallaba dentro del alcance de sus cañones, y
»los que no se ponían á cubierto de esos refugios,
»andaban fugitivos y desamparados. Era una lu-
»cha de millones contra centenares, y lo más
»cruel era que los hombres contra quienes luchá-
»bamos, ya pertenecieran á la infantería, la ca-
»ballería ó la artillería, salían de nuestras tropas
»escogidos, enseñados y disciplinados por nos-

»otros, manejaban nuestras armas y tocaban
»nuestras cornetas para reunirse y atacarnos.

»En Agra estaba el tercero de fusileros de
»Bengala, algunos sikas, dos escuadrones de ca-
»ballería y una batería de artillería. Se había for-
»mado además un cuerpo de voluntarios, com-
»puesto de empleados públicos y comerciantes,
»y á él me incorporé á pesar de mi pierna de ma-
»dera. A principio de julio salimos al encuentro
»de los rebeldes de Shahgungé, y les infligimos
»una primera derrota; pero la pólvora se nos
»agotó y tuvimos que replegarnos sobre la ciu-
»dad.

»De todos los alrededores no recibíamos más
»que malas noticias, lo que no debe causarles ad-
»miración á ustedes, pues, si echan una ojeada al
»mapa, verán que nos hallábamos precisamente
»en el corazón de la revuelta. Lucknow está á
»menos de cien millas al este de Agra, y Cawn-
»pore á una distancia casi igual hacia el Sur. En
»cualquier dirección que hubiéramos mirado, no
»habríamos visto más que torturas, asesinatos y
»violaciones.

»La ciudad de Agra es grande, y en ella hor-
»migaban toda clase de fanáticos y feroces
»adoradores del diablo en todas sus formas. Era-
»mos un puñado de hombres y estábamos perdi-
»dos si seguíamos en esas calles estrechas y tor-

»tuosas, por lo cual nuestro jefe resolvió que nos
»trasladásemos á la otra orilla del río y que to-
»máramos posesión de la antigua fortaleza de
»Agra.

»No sé si alguno de ustedes, señores, ha oído
»hablar alguna vez de esa vieja fortaleza. Es un
»lugar muy raro, el más curioso en que jamás
»me he hallado, y eso que no he dejado de rodar
»por algunos extraños rincones. Antes que todo,
»su extensión es enorme ; me atrevería á asegu-
»rar que sus muros encierran varios acres de te-
»rreno. La parte moderna es muy grande, y en
»ella se estableció la guarnición con mujeres, ni-
»ños, almacenes y el resto. Pero con ser tan
»grande esta parte moderna, no cabe compara-
»ción entre ella y la antigua, adonde nadie va, y
»que los escorpiones y ciempiés poseen en pro-
»piedad absoluta. La componen enormes y de-
»siertos patios, pasadizos azotados por el viento,
»y largos corredores que se cruzan y enmarañan
»de tal manera, que lo más fácil es perderse en
»ellos. Por esa razón era muy rara la vez que al-
»guien se aventuraba por allí, á no ser cuando al-
»gún grupo emprendía una exploración, auxilia-
»do por buenas antorchas.

»Las aguas del río lamen la parte delantera
»del fuerte, y le sirven así de protección ; pero
»en las fachadas laterales y en las de atrás, tan-

»to de la parte vieja del edificio como de la nueva, hay muchas puertas, que naturalmente tenían que ser bien custodiadas. La guarnición era reducida, y el número de hombres que la componía difícilmente podía alcanzar para cubrir los puestos de los cuatro ángulos y manejar los cañones. De allí resultaba la imposibilidad de apostar una fuerte guardia en cada una de las innumerables entradas, y lo que hicimos fué organizar un cuerpo central de guardia en el medio del fuerte, y dejar cada puerta á cargo de un europeo y dos ó tres indígenas.

»Yo fuí escogido para guardar durante ciertas horas de la noche una pequeña puerta que se hallaba en el costado sudoeste del edificio, bastante aislada. Me pusieron dos soldados sikas á mis órdenes, y me dieron instrucciones de disparar mi carabina en el caso de que ocurriera algo, á fin de que en el acto acudiera gente del cuerpo de guardia central á auxiliarme. Pero el cuerpo central estaba por lo menos á doscientos pasos de mi puesto, y en ese espacio se enredaba un laberinto de pasadizos y corredores, por lo que siempre abrigué serias dudas en cuanto á la posibilidad de que la gente llegara á tiempo, en el caso de un ataque.

»De todos modos, yo estaba bastante orgulloso con el comando que se me había dado, con-

»siderando que no era más que un simple recluta y que me faltaba una pierna. Durante dos »noches hice la guardia con mis dos punjabeses, »un par de individuos altos y de aspecto imponente, llamados Mahomet Singh y Abdullah »Khan, ambos guerreros consumados que habían peleado contra nosotros en Chillah Wallah.

»Uno y otro hablaban bien el inglés, pero, sin embargo, apenas conseguí que conversaran »conmigo. Preferían estar juntos y charlar en »su extraña jerga sika.

»Por mi parte, pasaba el tiempo al lado exterior de la puerta, la vista perdida en el ancho »río y en las temblorosas luces de la gran ciudad. El ruido de los tambores y tantanes, los »alaridos y aullidos de los rebeldes, ebrios de »opio y licor, eran suficientes para recordarnos, »durante toda la noche, que al otro lado del río »estaban nuestros peligrosos vecinos. El oficial »de servicio pasaba cada dos horas por cada uno »de los puestos, para cerciorarse de que no había novedad.

»La tercera noche de mi guardia fué oscura »y una menuda lluvia caía de través, empujada »por el viento. No era divertido con semejante »tiempo quedarse hora tras hora en la puerta,

»por lo que traté una y otra vez de hacer hablar
»á mis sikas, pero no obtuve resultado.

»La ronda pasó á las dos de la mañana, y por
»un momento rompió el fastidio de la noche.
»Viendo que mis compañeros no querían aceptar
»mi conversación, saqué mi pipa, y puse en el
»suelo mi carabina para encender un fósforo. En
»el mismo instante me asaltaron los dos sikas :
»el uno me apuntó á la cabeza con la carabina,
»el otro me puso en el cuello la punta de un gran
»cuchillo, jurando entre dientes que al menor
»movimiento de mi parte, lo hundiría hasta el
»puño.

»Mi primer pensamiento fué que los dos esta-
»ban confabulados con los rebeldes, y que ese no
»era más que el acto preparatorio de un asalto.
»Caída esa entrada en manos de los rebeldes, el
»fuerte entero les pertenecería, y las mujeres y
»niños que estaban dentro serían tratados como
»los de Cawnpore.

»Ustedes creerán, tal vez, señores, que yo tra-
»to de presentarme con méritos que no tengo ;
»pero les doy mi palabra de que, cuando esa idea
»me pasó por la mente, abrí la boca, aunque sen-
»tía en mi garganta la punta del cuchillo, con la
»intención de lanzar un grito, seguramente el
»último que saliera de mi boca, y hacer que la
»guardia acudiera.

»El hombre del cuchillo adivinó probablemente
»te mi pensamiento, pues en el instante me mur-
»muró al oído :

—»No haga usted ruido. El fuerte está segu-
»ro. En este lado del río no hay ni uno de esos
»perros rebeldes.

»En sus palabras se notaba el acento de la
»verdad, y, además, en sus negros ojos leí que si
»gritaba era hombre muerto. Esperé, pues, en
»silencio, á ver lo que querían de mí.

—»Oigame usted, *sahib*—dijo el más alto de
»los dos, el de mirada más terrible, aquel que
»se llamaba Abdullah Khan.—O es usted de los
»nuestros, ó lo hacemos callar para siempre. La
»cosa es demasiado grande para que dudemos un
»instante. Si no nos jura usted sobre la cruz de
»los cristianos estar en cuerpo y alma con nos-
»otros, su cadáver amanecerá en el río, y nos-
»otros nos pasaremos á nuestros hermanos del
»ejército rebelde. No hay término medio. ¿Qué
»escoge usted : la muerte ó la vida? No podemos
»darle más de tres minutos para reflexionar,
»pues el tiempo pasa, y el asunto debe quedar
»concluido antes de que la ronda vuelva á pa-
»sar.

—»¿Qué puedo decidir yo?—le dije ;—usted
»no me ha dicho todavía si se trata de algo con-
»tra la seguridad del fuerte. En cuanto á esto,

»es inútil hablar : cláveme usted su cuchillo, y
»adiós.

—»No es nada contra el fuerte—me contestó.
»—Lo único que le pedimos á usted es que haga
»aquello por que vienen á este país todos sus
»compatriotas ; le pedimos que quiera ser rico.
»Si consiente usted en ser de los nuestros, le ju-
»raremos sobre la hoja del cuchillo y con el triple
»juramento jamás quebrantado por un sika, que
»usted tendrá una buena porción del lote. La
»cuarta parte del tesoro será suya. No podemos
»ser más justos.

—»Pero, ¿cuál es ese tesoro, pues? Yo estoy
»tan dispuesto á ser rico como pueden estarlo
»ustedes, y sólo espero que me indiquen la ma-
»nera de conseguirlo.

—»¿Jura usted, entonces, por los huesos de
»su padre, por la honra de su madre, por la cruz
»de su religión, no alzar la mano ni pronunciar
»una palabra contra nosotros, ahora ni después?

—»Lo juro—le contesté,—con tal de que en
»ello no corra peligro el fuerte.

—»Pues entonces, mi compañero y yo le jura-
»mos que usted recibirá la cuarta parte del teso-
»ro, el que será dividido por igual entre nosotros
»cuatro.

—»Pero no somos más que tres—observé.

—»No : Dort Akbar debe tener su parte.

»Mientras vienen, voy á decirle á usted de qué
»se trata. Póngase usted en la puerta, Mahomet
Singh, y avísenos cuando vengan.

—»La cuestión es ésta, *sahib*, y voy á decirse-
»la á usted porque sé que cuando un hombre
»jura, hay que tener confianza en su juramento.
»Si hubiera usted sido uno de esos mentirosos
hindús, aunque hubiese jurado por todos los dio-
»ses de sus falsos templos, su sangre habría co-
»rrido bajo el cuchillo, y su cuerpo rodaría por
»las aguas. Pero los sikas conocen á los ingleses
»y los ingleses conocen á los sikas. Escuche us-
»ted, pues, lo que voy á contarle :

»En las provincias del Norte hay un rajá que
»tiene una gran fortuna, aunque su territorio es
»pequeño. Una parte la ha heredado de su pa-
»dre, pero lo más lo ha acumulado él mismo,
»pues es hombre de carácter ruín y prefiere
»guardar el oro á gastarlo. Cuando estalló la re-
»vuelta, quiso ser amigo del león y del tigre á la
»vez—de los cipayos y de las fuerzas de la com-
»pañía ;—pero luego creyó que el fin de los blan-
»cos había llegado, al oír que en todo el país no
»se hablaba más que de su expulsión y de su
»muerte.

»Sin embargo, siendo como es hombre de
»precauciones, trazó sus planes de manera que,
»sucediera lo que sucediera, por lo menos le

» quedara la mitad de su tesoro. Todo lo que era
» oro y plata lo guardó en los sótanos de su pala-
» cio ; y las piedras más preciosas y las perlas
» más escogidas que poseía las puso en un cofre
» de hierro, que entregó á un servidor fiel para
» que, disfrazado de comerciante, lo trajera al
» fuerte de Agra y lo escondiera aquí hasta que
» el país volviera á la paz. De esa manera, si los
» rebeldes triunfaban, le quedaba el dinero ; si la
» compañía era la victoriosa, las joyas estaban
» aquí. Una vez dividida su fortuna, se arrojó en
» la lucha, en favor de los cipayos, porque éstos
» eran los más fuertes en su comarca. Al proceder
» así, fijese usted, *sahib*, sus bienes pueden pa-
» sar á poder de los que han sido fieles al jura-
» mento que prestaron.

» Ese supuesto comerciante, que viaja con el
» nombre de Achmet, está ahora en la ciudad de
» Agra, y desea venir al fuerte. Trae por compa-
» ñero á mi hermano de leche, Dort Akbar, quien
» conoce el secreto ; y le he prometido conducirlo
» esta noche hasta una de las puertas laterales
» de la fortaleza y ha escogido ésta. Dentro de un
» momento estarán aquí, y nos encontrarán á
» Mahomet Singh y á mí esperándolos. El lugar
» es solitario y nadie sabrá que han venido.

» La gente oirá decir que Achmet el comer-
» ciante ha muerto, y nada más, pero nosotros

»nos repartiremos el tesoro del rajá. ¿Qué dice usted, *sahib*?

»En Worcestershire consideramos grande y »sagrada la vida de un hombre, pero en un país »donde todo en vuestro derredor es fuego y sangre, y se tropieza con la muerte á la vuelta de »de cada esquina, el asunto varía de aspecto. »Que Achmet el comerciante hubiera existido ó »no, me era indiferente, mientras que al oír hablar del tesoro, el corazón me había dado un »vuelco, ante la idea de todo lo que podría hacer »con el dinero en mi tierra natal, y de la cara »que mis parientes pondrían al ver que su «nunca bueno para nada» regresaba con los bolsillos »llenos de oro. Así, pues, en el acto me decidí; »pero Abdullah Khan creyó verme vacilante y »se empeñó en hacer más patente su demostración.

—»Piense usted, *sahib*—continuó,—en que si »este hombre cae en manos del comandante, será ahorcado ó fusilado y las joyas irán á parar »á manos del Gobierno, con lo que nadie ganará »ni una rupia. Y si á nosotros nos toca arrestar »al hombre, ¿por qué no nos ha de tocar igualmente el tesoro? Las joyas estarán mejor en »nuestro poder que en las arcas de la compañía. Con ellas tendremos los cuatro más que »suficiente para ser muy ricos y grandes jefes.

»Nadie sabrá lo que ocurra, porque aquí estamos aislados de todos los hombres. ¿Qué otra cosa podríamos exigir? Díganos usted, pues, otra vez, *sahib*, si está con nosotros ó si debemos considerarlo como enemigo.

—»Estoy con ustedes en cuerpo y alma—le contesté.

—»Bien—me dijo él entonces, devolviéndome la carabina.—Ya ve usted que tengo confianza en su palabra, y que sé que no ha de faltar usted á ella como nosotros no faltaremos á la nuestra. Ahora no tenemos más que esperar á mi hermano y al comerciante.

—»¿Y su hermano sabe lo que va á pasar?—le pregunté.

—»Suyo es el plan : él lo ha combinado. Ahora vamos á la puerta á reunirnos con Mahomet Singh.

»La menuda lluvia seguía cayendo : era el principio de la estación lluviosa. Negros nubarrones cruzaban el firmamento, y era difícil distinguir nada á la distancia. Delante de la puerta había un barranco, en cuyos bordes estaba el suelo casi seco : el paso hasta el fuerte era fácil. Yo me asombraba de verme en aquel sitio en compañía de dos feroces punjabeses, esperando á un hombre para asesinarlo.

»De pronto distinguí el fulgor de una linterna

»sorda al otro lado del charco. La luz desapare-
»cía luego en una ondulación del terreno, y á
»poco volvió á aparecer, avanzando lentamente
»en nuestra dirección.

—»¡ Allí están!—exclamé.

—»¡ Déles usted el ¡ quién vive! *sahib*, como
»de costumbre—murmuró Abdullah.—Que no
»tengan motivos de desconfianza. Después há-
»galos usted entrar con nosotros, y espérese aquí
»de guardia mientras nosotros hacemos lo de-
»más. Tenga usted lista la linterna para verles
»bien la cara y convencernos de que viene el
»hombre que esperamos.

»La luz se acercaba, ya deteniéndose un ins-
»tante, ya avanzando lentamente, hasta que vi
»dos bultos negros al otro lado del barranco y
»ya en la misma orilla. Antes de darles el ¡ quién
»vive! dejé que bajaran al fondo, atravesaran el
»agua empozada allí y se encontraran á medio
»subir la pendiente de nuestro lado.

—»¿ Quién vive?—dije á media voz.

—»¡ Amigos!—fué la respuesta.

»Abrí mi linterna, y el torrente de luz les dió
»de lleno.

»El primero era un enorme sika, con una bar-
»ba negra que llegaba casi hasta la cintura. Yo
»no había visto jamás un hombre tan alto, á no
»ser en alguna exhibición. El otro era chiquito,

»gordo, redondo, con un turbante amarillo, y un
»bulto en la mano, envuelto en un chal. Parecía
»tener mucho miedo, pues las manos le tembla-
»ban como si tuviera tercianas y movía la cabe-
»za incesantemente á derecha é izquierda, pa-
»seando por todas partes sus ojos diminutos y
»brillantes : se asemejaba á un ratón en el mo-
»mento de salir del agujero. La idea de que iba-
»mos á matarlo me dió un calofrío ; pero luego
»pensé en el tesoro, y el corazón se me puso du-
»ro como una piedra.

»Cuando el hombre vió mi cara blanca dió un
»chillido de gozo y corrió hacia mí.

—»¡ Protéjame usted, *sahib*—dijo con voz en-
»trecortada,—protéjame usted !—He atravesado
»todo el Rajpootona para buscar refugio en el
»fuerte de Agra. Me han robado, me han maltra-
»tado, me han ultrajado porque he sido fiel á la
»compañía. Bendita sea esta noche, en que por
»fin me encuentro en salvo, con mis escasos
»bienes.

—»¿ Qué trae usted en ese bulto? — le pre-
»gunté.

—»Una caja de hierro que contiene algunos
»objetos de familia que no desearía perder, aun-
»que no son de valor. Esto no quiere decir que
»yo sea un mendigo, y tanto á usted, joven *sa-*

»hib, como al gobernador, los recompensaré si
»me dan el asilo que vengo á pedir.

»Imposible me fué seguir hablando con aquel
»hombre. Mientras más miraba su gorda y asus-
»tada cara más duro se me hacía pensar en que
»lo íbamos á matar á sangre fría. Lo mejor era
»concluir de una vez.

—»Llévenlo al cuerpo principal de guardia—
»dije.

»Los dos sikas se le pusieron uno á cada lado,
»el gigante por detrás, entrando así el grupo por
»la puerta. Jamás hombre alguno se encaminó
»tan tranquilamente á la muerte. Yo me quedé
»en mi puesto acostumbrado.

»Desde allí oí el mesurado paso de los tres á
»lo largo de los desiertos corredores. De impro-
»viso cesaron las pisadas, llegó á mis oídos el
»ruido de voces ahogadas, de una sorda lucha y
»fuertes golpes. Al cabo de un momento sentí,
»horrorizado, que alguien corría en mi dirección,
»respirando fuertemente, como si el aliento fue-
»ra faltándole. Dirigí la luz de mi linterna hacia
»el largo y recto pasadizo, y vi al hombre gordo
»que se iba acercando, rápido como el viento, la
»cara bañada en sangre, y detrás de él, saltando
»como un tigre, al enorme sika de barba negra :
»un cuchillo brillaba en su mano.

»Nunca he visto á nadie correr tan ligero co-

»mo al gordo comerciante. Iba ganando terreno
»al sika y me di cuenta de que, si conseguía salir
»al aire libre, nadie podría alcanzarlo. El corazón
»se me oprimía de compasión, pero otra vez me
»acometió la idea del tesoro, más y más impera-
»tiva.

»El hombre pasaba en este instante por delan-
»te de mí. Le metí mi carabina por entre las
»piernas, y lo vi dar dos vueltas, como una liebre
»herida de muerte. Antes de que pudiera siquie-
»ra incorporarse, ya el sika estaba encima de él
»y le hundía dos veces el cuchillo en el costado.
»Achmet no exhaló un gemido ni movió un mús-
»culo : allí donde había caído permaneció inmó-
»vil. Yo creo que en la caída se descalabró. Ya
»ven ustedes, señores, que cumplo mi promesa
»de decirles lo ocurrido, exactamente, palabra
»por palabra, séame ó no favorable.»

Jonathan Small suspendió su relato y alzó sus maniatadas manos para beber whisky con agua que Holmes le había servido.

Confieso que por mi parte sentía en ese momento el más invencible horror por ese hombre, no solamente por su intervención á sangre fría en tan atroz asesinato, sino todavía más por la indiferencia y hasta cierto punto la coquetería con que narraba la espantosa historia. Cualquiera que fuese el castigo que le estaba reser-

vado, yo sabía que jamás podía contar con mis simpatías. Sherlock Holmes y Jones, silenciosos y con las manos puestas en las rodillas, seguían con profundo interés el relato, pero en sus rostros se retrataba el mismo disgusto que yo sentía. Es probable que Small lo notara, pues cuando nos dirigió de nuevo la palabra, había en su voz y en sus maneras un tinte de desconfianza.

—«Aquello fué muy malo, no cabe duda—dijo,
»—pero yo desearía saber cuántas personas habrían rehusado, encontrándose en mi lugar, esa fortuna que se me ofrecía, cuando hubieran sabido que, al no aceptarla, serían degollados.
»Después, estando ya el hombre dentro del fuerte, yo tenía que decidirme entre mi vida y la suya. Si lograba escaparse, todo se descubriría, y á mí me habrían formado consejo de guerra y probablemente fusilado, pues en tiempos como esos no abunda la clemencia.»

—Prosiga usted su historia—le dijo Holmes en breve tono.

—«Bueno. Lo llevamos al interior, entre Abdullah, Akbar y yo. No dejaba de pesar bastante, por más que fuese de baja estatura. Mahomet Singh se quedó de guardia en la puerta.

»Los sikas habían preparado ya un lugar para enterrar al muerto. Se hallaba á alguna distan-

»cia de la puerta, en un gran patio cuyas baldos-
»sas estaban todas destrozadas. El suelo se ha-
»bía hundido en un rincón formando una tumba
»natural, y en ella depositamos al comerciante
»Achmet, cubriéndolo primero con una canti-
»dad de pedazos de baldosa. Hecho lo cual, vol-
»vimos en busca del tesoro.

»Este se encontraba en el mismo sitio donde
»lo había dejado caer Achmet al verse atacado.
»El cofre era el mismo que ahora está abierto en
»esa mesa. La llave colgada de un cordón de se-
»da atado á aquella asa cincelada que hay en la
»tapa.

»Lo abrimos, y la luz de la linterna irradió so-
»bre una porción de piedras preciosas, parecidas
»á las de los cuentos que yo leía en Pershore
»cuando era niño. La vista de tantas riquezas ce-
»gaba.

»Una vez que hubimos regocijado nuestros
»ojos con tanta y tan rica pedrería, nos pusimos
»á hacer una lista del tesoro. Había ciento cua-
»renta y tres diamantes de la primera agua y en-
»tre ellos uno, que, según creo, ha sido llamado
»«El Gran Mogol» y parece que, de todos los que
»existen, es el segundo en tamaño.

»Después contamos noventa y siete esmeral-
»das finísimas y ciento setenta rubíes, de los cua-
»les, sin embargo, algunos eran pequeños. Ha-

»bía también cuarenta carbunclos, doscientos
»diez zafiros, sesenta y una ágatas, y gran canti-
»dad de berilos, ónix, ojos de gato, turquesas y
»otras piedras, cuyos nombres no conocía yo en-
»tonces, pero que después aprendí. Además, en-
»contramos cerca de trescientas perlas muy fi-
»nas, de las cuales doce estaban engarzadas en
»un cordón de oro. Y ahora que hablo de éstas
»les diré á ustedes que cuando recuperé el cofre
»ya no las encontré.

»Después que hubimos contado nuestras ri-
»quezas, las volvimos á poner en el cofre y carga-
»mos con éste para enseñárselo á Mahomet
»Singh. Allí en la puerta, renovamos todos nues-
»tro juramento de sostenernos mutuamente en
»cualquier caso y guardar con fidelidad nuestro
»secreto. Convinimos luego en esconder el te-
»soro en un lugar seguro hasta que el país estu-
»viera otra vez en paz para dividirnos entonces
»las riquezas por igual. Era inútil hacer el re-
»parto en seguida, pues si se hubiera encontrado
»en nuestro poder una sola de las piedras pre-
»ciosas, habrían nacido las sospechas, y, por otra
»parte, ninguno de nosotros tenía dentro del
»fuerte dónde ocultar lo que le tocara.

»Llevamos, pues, el cofre al mismo patio don-
»de habíamos enterrado el cadáver, y allí, al pie
»de la pared mejor conservada y bajo ciertas bal-

»dosas que nos fijamos bien, cavamos un hueco,
»en el que pusimos el tesoro. Tomamos cuidado-
»samente nota del lugar, y yo tracé al día si-
»guiente cuatro planos, uno para cada uno de
»nosotros. Todos pusimos una señal especial al
»pie de cada plano, para atestiguar el juramento
»que habíamos hecho de proceder siempre el uno
»por los demás, para que ninguno pudiera sacar
»ventaja. Con la mano sobre mi corazón puedo
»jurar que yo no he quebrantado este juramento.

»Creo inútil decirles, señores, cómo terminó
»la rebelión de la India. Con la toma de Delhi
»por Wilson y la liberación de Lucknow por sir
»Colin, la base de la revuelta estaba destruida.
»Nuevas tropas fueron llegando, y Nena Sahib
»tuvo que retirarse á la frontera. Una columna
»volante, comandada por el coronel Greathead,
»llegó á Agra y ahuyentó á los rebeldes. La paz
»iba restableciéndose en el país, y nosotros cua-
»tro comenzábamos á ver cercano el día en que
»podríamos alejarnos, exentos de peligros, y con
»nuestra cuantiosa fortuna. Pero nuestras espe-
»ranzas se desvanecieron en un instante: los
»cuatro fuimos arrestados como asesinos de
»Achmet.

»La cosa pasó de esta manera. Cuando el ra-
»já confió sus pedrerías á Achmet, lo hizo por-
»que conocía que éste era un mercader de su con-

»fianza : pero los orientales son muy desconfiados, y ¿qué hizo el rajá, sino comisionar á un segundo servidor suyo, en quien tenía mucha más confianza, y enviarlo á espiar al primero? »Este hombre tenía orden de no perder de vista un solo instante á Achmet y seguirlo como su sombra. Aquella noche lo siguió y lo vió entrar por nuestra puerta. Seguro, pues, de que se había refugiado en el fuerte, al día siguiente pidió se le asilara, y una vez adentro buscó á Achmet, pero no pudo encontrar el menor rastro de su persona.

»Esto le pareció tan extraño al espía, que se dirigió á un sargento y le comunicó sus temores haciendo que el sargento diera parte al comandante. Un rápido registro concluyó con el descubrimiento del cadáver ; y así fué cómo, en el mismo momento en que nosotros nos creíamos en salvo, fuimos aprehendidos los cuatro y enjuiciados bajo la acusación de asesinato, nosotros tres como guardianes de la puerta en esa noche, y el otro porque se le había visto en compañía de la víctima.

»En el proceso no se habló ni una sola palabra del tesoro, pues el rajá había sido depuesto y expulsado de la India, y nadie más que él podía haber revelado la verdad ; pero el asesinato resultó probado, y nosotros convictos de ha-

»berlo ejecutado. Los tres sikas fueron condena-
»dos á trabajos forzados perpetuos, y yo á muer-
»te ; pero después me conmutaron la sentencia
»y quedé en igual condición que los otros.

»¡ Extraña posición la nuestra ! Los cuatro nos
»encontrábamos con la cadena al pie, nuestras
»probabilidades de escape eran casi nulas, y
»mientras tanto, con el secreto que poseíamos
»habríamos podido vivir cada uno en un palacio.

»Era cosa de arrancarse á pedazos el corazón
»el tener que soportar las patadas y puñetazos
»de cualquier miserable guarda-chusma, y no co-
»mer más que arroz, y no beber más que agua,
»cuando la fortuna estaba allí cerca, esperando
»únicamente que extendiéramos hacia ella la
»mano. Al principio temí volverme loco, pero
»siempre he sido muy terco, y conseguí dominar
»mi impaciencia, esperando que el buen momen-
»to había de presentarse.

»Un día me imaginé que éste había llegado
»por fin. Los cuatro fuimos transportados de
»Agra á Madrás, y de allí á la isla Blair, del
»grupo de las Andaman. Los presidiarios blan-
»cos son raros en ese punto, y como mi conducta
»había sido buena desde el principio, llegué pron-
»to á gozar de ciertos privilegios. Me dieron una
»choza en el pueblo de Esperanza, pequeño lu-
»gar situado en la falda del monte Hariet, y me

»dejaron bastante libertad para pasearme. El
»lugar es malsano, un semillero de fiebres, y sus
»alrededores estaban infestados por caníbales,
»siempre listos para aprovechar la oportunidad
»de lanzarnos un dardo emponzoñado.

»Había que dragar, abrir fosos, cultivar bata-
»tas, y una docena más de cosas, de modo que
»en todo el día no cesábamos de trabajar, pero
»en la noche podíamos disponer de nuestro tiem-
»po hasta cierta hora. En esos momentos apren-
»dí, entre otras cosas, á preparar medicinas con
»el médico y hasta llegué á saber algo de enfer-
»medades y curaciones.

»Esto no impedía que yo viviese constante-
»mente alerta, espiondo la oportunidad de esca-
»parme ; pero la isla se halla á cientos de millas
»de otras costas, y en esos mares el viento sopla
»poco ó nada : fugarse, pues, era obra sumamen-
»te difícil.

»El doctor Somerset, médico del estableci-
»miento, era un joven alegre, muy aficionado á
»todo género de sport, y los otros oficiales jóve-
»nes se reunían por las noches en su departa-
»mento á jugar á los naipes. La pieza destinada
»á botiquín, donde yo acostumbraba á preparar
»las drogas, era la contigua á la sala del médico,
»y ambas se comunicaban por una pequeña ven-
»tana. Con frecuencia, aburrido por la soledad,

»apagaba la luz, y puesto de pie delante de la
»ventana, me ponía á verlos jugar y oír su con-
»versación ; soy muy aficionado á los naipes, y
»mirándolos me hacía la ilusión de estar jugando
»yo mismo. Los jugadores eran el mayor Sholto,
»el capitán Morstan, el teniente Bromie y
»Brown, es decir, los tres jefes de la guarnición,
»y luego el médico, y dos ó tres empleados del
»presidio, veteranos de la baraja, que jugaban
»con elegancia, con mucha calma y gran pru-
»dencia. La partida era siempre interesante.

»Pues bien ; pronto me chocó una cosa extra-
»ña : que los paisanos ganaban siempre y los mi-
»litares nunca dejaban de perder. No quiero de-
»cir nada malo, pero eso era lo que pasaba. Los
»empleados de la prisión no habían hecho, des-
»de que se encontraban en las Andaman, otra
»cosa que jugar á los naipes, y se conocían mu-
»tuamente el juego punto por punto, mientras
»que los oficiales sólo trataban de pasar el tiem-
»po y eran muy descuidados.

»Noche tras noche se vaciaban los bolsillos de
»los militares y éstos se empeñaban más en ju-
»gar mientras más iban perdiendo. Al mayor
»Sholto le iba peor que á nadie : y, si al princi-
»pio pagaba en oro y billetes de banco, pronto
»empezó á emitir pagarés y por gruesas sumas.
»A veces ganaba un poco, lo suficiente para que

»renacieran sus esperanzas de desquite, pero
»en seguida se volvía la suerte en su contra con
»mayor crueldad que nunca. Todo el día se le
»veía vagar más sombrío que un cielo tempe-
»tuoso, y pronto comenzó á beber sin medida.

»Una noche perdió como nunca había perdido.
»Yo estaba sentado en mi choza cuando él y el
»capitán Morstan pasaron de regreso á sus habi-
»taciones : eran amigos íntimos y nunca se les
»veía separados. El mayor hablaba de sus pér-
»didas.

—»Ya no hay remedio, Morstan—decía al pa-
»sar por delante de mi choza.—Tengo que pedir
»mi retiro. Estoy arruinado.

—»¡ No seas tonto, viejo !—le contestó el otro
»dándole una palmada en el hombro.—Yo tam-
»bién he tenido una mala ráfaga, pero...

»Eso fué todo lo que pude oír, pero era lo sufi-
»ciente para hacerme reflexionar.

»Dos días después vi al mayor Sholto paseán-
»dose por la playa, y aproveché la ocasión para
»ir á hablarle.

—»Desearía que me diese usted un consejo,
»mayor—le dije.

—»Bueno, Small. ¿ De qué se trata ?—me pre-
»guntó, quitándose la pipa de la boca.

—»Quería preguntarle á usted, señor, á quién
»corresponde, según la ley, un tesoro que se ha-

»lla escondido. Yo sé dónde hay uno enterrado
»que vale dos millones y medio, y ya que no me
»puedo aprovechar de él, he creído que tal vez
»sería lo mejor denunciarlo á las autoridades, con
»lo que obtendría, quién sabe, se me redujera
»una parte de mi pena.

—»¿ Dos millones y medio, Small?—balbució
»el mayor, y me miró fijamente, como para
»cerciorarse de que le decía la verdad.

—»Sí, señor, eso, en piedras preciosas y per-
»las. Está en un sitio que yo sé, á la disposición
»del que vaya á buscarlo. Lo más curioso del
»caso es que su verdadero dueño ha sido decla-
»rado fuera de la ley, de modo que el tesoro per-
»tenece al primero que lo encuentre.

—»Al Gobierno, Small—me replicó,—al Go-
»bierno:—pero lo dijo con un acento que me
»hizo comprender que ya era mío.

—»¿ Entonces usted cree, señor, que debo dar
»parte al gobernador general?—le pregunté con
»calma.

—»Sí, sí ; pero no haga usted nada con preci-
»pitación, porque tal vez se arrepentiría usted
»después. Cuénteme usted cómo es la cosa,
»Small. Presénteme usted hechos.

»Le referí por entero la historia, introduciendo
»en ésta algunos pequeños cambios para que
»el mayor no pudiera identificar los lugares ; y

»cuando hube concluido, siguió inmóvil y pen-
»sativo. En el temblor de sus labios conocí su
»lucha interior.

—»El asunto es por demás importante, Small
»—me dijo por fin,—y no debe usted decir á na-
»die una palabra de él. Pronto volveremos á ha-
»blar.

»A las dos noches se presentaron en mi choza
»él y su amigo el capitán Morstan, sirviéndose
»de una linterna para encontrar el camino por
»entre la negra obscuridad.

—»Deseo que el capitán Morstan oiga la his-
»toria de los propios labios de usted, Small—me
»dijo el mayor.

»Yo repetí el relato que le había hecho á él.

—»¿Le parece á usted verdad?—preguntó.—
»¿Hay lo suficiente para proceder?

»El capitán Morstan hizo un movimiento afir-
»mativo con la cabeza.

—»Mire usted, Small—me dijo el mayor.—Mi
»amigo y yo hemos hablado del asunto y hemos
»llegado á la conclusión de que en el secreto que
»usted posee, no toca intervención alguna al Go-
»bierno : después de todo, no se trata sino de
»bienes privados, que le pertenecen á usted y en
»el cual usted puede hacer lo que mejor le pa-
»rezca. Ahora, la cuestión es : ¿Qué precio pone
»usted á su secreto? Si llegáramos á entender-

»nos en cuanto á este punto, podría ser que nosotros nos hiciéramos cargo del negocio, ó que por lo menos lo examináramos.

»El mayor trataba de hablar en tono frío é indiferente ; pero los ojos le brillaban de codicia y de impaciencia.

—»¡ Ah ! En cuanto á eso, señores—contesté, tratando yo también de aparecer dueño de mí mismo, pero mostrándome, á pesar de todo, tan sobrerexcitado como él,—el hombre que se encuentra en mi posición no puede hacer más que un trato. Ustedes me ayudarán á recuperar la libertad, lo mismo que á mis tres compañeros. En cambio, les asociaremos á ustedes al negocio ; es decir, que les daremos la quinta parte del tesoro.

—»¡ Hum !—me contestó.—¡ La quinta parte ! La propuesta no es muy tentadora.

—»Doseientos cincuenta mil pesos para cada uno de los dos—le observé.

—»Pero, ¿ cómo podríamos libertarlos á ustedes ? Bien sabe usted que eso es imposible.

—»No hay tal imposibilidad—le contesté.—»Todo lo tengo pensado, hasta los menores detalles. El único obstáculo para nuestra fuga consiste en la falta de una embarcación apropiada para el viaje y de provisiones para el tiempo que éste dure ; pero en Calcuta y Madras hay

» multitud de yates y goletas que pueden servir
» perfectamente para el objeto. Nos embarcaría-
» mos durante la noche, y con desembarcarnos
» en algún punto de la costa india, habrán gana-
» do ustedes su parte del tesoro.

—» Si no se tratara más que de uno—dijo.

—» Todos ó ninguno—le contesté.—Nos lo he-
» mos jurado. Los cuatro tenemos que salvarnos
» juntos.

—» Ya ve usted, Morstan—hizo notar el ma-
» yor.—Small es hombre de palabra, pues no
» abandona á sus amigos. Me parece que pode-
» mos tener confianza en él.

—» Este negocio es inmundo — contestó el
» otro.—Pero como usted me dice, con ese dinero
» podemos retirarnos del servicio.

—» Bueno, Small—dijo el mayor.—Aceptamos
» el negocio ; pero antes, naturalmente, tenemos
» que comprobar la verdad de su historia. Díga-
» me dónde está escondido el cofre, y yo pediré
» permiso, de modo que en el vapor mensual de
» provisiones pasará á la India con ese objeto.

—» No tan pronto—le repliqué, calmándome
» más mientras más se excitaba él.—Yo debo ob-
» tener primero el consentimiento de mis tres
» camaradas. Ya le he dicho á usted que todos ó
» ninguno.

—» ¡ Qué tontería ! — prorrumpió Sholto. —

»¿Qué tienen que hacer esos negros con nuestro
»trato?

—»Negros ó azules—le dije,—yo estoy con
»ellos, y con ellos tengo que ponerme de acuerdo.

»El asunto se arregló en una segunda confe-
»rencia, á la que asistieron Mahomet Singh, Ab-
»dullah Khan y Dort Akbar. Volvimos á discutir
»el negocio, y por fin llegamos á este convenio :

»Nosotros entregaríamos á cada uno de los
»dos oficiales un plano del fuerte de Agra, seña-
»lando en ellos el lugar donde el tesoro estaba
»escondido. El mayor Sholto iría á la India á
»comprobar nuestra información. Si encontraba
»el cofre lo dejaría allí, nos enviaría un pequeño
»yate provisto de víveres para el viaje, debiendo
»esta embarcación detenerse enfrente de la isla
»Rutland hasta que nosotros la abordáramos, y
»luego seguir adelante. El capitán Morstan pe-
»diría entonces licencia para ausentarse, se re-
»uniría con nosotros, y nos llevaría á Agra, don-
»de repartiríamos el tesoro, tomando el capitán
»la parte del mayor junto con la suya.

»Este convenio lo sellamos con los juramen-
»tos más solemnes que la mente puede concebir
»y la boca expresar. Toda la noche la pasé tra-
»bajando, y por la mañana ya estaban listos los
»dos planos, marcados con la señal de los cua-
»tro : Abdullah, Akbar, Mahomet y yo.

»Bueno, señores, estoy cansándoles á usted-
»des con mi largo relato, pues veo que mi amigo
»el señor Jones está impaciente por encerrarme
»en un calabozo bien seguro. Voy á abreviar to-
»do lo que pueda. El infame Sholto fué á la In-
»dia, pero jamás volvió á vernos. El capitán
»Morstan me enseñó su nombre en la lista de
»pasajeros de uno de los vapores salidos poco des-
»pués. Un tío suyo había muerto, dejándole su
»fortuna, y él se había separado del ejército ;
»pero su herencia no le impedía engañar á cinco
»hombres como nos había engañado á nosotros.
»Morstan fué á Agra á los pocos días, y compro-
»bó, como lo esperábamos, que el tesoro había
»desaparecido. El bandido se lo había robado sin
»cumplir una sola de las condiciones en que le
»habíamos vendido nuestro secreto. Desde ese
»día ya no viví más que para la venganza, pen-
»sando en ella de día y soñando con ella de no-
»che. La venganza llegó á ser mi pasión domi-
»nante y avasalladora. Poco me importaba la ley,
»poco el presidio. Escaparme, perseguir á Sholto
»hasta encontrarlo, estrangularlo con mis pro-
»pias manos ; tal era mi único pensamiento. El
»mismo tesoro de Agra se había convertido para
»mí en cosa de poca importancia al lado de la
»necesidad de exterminar á Sholto.

»Sepan ustedes, señores, que durante mi vida

»me he propuesto muchas cosas, y todas las he
»realizado, sin excepción. Pero esta vez pasó un
»largo tiempo antes de que me llegara mi día.
»Les he dicho á ustedes que había aprendido al-
»go de medicina. Un día que el doctor Somerset
»estaba en cama con fiebre, una cuadrilla de
»presidarios que había ido al bosque á trabajar,
»recogió á un pequeño indígena, que, viéndose
»mortalmente enfermo, había ido en busca de
»un lugar solitario para morir. Yo me hice cargo
»de él, por más que fuera malo como una ser-
»piente y al cabo de dos meses se había curado
»y puesto en actitud de andar. El isleño me tomó
»una especie de cariño, y muy pocas veces fué á
»ver á su gente en los bosques : la mayor parte
»del tiempo lo pasaba en mi choza. Yo llegué á
»aprender algo de su jerga, lo que hizo que me
»quisiera más.

»Tonga—éste era su nombre,—era muy ex-
»perto en la navegación de las costas, y tenía
»una canoa bastante grande. Cuando me conven-
»cí de que realmente me tenía cariño y estaba
»dispuesto á hacer cualquier cosa en mi favor,
»vi que las probabilidades de escaparme eran se-
»rias, y un día hablé al respecto con él. Convini-
»mos en que una noche, designada de antemano,
»se acercara con su embarcación á un muelle
»viejo, que nadie vigilaba y donde yo lo espera-

»ría, y le di instrucciones para que se proveyera
»de varios cántaros de agua y de una cantidad
»de batatas, cocos y papas dulces.

»El pequeño Tonga era agradecido y fiel, y
»jamás hombre alguno tuvo un compañero tan
»leal como ese. Llegó la noche convenida y él es-
»tuvo con su canoa en el muelle. Pero dió la ca-
»sualidad de que en esos momentos se encontra-
»ra por allí uno de los guarda-chusma, un mise-
»rable indígena que nunca había desperdiciado
»la oportunidad de insultarme y maltratarme.
»Muchas veces había jurado vengarme de él, y
»de improviso se me presentaba la ocasión de
»cumplir mi juramento. Se hubiera dicho que la
»suerte lo ponía en mi camino para que yo pu-
»diera pagar mi deuda antes de salir de la isla.
»Estaba parado en la playa, dándome las espal-
»das y con su carabina al hombro. Miré á un la-
»do y otro en busca de una piedra para hacerle
»volar los sesos, pero no la vi por ninguna parte.

»Entonces se me ocurrió una extraña idea que
»me hizo ver dónde podría encontrar un arma
»en el instante. Me senté en el suelo, y en me-
»dio de la obscuridad me desaté del muslo la
»pierna de palo. Di tres largos saltos y caí sobre
»el hombre, quien se echó en el acto la carabina
»á la cara ; pero yo le di un golpe en plena frente
»y se la hundí en los sesos. Todavía pueden ver

»ustedes la madera astillada en la parte que
»chocó contra el cráneo. Ambos rodamos por
»tierra, pues yo pude conservar el equilibrio,
»pero al incorporarme vi que él estaba suficien-
»temente quieto.

»Me dirigí á la embarcación, y al cabo de una
»hora estábamos en plena mar. Tonga había lle-
»vado consigo todos sus bienes, sus armas y sus
»dioses. Entre otras cosas, tenía un largo bambú
»y algunas esteras hechas de ramas de cocos, lo
»que me permitió preparar una especie de vela
para la canoa. Durante diez días estuvimos vol-
»tejeando en una y otra dirección, confiados al
»azar, y al undécimo fuimos recogidos por un bu-
»que de vela que iba de Singapoore á Jedan, lle-
»vando un cargamento de peregrinos malayos.
»Estos eran tan numerosos, que llenaban el bu-
»que ; pero Tonga y yo conseguimos acomodar-
»nos entre ellos. Tenían una excelente cualidad :
»que no se ocupaban del prójimo ni le hacían
»preguntas.

»Si fuera á contarles á ustedes todas las aven-
»turas que pasamos mi pequeño compañero y yo,
»ustedes no me lo agradecerían, pues los tendría
»escuchándome hasta el amanecer. Vagamos
»por aquí y por allá en diferentes países, pues
»parecía que algo nos alejaba siempre de Lon-
»dres. Pero yo no perdía de vista ni un momen-

»to mi propósito, y casi no había noche que no
»soñara con Sholto. Creo haberlo muerto en sue-
»ños más de cien veces. Por fin, hace unos tres
»ó cuatro años, conseguíamos desembarcar en
»Inglaterra. No me fué difícil encontrar la mo-
»rada de Sholto, y en el acto me puse á averi-
»guar si había vendido las piedras ó todavía las
»conservaba. Me hice amigo de alguien que
»estaba en situación de ayudarme—no menciono
»nombres porque no deseo arrastrar al agujero
»á nadie,—y pronto supe que aun conservaba el
»tesoro. Entonces traté de acercármele de dife-
»rentes modos ; pero el hombre era muy astuto
»y siempre estaba custodiado por dos pugilistas,
»aparte de su hijo y su Khitmutgar.

»Un día recibí la noticia de que estaba mori-
»bundo. Corrí á la casa y me metí en el jardín,
»furioso al pensar que se escapaba de mis ga-
»rras : miré por la ventana, y lo vi en la cama,
»con uno de sus hijos á cada lado. Yo había ido
»resuelto á habérmelas con los tres ; pero cuan-
»do le vi las quijadas caídas, comprendí que ya
»estaba muerto. Esa misma noche entré en el
»cuarto y registré los papeles para ver si encon-
»traba las señas del lugar donde se hallaba mi te-
»soro ; pero no hallé una línea que me lo reve-
»lara ; y al salir de la habitación estaba tan ra-
»bioso como puede estarlo un hombre en la peor

»de las circunstancias. Antes de marcharme, me
»dije que si alguna vez volvía á ver á mis amigos
»los sikas, les agradecería saber que yo había de-
»jado en el cuarto de nuestro expoliador un re-
»cuerdo del odio que le teníamos, y entonces es-
»cribí la señal de los cuatro en un papel que
»prendí en el pecho del cadáver. Era demasiado
»que lo llevaran á la tumba sin un recuerdo de
»los hombres burlados y robados por él.

»En estos tiempos vivíamos de lo que produ-
»cía la exhibición del pobre Tonga en las ferias
»y otros lugares por el estilo, donde yo lo presen-
»taba como «el negro Canibal:» comía carne
»cruda delante del público y bailaba sus danzas
»guerreras, lo que nos dejaba al final del día un
»buen puñado de centavos. Yo seguía recibiendo
»noticias de Pondicherry Lodge, y durante mu-
»cho tiempo no supe sino que los hijos buscaban
»el tesoro y no lo encontraban. Pero por fin su-
»cedió lo que esperábamos con tanta impacien-
»cia: el tesoro había parecido. Estaba en el te-
»cho de la casa, encima del laboratorio químico
»de Bartolomé Sholto. Fuí á observar el lugar
»y no me fué posible trazarme en seguida un
»plan para llegar hasta allá arriba con mi pierna
»de palo. Averigüé, y supe la existencia de la
»puerta-claraboya, informándome también de la
»hora en que el señor Sholto comía. Me pareció

»entonces que con el auxilio de Tonga podría
»realizar mi deseo ; y, poniendo manos á la obra,
»lo llevé hasta el sitio mismo, después de ha-
»berle atado una larga cuerda en la cintura.
»Tonga era un gato para trepar, y pronto estuvo
»en el techo ; pero la mala suerte de Bartolomé
»Sholto lo retuvo en el cuarto, y esto le costó la
»vida. El negrito creyó haber hecho algo magní-
»fico matándolo, pues cuando yo llegué al cuar-
»to, izándome por la cuerda, lo encontré ufano
»como un pavo real. Mucho se sorprendió cuan-
»do lo acometí á golpes con la punta de la cuer-
»da, echándole mil maldiciones por su insacia-
»ble sed de sangre. Tomé el cofre del tesoro y
»lo arrié por la cuerda, deslizándome yo por ella
»después ; pero primero dejé sobre la mesa la
»señal de los cuatro, para hacer ver que las pie-
»dras preciosas habían ido á dar por fin á manos
»de aquellos que tenían más derecho que nadie
»sobre ellas. Tonga tiró la cuerda desde arriba,
»cerró la ventana, y salió por donde había en-
»trado.

»No sé si me falta algo que contar. Había oído
»hablar á un marinero de la velocidad de *La*
»*Aurora*, la lancha de Smith, y pensé que ésta
»podía servirnos para nuestra fuga. Contraté,
»pues, al viejo Smith, y le ofrecí una gruesa su-
»ma de dinero si nos ponía sanos y salvos á bordo

»del vapor. Es probable que Smith se diera cuenta de que á nosotros nos pasaba algo extraño, »pero nunca le revelamos nuestro secreto. Todo »lo que he referido es la verdad, señores ; y si »lo he dicho á ustedes no ha sido para divertirlos, pues ustedes no han trabajado ciertamente »por mi felicidad, sino porque he creído que mi »mejor defensa consistía en no ocultar nada, »en hacer que todo el mundo sepa cuál fué el »comportamiento del mayor Sholto conmigo, y »cuán inocente soy de la muerte de su hijo.

—La historia es extraordinaria—dijo Sherlock Holmes.—Interesante hasta el extremo. En la última parte de su narración no ha habido más que una cosa que yo ignoraba : que la cuerda había sido llevada por usted. Yo suponía que la habían encontrado en el cuarto. Y ahora que recuerdo : mi creencia era que Tonga había dejado caer todos sus dardos ; pero después tuvo uno más para dispararlo sobre nosotros.

—Sí, señor ; todos se le habían caído, excepto el que le quedaba en el tubo con que los lanzaba.

—¡ Ah ! ¿ De veras ?—dijo Holmes ;—pero eso tampoco se me había ocurrido.

—¿ Tiene usted alguna otra pregunta que hacerme ?—preguntó afablemente el presidiario.

—Creo que no, gracias—le contestó Holmes.

—Bueno, Holmes—dijo Athelney Jones. —

Usted es digno de todo género de elogios, y su habilidad para descubrir el crimen queda otra vez comprobada ; pero el deber es el deber ; y yo he ido muy lejos al hacer lo que usted y su amigo me pedían. Mucho más tranquilo me sentiré cuando nuestro narrador de historias esté bajo cerrojo y llave. El carruaje espera en la puerta, y abajo están los dos inspectores. Reciban ustedes mis agradecimientos por la ayuda que me han prestado. Naturalmente, ambos tendrán que declarar en el juicio. Buenas noches.

—Buenas noches, caballeros—dijo Jonathan Small.

—Usted primero, Small—le dijo á él con intención el corpulento Jones cuando iban á salir del cuarto.—Tengo especial interés en que no me golpee usted con su pierna de palo, como á ese caballero de las islas Andaman.

—Bueno ; y aquí ha terminado nuestro pequeño drama—observé yo, después de haber fumado un rato en silencio.—Temo que ésta sea la última investigación en que me haya sido permitido estudiar los procedimientos de que usted se sirve. La señorita Morstan me ha hecho el honor de aceptarme como su esposo en perspectiva.

Holmes soltó un feo gruñido.

—Me lo temía—dijo ;—pero realmente, no lo felicito á usted.

Yo me sentí ofendido.

—¿Tiene usted algún motivo para no estar satisfecho de mi elección?—le pregunté.

—Ninguno. Es una de las más encantadoras jóvenes que he tenido ocasión de tratar, y creo que podría ser muy útil para trabajos como el que acabamos de ejecutar. Tiene dotes marcadísimas para el oficio ; recuerde usted cómo supo conservar el plano de Agra, separándolo de todos los otros papeles de su padre. Pero el amor es un agente emocional, y todo lo emocional se opone á aquella fría y exacta razón que yo coloco por encima de cuanto existe. Yo nunca me casaré, porque el matrimonio me haría perder el criterio.

—Yo confío en que el mío sobrevivirá á la prueba—le dije riéndome. — Pero lo noto á usted cansado.

—Sí ; la reacción comienza ya. Voy á estar por lo menos una semana tan flojo como un trapo.

—Es extraño—le repliqué,—la manera cómo se alterna en usted eso que yo llamaría desaliento, con sus accesos de espléndida energía y de vigor.

—Sí ; en mí existen los elementos de un bri-

bón redomado y los de un hombre delicadísimo, lo que me hace recordar con frecuencia estos versos del viejo Goethe :

Schade dass die Natur nur *einen* Menschem aus dir schuf.
Denn zum würdigen Mann war und zum Schelmen der Stoff.

—Y hablando una vez más del asunto de Norwood, ya se habrá fijado usted en que Small tenía un aliado en la casa, el que no puede haber sido otro que Lal Rao, el criado ; de manera que á Jones le corresponde personalmente el honor de haber cogido un pez en su gran red.

—El reparto me parece poco equitativo—observé yo.—Usted lo ha hecho todo en este asunto ; yo saco de él una esposa, Jones se llevó la fama, ¿puede usted decirme lo que á usted le queda?

—A mí me queda todavía el frasco de cocaína—fué su respuesta... Y su larga y blanca mano se acercó al frasco.

FIN

